



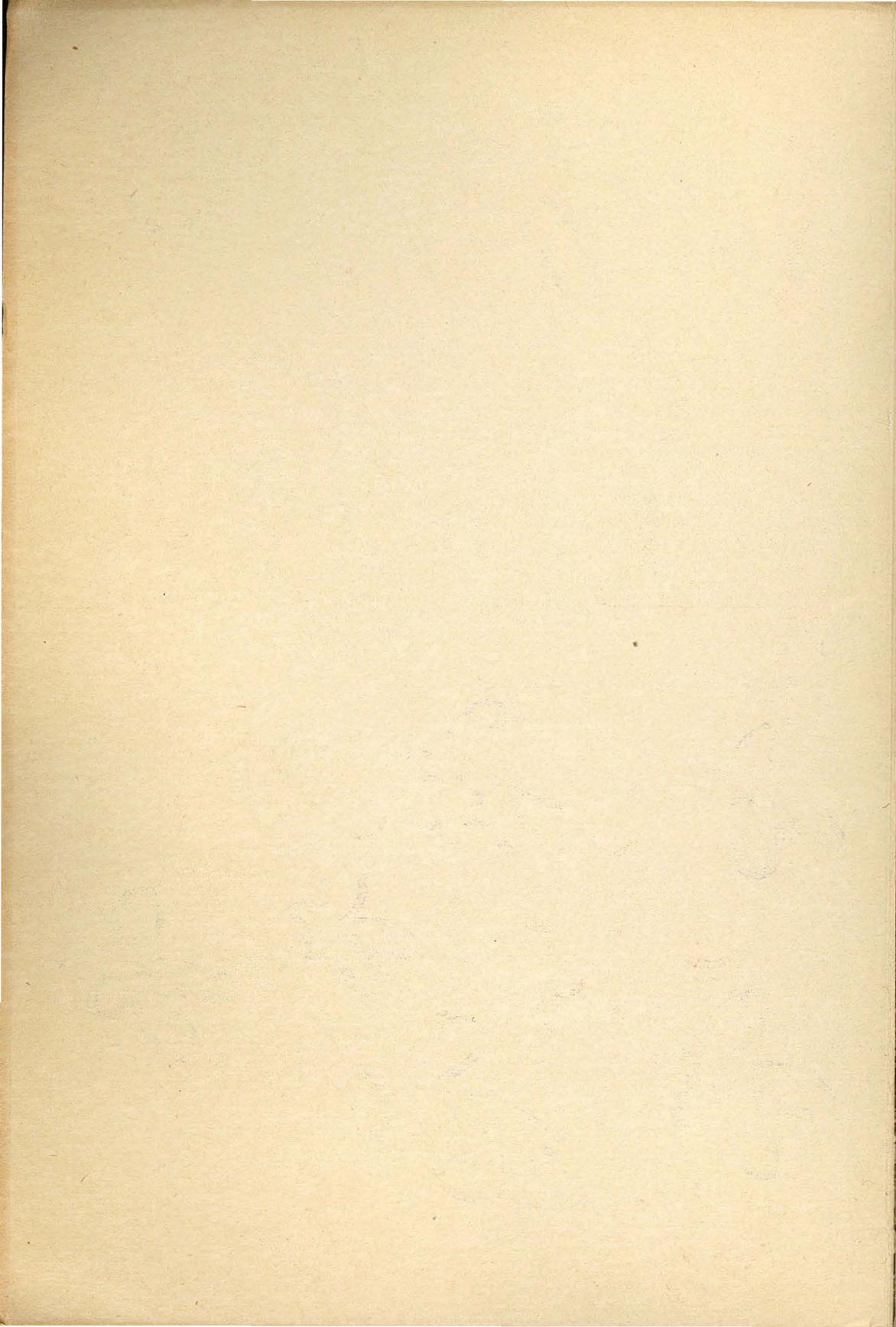
EL

MAESTRAZGO

J O R N A D A S L I T E R A R I A S



C
3



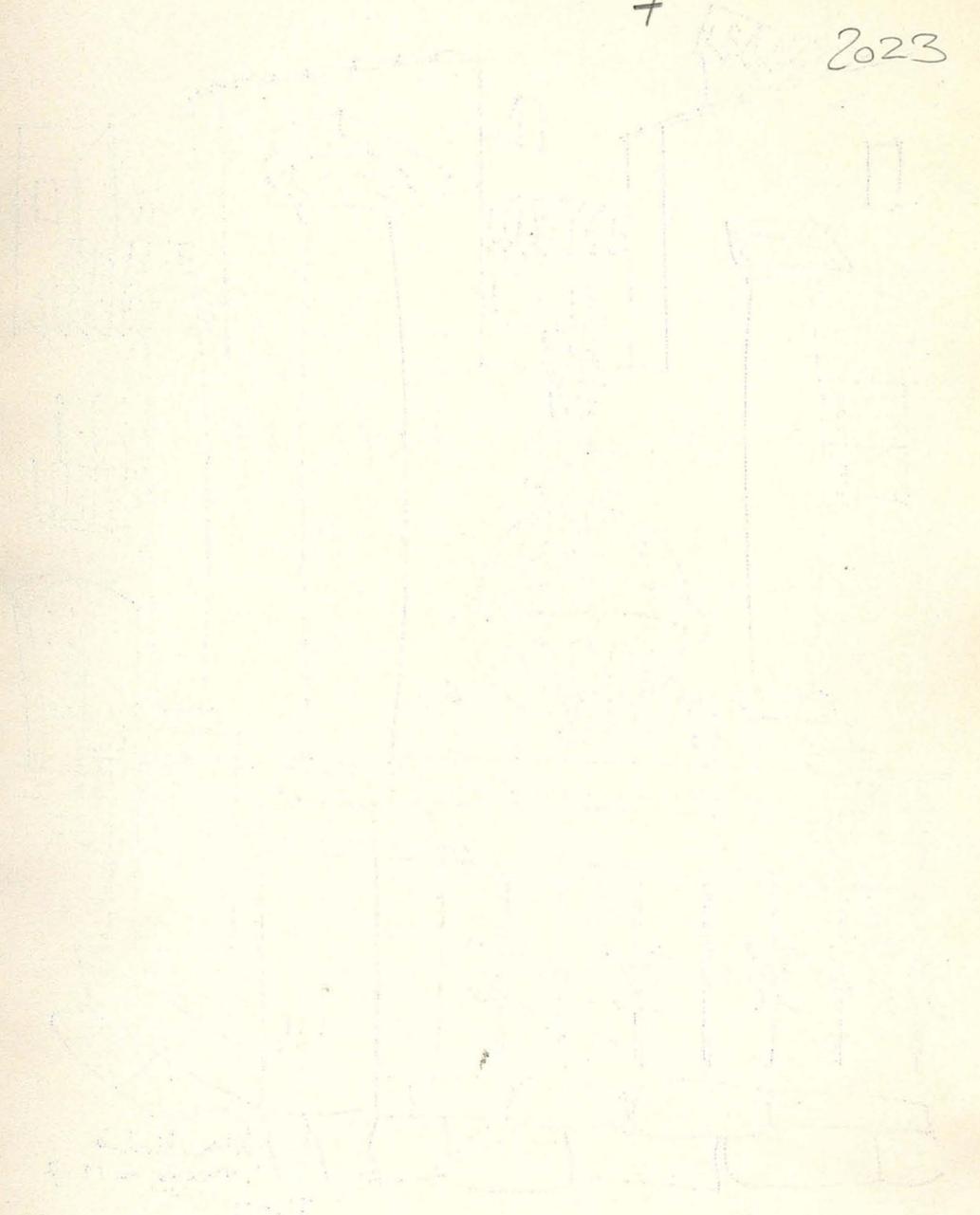
R. 1.613

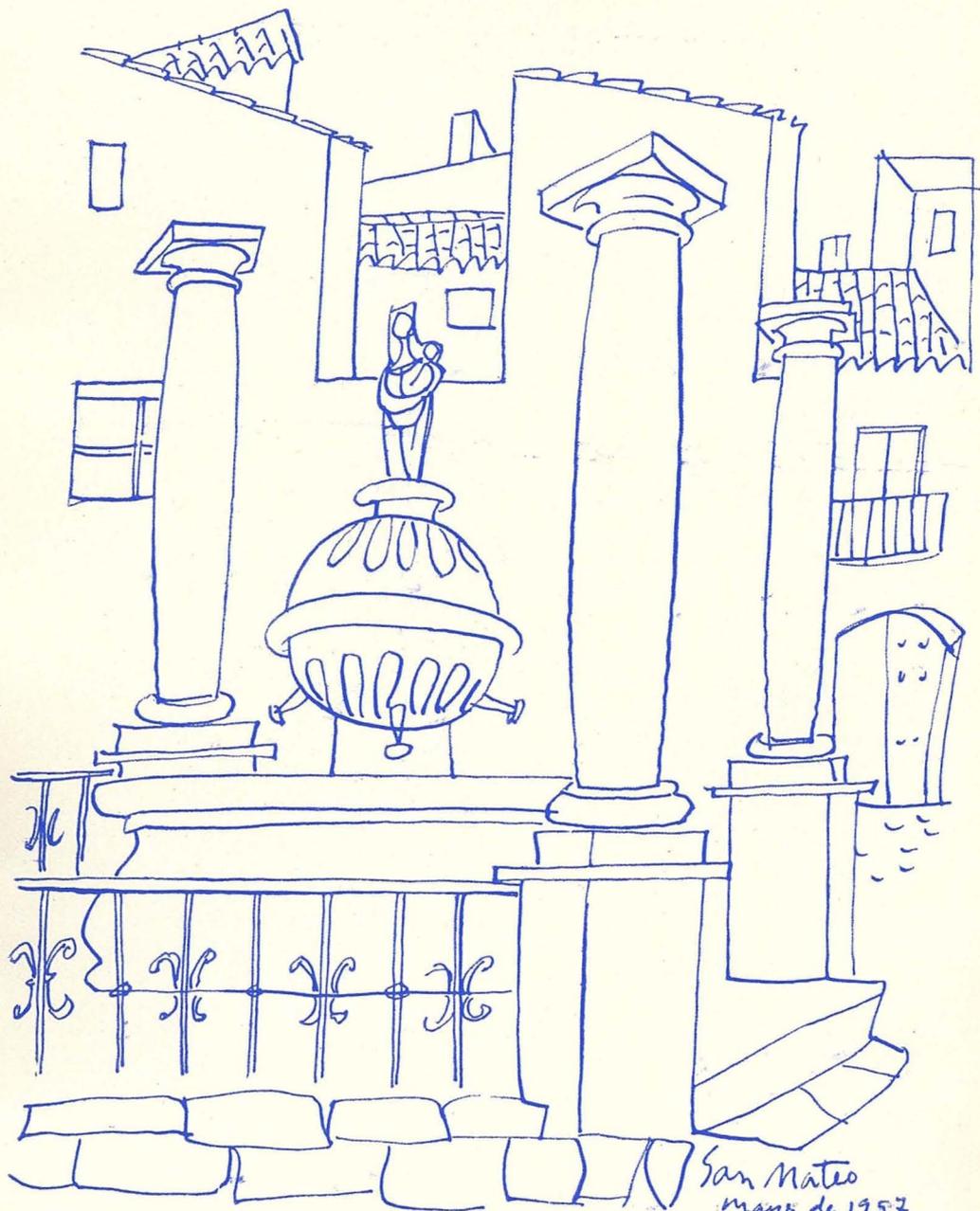
F-8

1011100352295

7

2023





San Mateo
mayo de 1957
Grispi

EL MAESTRAZGO

LIBRO DE VIAJE

PRÓLOGO

A la hora de agrupar estas páginas que siguen, en las que escritores de toda España dan cuenta de una toma de contacto, hecha en comunidad, con un trozo de tierra, se me ocurre que nada mejor puede precederlas que el intento de plantear, siquiera sea sumariamente, cuál pueda ser el sentido que ahora y aquí adquiere el hecho mismo de haber establecido ese contacto. Quiero decir, el sentido que en esta segunda mitad del siglo XX pueda tener, para un escritor español, el ser viajero en su Patria y escribir en función de tal.

Durante varios años me he empeñado en proporcionar a mis camaradas de la pluma la oportunidad de ejercitar colectivamente esa tarea de andar y ver, para escribir luego de esta España nuestra: la Mancha, la Alta Extremadura, la Rioja y ahora el Maestrazgo han sido, durante otras tantas Jornadas, campo de esa experiencia. Regiones más bien ladeadas del ya escaso turismo de nuestro país, adolecían, además, como muchas otras, de esa incomunicación y desconocimiento que es el mal que aqueja en general a nuestras regiones y provincias no situadas en las coordenadas que acaparan la luz de la publicidad y del reconocimiento usual. Me refiero a aquellas cuya vida gira en torno a las cinco o seis grandes ciudades que tenemos, a las que afluye el veraneo burgués o el menguado turismo que nos visita. Las demás parecen vivir dentro de su caparazón comunicante, sin que se aperciba de que existen no sólo el español central, que, sumido en la apoteosis social de la gran ciudad, se cree el ombligo de la Patria, sino tampoco el español provinciano,

que vive su propio estancamiento regional sin que acierte a mirar, cuando pone los anhelantes ojos fuera de sí mismo, a otro lugar que no sea la gran capital centripeta y desdeñosa.

Por el contrario, nosotros, escritores en general más bien jóvenes que viejos, hemos querido romper esa incomunicación, en lo que a nuestro oficio atañe, con un doble esfuerzo cordial y real, empujando, desde la solera provinciana o centralista de cada uno, nuestra sensibilidad española y lanzándola luego a las cuatro esquinas del país. Una experiencia cuyo primer fruto ha granado seguramente para nosotros mismos, apartando de nuestro horizonte intelectual toda veladura libresca o tónica que muy bien pudiera tener, por su ilustre y cercana ascendencia literaria, nuestra propia imagen de España. Ella va siendo, por lo pronto, más completa y completa que para las generaciones anteriores; va siendo —como debe— más real que literaria. Ya el hecho de que para la mayoría de nosotros esta o aquella región, cruzada de punta a cabo por nuestras Jornadas, haya constituido una sorpresa, una inesperada revelación humana, geográfica, artística, social, quiere decir que hasta ahora no se nos había proporcionado noticia cabal de su existencia, o que la que había llegado hasta nosotros era parcial y amenazaba con hacerse tónica también en nuestras plumas.

Luego, cumpliendo nuestro menester, hemos voceado esa experiencia por todo el entramado difusor de España: libros, revistas, periódicos, emisoras radiofónicas, guiones cinematográficos, han repetido en masa ese pregón que cada uno de nosotros subraya a su manera, de acuerdo con sus propias determinaciones profesionales, pero con el único y grande objetivo de que España sea conocida de sí misma. No sé si ese pregón será, al cabo, contagioso y si tendrá provecho; o si, por el contrario, quedará archivado en la sordera mental y cordial de los viejos arrastres estructurales del país. Reiteradamente hemos visto cómo las provincias apartadas nos llamaban y con qué generosa e ingenua esperanza se abrían a nuestro paso, queriendo ser conocidas, vistas, mostradas por nosotros en la pantalla donde la mayoría de nuestros compatriotas sólo ven una España mínima, que se cree suficiente y no conoce su propia hondura, su esencia escondida y radical. No sé tampoco si ese

esfuerzo tendrá la continuidad que precisa. Por lo menos la brecha ha sido abierta, y esas cuatro provincias —Ciudad Real, Cáceres, Logroño, Castellón— son el testimonio vivo de la que puede ser una necesaria y sugestiva empresa española.

El impacto que una empresa de ese género puede dejar, a la larga, en el país, depende, sobre todo, de cómo se ejerza por quienes la llevan a cabo. Porque, entre otras cosas, pudiera ocurrir que el escritor —personaje más bien omitido en las determinaciones de la hora presente— fuese llamado a una charanga patriótica de rango pueblerino o localista, cuya simple enunciación repele a los limpios de pluma cuando no produce el resultado más opuesto. Pues está claro que ningún escritor bien nacido a la vida de las letras cede a esa presión de aldeana vanagloria, que consiste en exigir —a veces con tan inútil como brutal resuello, del que guardo personalmente mi experiencia— que todo el que escribe de la tierra que pisa tenga que hacer su encendido panegírico; especie de acompañamiento venal de una España lila, coreada a bombo y platillo, que no nos interesa nada. Y aquí hay que decir que en ninguna de las provincias por las que cruzaron nuestras Jornadas se ejerció esa torpe presión, que, en definitiva, contra lo primero que atentaría sería contra la necesidad del propio conocimiento, verídico, crítico, realista, que el país siente y reclama con angustia.

* * *

Mas, al hablar del impacto que pueda producir esta empresa literaria, es obvio que esa cuestión de mera honestidad profesional y de correlativa sensibilidad social, a que acabo de aludir, es de orden menor. Más importante sería atacar el centro del problema, que está en determinar el sentido mismo que para el escritor de hoy pueda tener el escribir como viajero de su propia patria. Porque es evidente que ese sentido ha corrido también su peripecia histórica, y que el hecho de colocarse, pluma en ristre, ante el horizonte de España no ha significado lo mismo hace una centuria, ni siquiera hace medio siglo, que lo que pueda suponer hoy.

No se trata, naturalmente, de hacer ahora historia, pero sí

de apuntar, no más, las direcciones intencionales que, desde que el relato viajero es género literario, ha ido marcando, a propósito de él, el escritor español; es decir, desde que en el siglo XVIII la literatura viajera toma cuerpo propio y pasa a ser un modo de ocupación profesional del escritor. En otro lugar he de ahondar más, por menudo, en esa fuente dieciochesca del libro de viaje; ahora bastará con dibujar la línea general que, a partir de ese momento, ha ido siguiendo esa literatura hasta conducirnos al punto y hora en que nosotros mismos nos movemos por las páginas que siguen.

A mi modo de ver, somos los escritores de hoy herederos de tres grandes escuelas o modos que han ido configurando la literatura viajera. La primera es la de los esforzados viajeros del siglo XVIII, que entiende el viaje, sobre todo, como escuela de ilustración. El libro de viaje tiene entonces un tono didáctico, reformista, político-social, que sólo en los escritores de mayor alzada alcanza resonancia estética de bella arte literaria. El escritor neoclásico viaja por su patria con pulcritud de investigador, va a ilustrarse sobre las condiciones de la realidad y, sobre todo, a ilustrar a sus compatriotas. De ahí la multitud de viajes científicos —botánicos, históricos, geográficos, artísticos, bibliográficos...— que forman el acervo literario del siglo. Va también, por primera y única vez, engarzado en una empresa política a la que sirve con todo entusiasmo y rigor: la del Despotismo Ilustrado.

La segunda sería la escuela romántica del siglo XIX; el propósito estético sube entonces al primer plano y desde él va tendiendo el escritor el cendal romántico del amargo jaramago con que cubre la ruina de la España que ha sobrevivido a la guerra contra el francés. Necrofilia, reliquiosis, melancolía navegan a todo trapo al aire de ese propósito. El despliega también las velas naturalistas del precursor Juan Jacobo, y en pos de unas y otras el escritor indígena va —igual que el viajero foráneo— tras lo exótico y lo pintoresco de su España, como tras las huellas de una cultura muerta. El color de España, en efecto, se supervalora como fenómeno literario exactamente entre la espuma ultranacionalista provocada por la revolución europea de 1848 y despliega inmediatamente todas sus posibilidades, con

idoneidad casi matemática, a través del elemental sistema de comunicaciones del pasado siglo. Fué el desgarrado romanticismo nacionalista del 48 el que puso sobre el romanticismo crítico costumbrista del año 30 —todavía de arrastre dieciochesco— un acento subjetivista que varió substancialmente el punto de mira del escritor ante el mismo tema. El costumbrismo, simple valoración crítica de formas de vida locales y contemporáneas, cedió así a su exaltación colorista, empujado por el fermento confusamente nacionalista del instante —cuando nación se identificaba con idioma, o tierra, o raza, etc.—, el cual centró los grandes focos literarios que buscaban el carácter significativo y personalizador de los pueblos en el pequeño huerto local donde podían cultivarse, como flor de invernadero, esos mínimos datos de la cultura en que la idea de nación se hacía consistir.

Sobre eso, el sistema de comunicaciones y viajes, con su ingenua prestancia progresista limitada a proyectar a los viajeros sobre un lugar determinado al que había que sacar todo el jugo caracterizador posible, al localizar la contemplación de la realidad no hizo sino encarrilar el pretendido psicologismo de los pueblos —entonces en boga— por un cauce adecuadamente estrecho e inicialmente limitado, como la misma postura intelectual de que partía. De semejante maridaje salió la estampa de color de una España encarnada en la bailadora de navaja y pandereta, que todavía viaja, con su falso pasaporte, por el mundo.

Pues el viajero romántico no se echa, como el dieciochesco, a caminar denodadamente las tierras españolas; no viaja para reformar la realidad; ni siquiera para conocerla: viaja para hacer de ella una Obra de Arte, con mayúscula; para entregar su visión ensoñada a la deformación que le exija su puro servicio del arte por el arte. El viajero romántico es absolutamente individualista, insolidario con ninguna clase de empresa colectiva, mucho menos política; escribe, re-crea lo que ve viajando para sublimizar su puro afán de di-vertimiento; viaja, en verdad, no para ver la realidad, sino para olvidarla; para matar la melancolía, mal du siècle que empaña profesionalmente los puntos de su pluma.

En las postrimerías de ese siglo nace, con el 98, el tercer

estilo viajero, enlazado con el sentido reformista de los viajeros de la Ilustración, solamente en su vertiente crítica, y heredero, a la vez, de la fórmula estética que aportó el viajero romántico. Se trata de una visión hipercrítica de España, unilateral, en la que el fermento romántico actúa como un subjetivismo esteticista deformante de la visión de la realidad. La España negra, producto de esa escuela, no puede filiarse, por ello, en el puro reformismo del siglo XVIII, sino que ha de ser contemplada, para entenderla mejor, conjuntamente con algo que, a primera vista, no tiene nada que ver con ella, pero que no en vano se produce paralelamente: me refiero a la refluoración de la España pintoresca que significa el género chico.

En el fondo, la receta del pintoresquismo romántico actúa en las dos vertientes: en el espejo trascendentalista de la crítica y en la pandereta banal del tablado de la farsa, y el viajero noventaiochista, con toda su intención reformadora, lo que hace es exasperar su visión de España con acento que se carga de toda su capacidad deformante en aquella única fuente. Al fin y al cabo, el perfil de la España negra, el perfil que asoma todo el arte del 98, desde la pintura de Regoyos o de Zuloaga hasta la literatura de Baroja o de Azorín, es un modo de tipismo ennoblecido por el dolor amargo de un patriotismo motor. El viajero del 98 no busca una realidad objetiva, sino también, como el romántico, una versión subjetiva, un color típico de España. En el fondo lo busca, con carácter obsesivo, es ese mismo color que hizo y hace la fruición del turista extranjero en viaje por España, y sólo ese. Lo que ocurre es que para aquél, ese color deficitario, espejo del atraso de su patria, visto desde dentro, le entenebrece el ánimo haciendo brotar del fondo de su corazón el disconforme manantial de la crítica; mientras que el género chico lo sigue explotando frívolamente, como si no pesara como grave carga sobre la conciencia nacional. Otro síntoma de esa filiación romántica es el gusto por la naturaleza —sobre el que discurre Azorín cuando trata de tomar posición ante el paisaje de España—; el mismo que llevaba a aquella generación coetánea de los educadores de España, a descubrirla en nuestra Sierra de Guadarrama.

A partir de ahí está en formación lo que pudiera ser el estilo

de nuestro tiempo para el escritor viajero. Arranca, no precisamente del 98, sino de las notas de andar y ver de Ortega; pero está impregnado de más fuerte sentido social. En Ortega se desprende el libro de viaje del subjetivismo romántico, sin perder por eso categoría estética; sino sencillamente que se deshoja, tanto de aquella hojarasca retórica y sentimental, como del tipismo deformante que se exacerbó en la literatura del 98; con lo que tampoco abandona su carga crítica y reformista. Se hace más objetiva la misión del escritor; más limpia de prejuicio y, sobre todo, se quiere hacer más hondamente conocedora de la realidad en la que tiene que vivir y convivir. "La investigación del hombre a través de sus cristalizaciones particulares —decía Ortega— constituye el nervio del libro de viajes como género literario." La investigación del hombre español, de sus modos de vida, de sus secretos resortes vitales, del nivel de su existencia cotidiana, del vario paisaje de su resignación y su esperanza: eso parece buscar también el escritor de hoy.

Para nosotros, España no tiene color; es plural; no responde a un clisé monotípico, sino que es rica de toda variedad, de toda posibilidad. Es lo que está aquí y allá, tal como objetiva, distintamente está. A nuestra Castilla —decía Azorín— la ha hecho la Literatura. A la nuestra, no; la nuestra es un producto de la naturaleza y de la historia, una realidad objetiva, abierta desde sus propias determinaciones, y no desde ningún prejuicio a nuestro conocimiento. Puede ser, y es, negra y blanca y de todo color. Y no por eso renuncia el escritor de hoy a un propósito estético, sólo que este es de orden instrumental y, desde luego, no limitado a la reiteración del truco literario sobre una única vertiente tenebrista de la realidad. Mas al lado de aquel propósito, crítico pero esencialmente objetivo e instrumentalmente estético, hay, como indicaba antes, una clara intención social; la cual consiste, según creo, en hacer de la literatura de viaje modo y vehículo de convivencia española.

Uno viaja por España para saber en qué consiste su propia vida histórica; qué cosa es uno mismo enclavado en el paisaje total al que pertenece, y qué debe y puede ser. Como en viaje de bodas, lo que el escritor viajero circula por las distintas latitudes de su patria es, en definitiva, un esencial cargamento

amoroso. Andar y ver es también una manera de ejercitar el amor; forma de conquista, de posesión y de requiebro. Forma, sobre todo, de convivir. Porque no vamos por la propia tierra con mera curiosidad intelectual, sino con interés vital; ni buscamos sobre la común tierra madre el perfil del compatriota con pedantesca frialdad de antropólogos o de sociólogos puros, sino, en suma, el perfil del prójimo más próximo de nuestra propia existencia, y sin el cual ésta carece de sentido histórico; que es el español a secas, tan distinto y tan distante entre sí, que habita la extensa tierra española.

* * *

Este libro, en fin, reúne la inquietud profesional y cordial de un grupo de escritores en viaje literario por una dura y bella región española, entre cuyos riscos, tachonados de nombres beberes y húmedos del aliento grecolatino del Mar Nuestro, se encuentran vivas no pocas de las misteriosas raíces de España. Las páginas que siguen son un testimonio espontáneo —y por eso mismo un poco desordenado, desigual y hasta reiterativo— desvelador de ese misterio. La buena prosa de los hombres que las han escrito quiere ser también un homenaje, al que sumo muy afectivamente el mío, a las gentes de esa provincia de Castellón —Carlos Fabra a la cabeza— que han hecho valederamente posible esta experiencia.

Madrid, junio de 1957.

G A S P A R G Ó M E Z D E L A S E R N A

I. - VISTA GENERAL

DE LOS ALMINARES A LOS HIJOS DEL NOVIO

Por *LUIS ANTONIO DE VEGA*

En Almenara, en el límite de la provincia de Castellón de la Plana con la de Valencia, las autoridades castellanenses nos esperaban para darnos la bienvenida a los escritores que, capitaneados —alfereceados estaría mejor dicho en esta tierra de toponimia mora, de alférez, «al frech», el que va delante, el que conduce a la tropa y, también, el abanderado— por Gaspar Gómez de la Serna, integrábamos la Cuarta de las Jornadas Literarias.

Mejor «al frech» que capitán por la aparente —y seguramente real— juventud del que nos dirigía, aunque su rango sea, por lo menos, de coronel de la Gente de Letras.

Llegamos de noche, no diré por culpa ni siquiera por causa de un excelente escritor a quien perdimos en las ciclópeas cocinas de Motilla del Palancar, y al que recuperamos, jubilosamente, en Minglanilla donde llegó sobre uña de neumático de un cuatro-cuatro, peripecia que le permitió iniciarse en la práctica del «auto stop».

Nos aguardaban, con el gobernador, el presidente de la Diputa-

ción y el alcalde, un grupo de muchachas vestidas con el traje provincial sumamente bello, y una mesa sobre la que eran oro las naranjas castellonenses y en la que mostraron el buen gusto de no servir el aborrecible zumo de tomate, pero sí bebidas más concretas.

Almenara. ¡Qué precioso nombre para un pueblo nacido en pañales morunos! Almenara (almenahara) en lengua española, mejor diríamos en aljamiada lengua, los Alminares, o Los Almiares, pues aunque actualmente tengan significación distinta, la raíz es la misma (men ahar), lugar elevado de una construcción y también una altitud del terreno que no llega a ser «cudia», colina, montículo, y de éstos hay varios que asedian a Almenara, donde me hubiera gustado detenerme, pero que nos lo impidió el retraso con que llegaríamos a Castellón de la Plana, en cuyo camino nos esperaba, a un lado y a otro de la carretera la toponimia árabe, en algunos puntos modificada, pero esto sucede con la mayor parte de los vocablos de origen agareno.

Téngase en cuenta que el árabe era un idioma de desierto, áspero de arena y de pelambre de dromedario que se afinó al atravesar el Estrecho y aclimatarse en las tierras de España. Las palabras adquirirían bonitura, perdían parte de su entonación gutural. De esta manera al Kanzaa se transformó en alcancia, el nahajel, en apaquel, el buniel en albañil, al Kazhaa en alcuza y al jariz, en alarife.

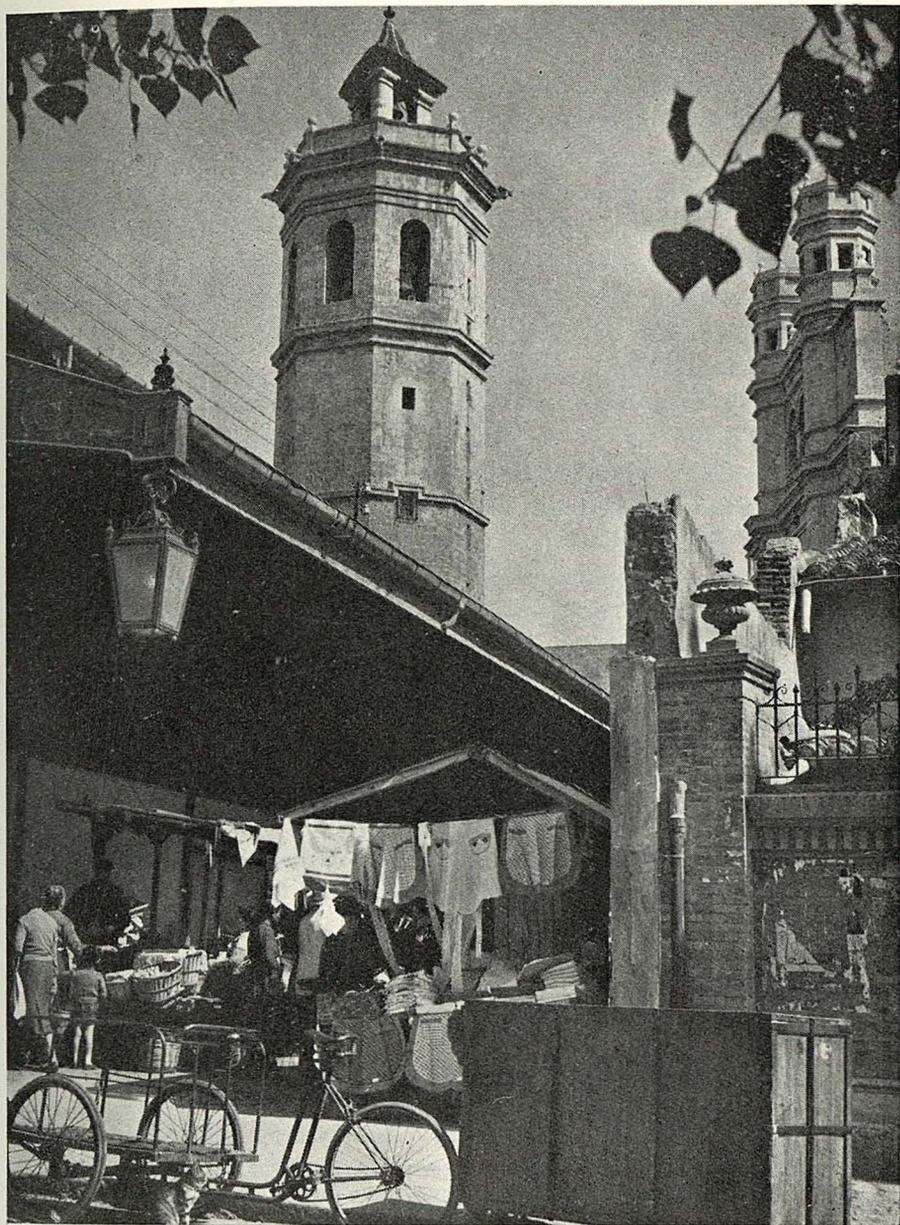
De todas formas, solamente en algunos casos el rastreo se hace difícil, como en Burriana. El «bui» no es exactamente el hombre, sino en un sentido peyorativo el «tío», como lo vemos en la cabila rifeña de Bu Gafar y en el apodo que pusieron al rojí, Bu Hamara (el tío de la burra).

A la izquierda de la carretera, según se sube hacia Castellón, las alquerías del Niño Perdido. Así deben ser llamadas: alquerías. Cuando una misma cosa pueda ser denominada con un nombre de origen árabe o de origen latino, es preferible utilizar el primero, porque es más nuestro y casi siempre más bonito.

¿No resulta más bello alfayate que sastre y albéitar que veterinario?

Sin embargo, alfayate y albéitar han caído en desuso, posiblemente porque en España hay mucha más gente que ha estudiado latín que árabe.

En la plaza de Castellón de la Plana oí, con alegría, la palabra



Castellón de la Plana.—Torre campanario en la Plaza Mayor

albarán, que, como se sabe, significa la insignia que se coloca en una casa o en una lonja para indicar que están desalquiladas.

¿Con qué vocablo ha sido sustituido albarán? Con ninguno. Ahora la gente dice «poner papeles».

Otro nombre de interpretación dudosa es Almazora, pueblo próximo a la capital de la provincia. Almazora, ¿proviene de Al Mazaara, molino de aceite, o de Al Mansura, la Victoriosa? Los eruditos castellonenses podrán aclararnos este punto oscuro en la etimología de su provincia.

De Castellón de la Plana a Vinaroz encontramos Beni Casim, Alcalá de Chivert y Benicarló. Los «ben» (hijo) y los «beni» (hijos) permanecen. Lo que ha cambiado es el vocablo indicador de quién es hijo o son hijos. No, posiblemente, en Benicásim si su interpretación es los hijos de Hassen, o de Hassán, pero sí en Benicarló. Alcalá es el castillo. España entera está sembrada de Alcaláes, Alcalá de los Gazules (El Kalat men Gaizuli), Alcalá de Guadaira (El Kalat men Uad Aixa, el Castillo del Río de la Vida), Alcalá de Henares (al Kalat en nahar, Alcalá del río también) y esta Alcalá de Chivert, que lo mismo puede ser de origen árabe que valenciano y que, porque soy un ignorante, renuncio a especular acerca de su significación.

Y llego a Vinaroz, sobre cuya etimología no creo pueda quedar abierto ningún portillo a la duda. En la que fué zona de influencia española del norte de Marruecos existe una cabila llamada Beniaronz (o Bini Aroz, pues en el dialecto marroquí no existen diferencias claras en la pronunciación de las dos letras, la *e* y la *i*, y en la escritura, ninguna, pues para ambas se utiliza el mismo signo, la rayita vertical, que se coloca debajo de la consonante, pues si se coloca encima no es ni la *e* ni la *i*, sino la *a*).

Entre Bin Aroz y Bini Aroz no hay más diferencia que la primera expresión significa el hijo del novio, y la segunda los hijos del novio.

Por añadidura, su nombre completo no fué Bin Aroz, sino Bin-al-Aroz, y el «al» es el artículo único del idioma árabe, como el «the» inglés y el «a» eusqueldune, al final de la palabra.

Dividamos la provincia en dos zonas, la del norte y la del sur arbitrariamente separadas por la carretera comarcal que va de Castellón de la Plana a Cortes de Arenoso, y en la misma línea divisoria encontramos Alcora, Lucena del Cid y Zucaina, cuyo significado desconozco.

Una «al Kora», durante la dominación árabe, era una comarca, un territorio más o menos extenso, y toda la España musulmana estaba dividida en Koras...

¿Qué Kora fué ésta? Los historiadores castellanenses nos lo dirán si existen documentos arábigos en las bibliotecas... ¿Fué, tal vez, la Al Kora de Lucena (de Alhucema) como parece indicarlo la existencia de un río que lleva el mismo nombre?

Me habría resultado grato visitar Lucena del Cid, pero no disponíamos más que de cuatro días, tiempo insuficiente para una provincia que tiene tantas y tan bellas cosas que ver.

Luego, en la parte meridional hallamos, cerca de los límites de Teruel, Barracas, que tiene el mismo significado en español que en árabe; Jérica, la Alcudia de Veo, Benafer, Ahín, Almedíjar, Azuébar, la Aljimia (la aljama) de Almonacid y el valle de Almonacid, Algar y Alfondeguilla (Al fóndega, la alhóndiga), depósito de líquidos, entre los que no faltarían los vinos blancos y los vinos rosados, porque el que los moros de España no bebían es un cuento tan extraordinario que no lo admitirían ni en las fantásticas narraciones de las mil y una noches.

No hay un solo versículo de El Korán en el que Mahoma prohíba, radicalmente, el uso del vino. Se lo veda a los que no saben beber, es decir, a los que se embriagan, pero ningún buen bebedor se embriaga.

En la Sura IV, que se titula Las Mujeres, dice:

«No os acerquéis a la oración mientras estáis ebrios, hasta que sepáis lo que decís...»

En la citada sura ni siquiera condena la embriaguez. Lo que hace es prohibir que vayan a la oración los ebrios.

Lo que hoy es provincia de Castellón de la Plana fué tierra de «munadamas» (bebidas en común), como lo fueron todas en las que había plantadas viñas.

García Figueras, que ha rastreado orígenes y celebraciones de «munadamas» y de los «nadim», compañeros de bebida, descubrió el rito árabe del Ofrecimiento del Vino y «las normas y condiciones que deben practicar los literatos al ser invitados al vino, sus prosas y sus versos».

En este aspecto fuimos cincuenta perfectos «nadimes» durante nuestro viaje por Castellón de la Plana. Yo ahora tendría que citar

al nadim Luis Ponce de León y al nadim Luis Figuerola Ferreti, y al nadim Ismael Medina, y al fabuloso y experto nadim Antonio Díaz Cañabate, y a la nadimía Angeles Villarta, porque todos ellos son aficionados a referir anécdotas, y las refieren bien, y con mucha gracia, y —la referencia no es mía, sino de García Figueras—, según lo que dice en el capítulo primero de su libro el autor de «Suluan al Mutah», en una munadama de literatos es imprescindible referir anécdotas.

Al norte de la carretera que une Cortes de Arenoso con la capital —aparte de los que ya hemos citado—, situados en el camino de Castellón de la Plana a Vinaroz, encontramos pueblos con nombres que tienen resonancia árabe.

En el Maestrazgo, país más apropiado para el camita chleuj que para el semita árabe, Morella es la Moriella mahometana. Después encontramos la Puebla de los Benifasar, Catí, y Cáliz, y Benasal, y Albocácer, Benafigos y Alcolea.

Este ha sido —y lo que todavía no ha sido, cualquier día será— el recorrido por una toponimia mahometana. La despedida a nuestros generosos anfitriones se la confió al tierno poeta español Mou Allakat:

«Me he adelantado al pájaro cuyo canto anuncia el retorno de la aurora... Que os veáis amados del pobre sin asilo y del rico que habita en tiendas suntuosas.»

«U selam al ikún» (La paz sobre todos).



IMPRESION GENERAL

Por SEVERIANO FERNÁNDEZ NICOLÁS

Primero fué la Mancha, después Extremadura, al año siguiente, la Rioja, y ahora el Maestrazgo, por tierras de Castellón de la Plana. El fin que se persigue con estas Jornadas es poner en contacto a los hombres de pluma con las distintas regiones españolas para que puedan escribir sobre ellas con conocimiento de causa y también para despertar en los escritores el cariño, la admiración y el interés que merece este país nuestro, de características tan singulares, multiforme y único, como síntesis de cuanto bueno y malo existe sobre la tierra.

En este aspecto, la provincia de Castellón presenta notas fundamentales que la distinguen de sus vecinas Tarragona, Teruel y Valencia. Aquí se conjugan la huerta valenciana con los viñedos de Tarragona y las tierras de pan llevar de la región aragonesa. Aquí armonizan su existencia el naranjo y el olivo con el trigo y el centeno, el arroz con la vid y el algarrobo, la alfalfa con los rosales, las piedras de las crestas del Maestrazgo con las arenas que besa el Mediterráneo en las playas de Benicásim. Aquí, mientras de una parte el tiempo se hizo historia en lugares tan famosos como Peñíscola o Morella, de otra se nos muestra audazmente creador, dando origen

a la espléndida fisonomía del moderno Castellón, a las villas y chalets de su zona costera, a los campos cultivados de la tierra llana, verdaderos jardines en tecnicolor, y a novísimas industrias, como las Bodegas que la Cooperativa Agrícola de San Isidro ha instalado en San Mateo, al norte de la provincia. Aquí, el mar, y al otro lado, la cordillera del Maestrazgo, cuyos picachos asoman sobre las nubes que se dirigen al interior de la Península, portadoras del espíritu del mar de la civilización occidental. Y en todas partes, aquí y allá, se aprecia el resultado de un esfuerzo, de una tenacidad que honra a los habitantes de esta región. Unas veces, su condición de titanes, los llevará a conquistar para el cultivo lugares inverosímiles en las laderas del macizo montañoso del Maestrazgo, no desperdiciando palmo de tierra, acomodándola a las peculiaridades de cada cultivo; otras veces será la construcción de poblados allí donde la empresa parecía más irrealizable —Ares del Maestrazgo, Castellfort, Morella—; otras, elevando castillos como el de Peñíscola; otras, en fin, laborando sin descanso para hacer de su faja costera de tierra fértil la admirable realización que es en la actualidad. Arrozales, naranjales, viñedos, huertas, todo acusa una preocupación constante por el cuidado de la tierra: es un llegar al toque artístico en la forma de colocar las cañas que han de sostener los frutos, es la línea de rosales que bordea la carretera, es la casita en medio del campo, rodeada de árboles y flores.

Aquí desembarcaron los fenicios, los griegos, los romanos, los árabes. Para todos fué ésta una tierra codiciada. Y en verdad que conociéndola se explica que esto fuera así, como se explica que el Papa Luna eligiera precisamente Peñíscola y su castillo para encerrarse en él a esperar la muerte. El era como el castillo: pétreo, inexpugnable, solitario. Peñíscola es un lugar para la meditación, el reposo y el diálogo con Dios. Como también lo es el llamado Desierto de las Palmas, a unos kilómetros de Castellón, rincón ideal enclavado en un bello paisaje de montaña con el detalle pintoresco de gran número de pequeñas y blancas ermitas distribuidas por las laderas. También existe aquí, rodeado de cipreses, olivos y frutales, un convento de Padres Carmelitas. El aire huele a romero, a pino, a azahar. Desde la altura se divisa el mar hacia las playas de Benicàsim, y en los días claros, las Columbretes, esas misteriosas islas perdidas mar adentro, a medio camino entre Castellón y Vinaroz.



Las Villas de Benicásim.—Pescadores

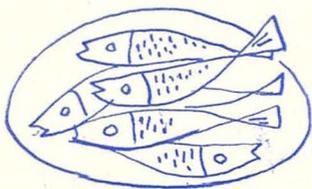
Cada pueblo dejó su huella en esta tierra. Se conservan pinturas rupestres en la comarca de Morella, se han descubierto sepulcros y poblados ibéricos, perdura en pie el arco romano de Cabanes y abundan los restos de castillos, murallas y monumentos de la época medieval. También el folklore regional cuenta con interesantes aportaciones de esta época, como la danza guerrera que tuvimos ocasión de presenciar en el Santuario de la Balma. Esta danza, interpretada por los bailarines de Todoella, en un escenario de salvaje belleza, muestra su condición bélica, no sólo en el hecho de ser interpretada exclusivamente por hombres, sino en la serie de evoluciones que la integran. Los bailarines se atacan y defienden por parejas, primero armados con «palos», después con espadas y escudos, para terminar levantando al vencedor sobre las armas que sus compañeros han

utilizado en el combate. La danza guerrera, a pleno sol de mediodía, en plena sierra del Maestrazgo, con el dramático cuadro del río Bergantes y su cauce seco, y con el del Santuario incrustado en la roca, resulta verdaderamente impresionante.

La otra danza, la de los pastores, constituye una prueba más del buen gusto de las gentes de esta región y su tendencia hacia lo artístico: una verdadera obra de artesanía en el género. Danza pacífica, por la doble circunstancia de ser interpretada por pastores y ofrecida a la Virgen de la Balma, llama principalmente la atención por la finura y sencillez de sus movimientos y por el primor y el entusiasmo con que actúan los bailarines.

Y para terminar, una alusión al esbozo de auto sacramental que sigue a la danza de los pastores, esa breve pieza de carácter dramático-religioso, con su diablo, su ángel y su pueblo, el pueblo ingenuo que rechaza a gritos las tentadoras ofertas de Satanás para seguir a su Virgencita de la Balma, protectora de pastores y campesinos.

Así es esta tierra, así son sus hombres: valientes en la lucha para defenderse del invasor —castillos, pueblos construídos como de puro milagro en lo alto de las colinas—, esforzados en el trabajo hasta alcanzar metas increíbles como limpiar de piedras, allanar y cultivar laderas que parecen inconquistables, y por último, creyentes, sencillos y humildes en su fe. Castellón: una tierra de españoles cien por cien.



DE LA BALMA A LA PALMA

Por LUIS PONCE DE LEÓN

Desde el regreso a Madrid después de las Jornadas he querido dejar que pasaran unos días sin escribir sobre el asunto que me había propuesto. Así como algunas cosas más valen volando, otras están mejor reposadas y aun manidas. A mí me llamó la atención primero la nuda consonancia entre Balma y Palma; noté luego que estos dos vocablos almados eran los nombres del punto más septentrional y del más meridional donde habíamos parado en nuestras incursiones desde Castellón; caí después en la cuenta de que Nuestra Señora de la Balma y el Desierto de las Palmas fueron los dos centros de religiosidad de nuestros itinerarios, y los dos lugares en cuyas inmediaciones tuvo que detenerse el autobús para que hiciésemos andando la última parte del camino; cuando de sobremesa en el Grao castellanense Gaspar Gómez de la Serna me preguntó si pensaba escribir y de qué, respondí: «de la Balma a la Palma», como el que escoge una lección sabida. Ahora, reposadas ya mis impresiones, me temo que no sea una lección sabida del todo.

Veamos los detalles exactos.

Fuimos a Nuestra Señora de la Balma, en Zorita del Maestrazgo, el tercer día de las Jornadas, 3 de mayo, partiendo del Balneario de Benasal, pasando frente a Ares, cruzando Castellfort y Cinctorres,

haciendo estancia de unas horas en Morella, divisando al paso Forcall, Villoros, Ortells y Palanques, flanqueando Zorita. Llegamos al Santuario entre las cuatro y las tres de la tarde; más cerca de las cuatro, porque donde la Cruz Cubierta hicimos pie para mirar los danzantes de Todolella. El día estaba frío y entreclaro.

Al Desierto de las Palmas fuimos el quinto y último día, 5 de mayo, domingo. Llegamos, desde Castellón, a eso de las doce. Fueron 12 kilómetros, mitad por carretera ya conocida, mitad por camino que serpea rodeando las caderas de los montes. Nos esperaba el prior carmelita. Estaba el día lluvioso y entreoscuro.

Recordemos ahora la alimentación.

Había circulado profusamente el pánico entre los jornalistas acerca del almuerzo en la Balma. Se nos había amenazado con una docena de platos compactos y carnales, con postres sustanciosos, horas de yantar hasta caer rendidos los estómagos. El susto contribuyó a que no fuesen tantos los efectos, junto con el buen gusto y sencillez del servicio. Por ahí quedan las minutas del banquete ofrecido en el Santuario por la Caja de Ahorros de Castellón para espanto de quien las lea y para gustos de la memoria de quienes allí estuvimos atendidos por una cortesía que en ningún momento llegó a la pesadez engorrosa. Que se alzaran los manteles casi tres horas después del comienzo no es óbice. Fué aquello breve, discreto y contenido, que son las tres notas más amables de la espléndidez.

En el Desierto de las Palmas nos aguardaba la Misa, y nos amenazaba para después un desayuno celtibérico. Por fortuna, el proyectado grosor del desayuno cedió a los clamores de la paella —ya se sabe que este plato pide puntualidad— con que en el puerto de Castellón había de despedirnos la cortesía de la Corporación provincial. De modo que los eremitas del Desierto hubieron de contentarse con que de sobremesa aceptáramos sólo migas y ensalada, con unos copetines de sus licores carmelitanos.

Algunos de nosotros, sobre cuya atención gravita con más intensidad y frecuencia el tema de la religiosidad, pudimos conversar, rodeados de «ambiente» a propósito, en la Balma y en las Palmas. Ambos altos lugares, con primoroso valle fluvial a los pies del primero, con la Plana abierta en las faldas del segundo.

Los exvotos del Santuario de la Balma fueron examinados con detenimiento. Igual que los poemas del Desierto de las Palmas.

Y estos dos —exvotos y versos— me parecieron los quicios opuestos de la religiosidad en la comarca que habíamos visitado.

El exvoto, costumbre piadosa, supone una particular forma de fe que me atrevería a caracterizar como un entendimiento cuantitativo y transaccional de la religación con Dios. El exvoto es (si se me sabe entender) moneda. A un favor recibido se procura corresponder con un pago de gratitud determinado. Los exvotos de la Balma corresponden a enfermedades curadas, no encontré allí otra clase de favores. Y entonces el exvoto, aquellos exvotos innumerables, eran reproducciones en cera del órgano enfermo, fotografías del paciente en el lecho del dolor, menciones de diagnósticos, pronósticos o análisis, firmas, fechas, testimonios fehacientes.

El exvoto, en fin, no se me aparece como la expresión de una actitud suplicante, puesto que se cumple cuando la súplica ha sido



San Mateo.—Fuente de la plaza

despachada favorablemente por la superioridad; no una palabra enamorada, sino una declaración de agradecimiento; un «do quia dedisti», que lleva a modo de propina un halo de intenciones apologéticas. Apologético es, por lo demás, esa especie de auto brevísimo que allí se representa, donde el Diablo y el Angel se disputan la adhesión popular, siendo el Malo a la postre vencido, corrido y huído entre petardos implacables.

Muy diverso es el ejercicio de la piedad que se deja ver en las innumerables poesías del Desierto de las Palmas. Casi todos nos quedamos en nuestras carteras con un verso u otro. Yo copié con devoción éste:

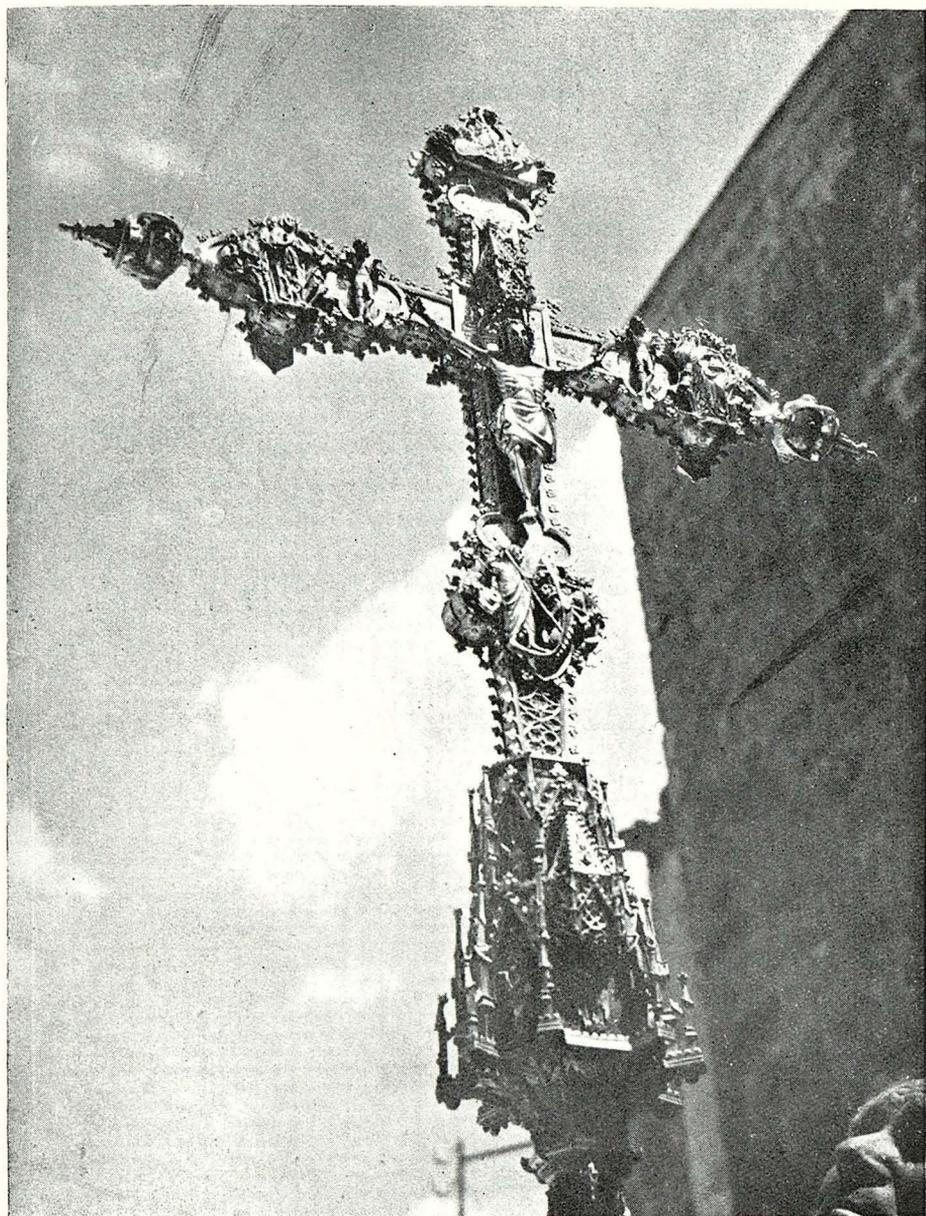
«Aquí, disimulando su tesoro
habita la riquísima pobreza;
aquí el sayal, despreciador del oro,
el descanso con traje de aspereza,
la desnudez con el mayor decoro;
superior a las honras, la vileza;
aquí la libertad, de amor cautiva,
muerta la carne, la esperanza viva.»

Otros, otros. Y, siendo tantos los poemas, en ninguno había ni asomo de lo que he llamado transacción; no había sino amor, aquí intelectual y filosófico, allá espontáneo o rudo, milagrero o erudito en otra parte, pero siempre desprendido, generoso, entregado.

Así como en el exvoto se toma cuenta de los limitados favores, en el poema se levanta el espíritu a la ilimitada amistad de Dios. El amor resbala por sobre los límites tan sin sentirlos como el aire y la luz resbalan sobre las cuidadosas linderos contractuales de los propietarios. El amor produce que en el Desierto de las Palmas pudiese vivir como ermitaño entre ermitaños una mujer de quien no se supo que era mujer hasta el momento de dar a su cuerpo sepultura.

Cuando el bendito prior de las Palmas me decía que por allí, por la cima del Monte Bartolo (nombre de otro ermitaño) pasa el meridiano cero, lo sentí como otro milagro del amor, tan formidablemente expresivo como las maravillas cotidianas de las que nadie se da cuenta, toma nota ni rinde testimonio y registro.

Huelga decir cuál de estas dos religiosidades es la que quiero para mí y para mi Patria.



San Mateo. — Cruz procesional. (Anverso)

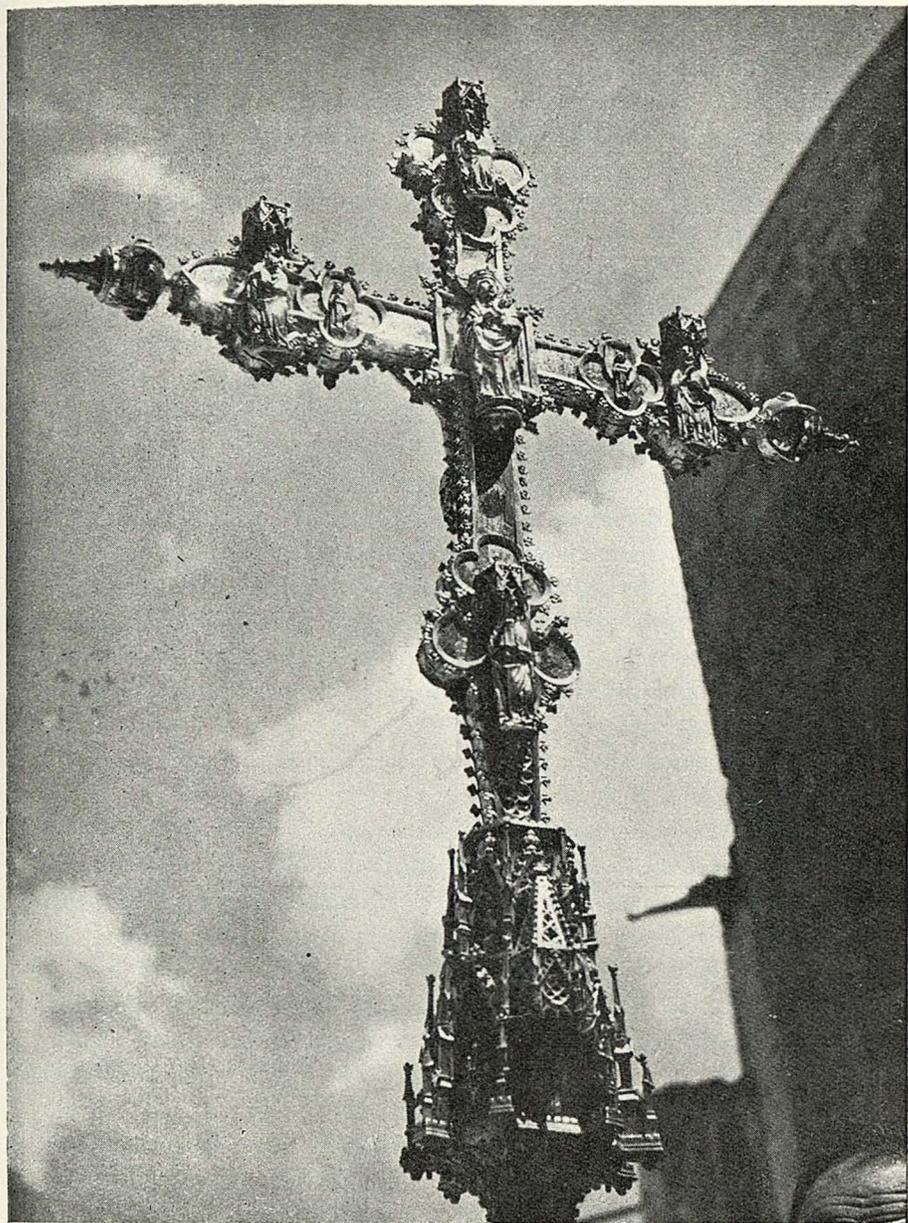
SUGESTIONES EN EL PAISAJE

Por *LUIS FIGUEROLA-FERRETTI*

Ponerse en camino supone una serie de pequeñas conquistas para la mirada. En cada hito de nuestra ruta hay un otero, una atalaya, grande o chica, un punto de vista esencial o adjetivo desde el cual podemos ganar un paisaje. Estos logros van a hacerse importantes para mí, equidistante por vocación o profesión del cuadro pictórico o del encuadre cinematográfico.

En este viaje al Maestrazgo iba yo casi virgen de tópicos. Digo casi porque cuanto se refiere a zonas sustantivas de nuestro país halla en nosotros un cliché preestablecido, una estampa adquirida por una noción literaria reiterada cuya cifra y signo suelen ser epidérmicos o falsos. Alguna quedaba en mí al llegar al límite de Castellón, donde el señorío de las primeras autoridades nos dió la primera gentileza de la bienvenida. Pero ya de noche los ojos apenas tenían que ver.

Hubo que esperar al día siguiente para empezar a grabar nuevas imágenes en la retina. Creo que fué San Mateo el primer término de la jornada inicial; un pueblo donde ni el revoco blanco de cales ni los blancos azules en cenefa de contraste podían hurtar la añeja edad del caserío, la arcada de patrón románico o la ventana gótica. Sin



San Mateo. — Cruz procesional. (Reverso)

monumentos específicos. San Mateo es una delicia de sencillez urbana, casi paradójica en una zona donde la arquitectura religiosa suele ser pródiga en complicados barrocos. No hay encrucijadas teatrales, no está todo colocado escenográficamente; hay, sencillamente, calles abiertas, regulares y hay plazas, plazas con fuentes. En una de ellas todo parecía, empero, dispuesto por un magistral director de escena capaz de ofrecernos una realidad de tanto valor plástico que pareciera fortuito; era la plaza del Llano de Santa María, de una Santa María policromada, escoltada en redondel por una esbelta ronda de columnas, señoreando en pináculo una fuente. Fué mi primera fotografía y no la hice mejor en todo el viaje por razones que vendrán al hilo de estos comentarios apresurados, aguijonado por nuestro capitán Gaspar Gómez de la Serna, nunca remiso en cumplir la etapa de las promesas.

Había que ir a Catí, nombre de coquetería meridional y en la ruta había que ver el abierto paisaje del campo. Mientras avanzaba el autobús, a medida de nuestra veloz andadura o, mejor, de nuestra rodada, se encendía en mi pensamiento la necesidad de articular alguna nueva teoría de la estética del paisaje. Creí ésta la ocasión y el pretexto, pero el tiempo se achica cuando tratamos de madurar ideas y ordenar quiebros del terreno tan rápidamente ganado entonces, tan lamentablemente perdido ahora cuando el espacio para hacer, para escribir, es tiempo que se nos va entre No-Do que acucia y el arte de toda una nación que nos espera.

Sigo en la creencia de haber sido en el tramo de San Mateo a Catí o en el de Catí a Benasal (¡lástima de folletos y mapas impresos sin tiempo ya para mirarlos!), cuando comencé a romper en trocitos la posibilidad de acoplar la idea de esta tierra levantina a la referencia tónica, de su paisaje. Porque el conquistado en cada kilómetro no era así, fácil ni sensual ni regalón. Los naranjos allá lejos, en la faja costera, nos brindaban verdes gayos; aquí era, más bien, lo montaraz, viril, con olivos y vides, piedras en canchal, gujarros en el cauce seco de los ríos y jaras en las laderas con el pequeño pañuelo de sus flores de papel saludando al paso. Era, a cada vuelta de la carretera, la aproximación de la montaña, el requiebro macho y aristado del Maestrazgo de Montesa, donde hasta el cielo conoce nubes cenicientas y la tierra la pisada de la lluvia que es un gozo del Señor en la reseca primavera.

Comencé a recordar las aprendidas nociones de la insolación levantina, la terne y jugosa huerta y las contrasté con estas otras descubiertas con júbilo de primerizo, y en este traer y comparar hallé un placer especial, una sensación como de descubridor de una región donde no se admite el uniforme de la postal en vistas para el correo turístico so peligro de grave yerro. El Maestrazgo sí tiene festones de verdura cultivada, huertos para el naranjo, el almendro o el algarrobo, para el cereal mimado por el riego, para la hortaliza, pero su raíz, su espinazo firme, crecedor tierra dentro, se hace bravo entre colinas, donde se da el cantueso y el romero como una distinta geografía paralela al tipo humano de sus mujeres, blandas y pulidas en el litoral, eásticas, recias y sonrosadas en los pueblos de las alturas. Y si el sol, amplio y generoso, luce sin tacha en la costa, tal vez para encender aquella palidez femenina, aquí, en el camino de Catí, o mejor en las rampas acuciantes de Benasal, puede turbarse sin temor de velar las encendidas mejillas de las mozas. Esta es la verdad de la geografía física y humana del Maestrazgo, una verdad de la que equivocadamente huyen los pintores atenidos a la estampa del lugar común, al «verde y con asas» de las que a veces ni son jarras verdes ni tienen asas. Viendo y pensando así recordaba a Francisco Lozano, pintor valenciano que sabe entender y pintar con esta veracidad tierras como las de Castellón sin mengua del color imperioso junto al cielo, a veces sombrío, de estas latitudes. Precisamente este carácter de excepción vigoriza la realidad de un clima dulce y manso y es como la graciosa especie puesta por Dios en esta Naturaleza de moneda, dorso y anverso, así aderezada para sensibilidades ávidas de lo diverso en la unidad.

En Catí confirmé aquellas nociones de sencillez plástica asimiladas en San Mateo hasta tal punto, que el ejemplar de arquitectura civil gótica representada por el Ayuntamiento sorprende, desprendido casi de un núcleo urbano donde nada apenas prepara los ojos para adentrarse bajo sus arcadas; muy cerca, otras casas nobles abrían sus partidas ventanas de esbeltas columnas del mismo orden estilístico. Un erudito local afirma el cariz y la patina de la Edad Media en toda esta villa, pero las trashumantes y veloces miradas nuestras apenas si aciertan a descubrir detalles arquitectónicos aislados y algún callejón de la judería aislada y obligada a salir al campo por tal cual vericuetto entre altos muros. El punto de vista total nos falla

aquí, acuciados por un horario implacable, para aseverar datos e informes.

En cualquier caso me interesaba aún más el campo. Era algo obsesivo lo que sentía ante unas perspectivas cambiantes que en algunos aspectos me recordaban otras castellanas, no asimiladas tampoco al tópico de la horizontalidad. Las últimas luces de la tarde, complicadas con una lluvia pertinaz, tamizaban la visión de las proximidades de Benasal. El autobús trepaba por las cuestas, ganando los últimos kilómetros hasta el balneario En-Segures, donde la noche y los 900 metros de altura, traducidos en temperatura del aire, nos indujo al cobijo que se nos brindaba con mantas de plus en las camas tras una opípara cena.

Por Ares del Maestre crecía la bravura del campo, aún más agudo en altura hacia Castellfort y Cinctorres. El caserío de los pueblos tenía ya cierta vitola aragonesa; el campo en sí apenas tenía relación de vecindad con el de la Plana. Rodábamos hacia Morella y el paisaje tenía acentos de feracidad agreste en muchos parajes; la flora, áspera y olorosa como cumple a los mil metros sobre el nivel del mar, que tienen aquellos aldeaños de la llamada capital del Maestrazgo. Desde bastantes kilómetros se sentía acuciante su llamada; era la solicitud de la eminencia coronada, topográfica e históricamente, con jurisdicción en baronías y señoríos de la comarca, y, sin duda, en el ánimo viajero con el señuelo de la peripecia carlista, y de Cabrera, dueño y señor de la villa durante dos años, diez antes del medio pasado siglo. Desde avistarla a entrar en ella, todavía pasaron demasiados minutos para nuestra impaciencia; tal, que a mujer de difícil posesión, a Morella había que entrarla dando algún rodeo. Durante él vinieron a nuestra mente el nombre del joven oficial carlista Alió, autor material de la hazaña de hacerse con el sitiado reducto cristino. Este no ha debido variar demasiado desde el XIX belicoso; sus calles tienen franco sabor de algo dormido en olor de historia; el pergeño de sus casas, por ejemplo las que forman la Puerta del Forcall, pudieran ser de alguna villa abulense, con balcones asolanados bajo pródigos aleros. La vía principal o calle mayor tiene trozos porticados y en ella hay algún café donde pudiera haber redactado el jefe de la brigada que tomó Morella, en una fría madrugada de enero de 1838, el parte de la victoria dirigido a Cabrera, a la sazón en Benicarló. Pero esta aorta mayor del Maes-

trazgo hubiera necesitado al menos todo un día para saborearla debidamente. La Arciprestal, ciertamente valiosa e interesante, apenas compensa, por sí sola, no poder pasear la villa, tranquila y sosegadamente con afán de vivir o contradecir datos y páginas de la cercana historia del XIX.

Fueron pocos kilómetros hasta llegar a Zorita, pueblo base de la Balma, ya en la raya de Teruel, donde la Virgen hizo una de sus primeras apariciones en el Maestrazgo, y el demonio, en forma de personaje de un curioso y compendiado auto sacramental que todavía se representa, dió que hacer a las autoridades religiosas, hace unos veinte años, metido en el cuerpo de algunas poseídas peregrinas, hasta el templo socavado en la piedra, donde la fe y la brujería y sus exorcismos animaban escenas poco edificantes para la santidad del lugar. La vista desde el albergue tenía una grandiosidad impar; el río Bergantes trazaba un arco fingiendo proa a un monte que estaba enfrente y ambos costados de la supuesta nave dejaban dilatar la mirada con una anchura de lejanías francamente deleitosa. Allí también hubiéramos permanecido con gusto más tiempo o por lo menos todo el dedicado a consumir una comida, parafrasis de las bodas de Camacho, con la que una vez más nos obsequiaron las autoridades de Castellón, que nos llevó más de tres horas.

La cuarta jornada fué la amable concesión a la zona marítima. De la capital a Vinaroz, con un pequeño alto en las villas de Benicásim, alineadas junto al Mediterráneo, luciendo su traza ostentosa o modesta en un apunte de invitación al democrático veraneo. Durante el trayecto pudimos ver desde alguna lejanía algunos pueblos recostados, de espaldas al mar, como ganados a la golosina de la huerta. Oropesa no es de estos y ello nos llevó al recuerdo de su homónima toledana, engallada sobre los llanos que miran a Gredos como esta castellanense hacia la vasta extensión azul. En Vinaroz embarcamos en dos «bous», después de haber atravesado la población, en dirección a Peñíscola. La mar estaba bella y el objetivo líquido no admitía demasiadas contemplaciones, porque el Mediterráneo, lejos de la costa, no tiene demasiadas variantes. Durante la travesía el verdadero regalo fué para el paladar —langostinos, cigalas y caballas alternados con vino de Villafranca— cuando no mirábamos el litoral o el promontorio de Peñíscola cada vez más próximo. El Castillo, naturalmente, fué la visita prevista, donde recordamos

las vicisitudes del cisma famoso y del no menos Benedicto XIII, o Pedro de Luna o el anti-Papa, como queramos, ejemplo de una voluntad firme como el peñón donde asentó su castillo-fortaleza para resistir todas las asechanzas en forma de bélicos enemigos que le cupieron en suerte. No es cosa de trasladar aquí erudiciones puntualmente descritas en los folletos turísticos; más bien fuera deseable añadir alguna sugestión sobre este bello lugar donde el cine, como es sabido, puso sus lentes, más atento, por cierto, a la placidez del tranquilo pueblo que a las posibilidades fotogénicas a que invita su situación y el despliegue de su caserío en cuesta. Pero aquí tampoco paramos demasiado. Oler con los ojos Peñíscola, imaginándosela como un trasunto mediterráneo igualmente situable en la orilla italiana de este mar en el medievo, es apenas lo que pudo ser.



San Mateo.—Fuente de Santa María

Benicarló, visto desde su simpático parador y ya el día de regreso, una fugaz visita al Monasterio del Desierto de las Palmas, fueron los últimos jalones de nuestra visita al Maestrazgo. La primavera no tuvo este día últimas consideraciones para los jornalistas y difícilmente pudimos ver el mar desde la altura donde viven para Dios los carmelitas. La belleza del paraje es extraordinaria y la paz de aquel bello rincón castellonense sólo se altera con la consideración de aquel monje que sólo al morir se descubrió debió haber sido monja; y por tal tremendo empeño en martirizar su condición carnal mereció sepultura aparte en una breve ermita donde se reproduce su cadáver yacente. Eufrosina, no recuerdo si Santa ya, puso en nuestro pensamiento un perfume de romance novelesco con su hazaña en el Monasterio.

El Maestrazgo, así entrevistado merced a las atenciones de la Diputación, nos ha dejado un regusto de aperitivo. De una manera u otra volveremos para gustar totalmente de todas sus seducciones, que son, no sé si lo habré dejado vislumbrar, muchas y muy gratas para el turista. Uno, además de ser eso ocasionalmente, tiene apetencias muy concretas; pensaba escribir sobre el paisaje del Maestrazgo como arte específico del de Levante, contrariando alguna descripción estereotipada demasiado facilona. Pero el tema es muy serio como para improvisarlo en estas líneas apresuradas y el Maestrazgo, no digamos.



EL MAR Y LA ALTURA

Por ANTONIO DE HOYOS

La provincia de Castellón de la Plana es una zona española a punto para la meditación seria sobre nuestro país. Bien es verdad que cuando miramos a España con amor y entrañable sentimiento, nos parece cualquiera de las provincias buena ocasión para formalizar y dar sentido a un vasto repertorio de conceptos que vienen dando razón de la forma de vivir y de pensar de los españoles. En la Rioja y en la Mancha, así como en los pueblos de la Alta Extremadura, hemos podido comprobar ante la realidad de la vida provinciana y popular algo que es esencial y necesario para hablar con sentido y eficacia de España.

Es posible que en esta admirable provincia de Castellón, el suceso que hace meditar adquiere mayor plenitud, y la coincidencia de una hermosa tierra mediterránea al lado de pueblos altos y escondidos, pone una nota de mejor claridad en lo que se viene aceptando desde tiempo como problema nacional.

Por tierras de la Plana y del Maestrazgo puede el escritor y el viajero ir tomando buenos apuntes, contrastando ideas políticas y

asegurando la forma de entender para siempre nuestro país. De este contacto se obtiene en principio una rigurosa disciplina política de aire internacional que viene a favorecer la teoría española, europea y geosentimental. Teoría que adquiere en los días que corren mayor actualidad. Por España se ha dejado sentir a lo largo de nuestra historia el mandato del espíritu continental, y se ha manifestado de forma más evidente cuando Europa se ha visto precisada a renovar sus esquemas culturales y su hábito vital. Siempre que esto ha acontecido, España se ha visto también precisada a admitir la realidad del tránsito y de las modificaciones que ha impuesto la vida nueva presionada por la técnica, el arte o la política. Son muchos los libros de literatura española de perfil ensayístico donde queda bien expuesto el testimonio y la preocupación de esta realidad nacional en su relación con Europa.

Sin embargo, he aquí que ante la presencia de los pueblos de España, de los miles de pueblos que forman nuestro país, se plantea una cuestión conmovedora y trascendente ante la cual se hace patente también su mandato de incitante enseñanza. La vida efectiva de los pueblos, su imprescindible colaboración en los usos españoles y en la vida comunal, queda como principio inmovible señalando la norma conveniente ante la realidad de unas formas políticas que se renuevan.

Esto viene a cuento en vista de la extraordinaria desproporción o desequilibrio que hoy, como hace tantos años, puede observarse cuando uno se pone en contacto con los pueblos españoles del interior. A los que hemos nacido y vivido en el Mediterráneo el contraste se hace más fuerte, y con la experiencia obtenida cerca de los pueblos del interior, aunque sea en la brevedad de unas jornadas literarias, se afirma la realidad de nuestro país, y surge más clara la enseñanza de los pueblos y con ella una esencial disciplina pedagógica, firme y eficaz.

Salta a la vista la diferencia entre unos y otros pueblos en el orden más general de la vida y la cultura. Por la zona de la costa, desde Almenara hasta el límite con Tarragona, los pueblos de Castellón, sonrientes y claros, testimonian la vida antigua y clásica del mar. Sus calles espaciosas y limpias, la riqueza de una Plana fértil y bien poblada, revierte en todo tiempo la estampa eterna del Mediterráneo. La vida es fácil; la gente sonríe y deja en el gesto un elegante perfil



San Mateo.—Muchacha vistiendo el traje típico

de ironía. Como en Marsella y Génova, en Nápoles o en Salónica, la costa castellanense fija una forma de vivir que da señal del tiempo y se hace cargo con naturalidad de su destino histórico, por el cual es posible que un día los pueblos europeos vuelvan a comprobar el funcionamiento político de forma también natural.

En la costa, la Naturaleza pierde la gravedad de la montaña. Las playas doradas y limpias, los poblados y ciudades que armonizan el campo y las huertas, mirados desde el promontorio de Peñíscola, hace pensar en el espíritu ágil, renovador y comprensivo de los castellanenses. Precisamente por no conservar un regionalismo tan apretado como Valencia o Cataluña, la tierra de la Plana da a sus tipos un curioso desenfadado, grato y elegante. A la capital llega decantado el espíritu mediterráneo, el aire más ligero de Valencia y lo mejor de Tarragona la romana. En la costa todo parece que se torna fácil y seguro. Acontece algo así como si el destino de la Patria no se viese envuelto en problemas graves. La solitud del mar contribuye a desvanecer el drama y facilita la comprensión de este viejo y alterado continente. Por estas tierras no se muestra el espíritu agresivo y extraño al cambio. Una fuerte curiosidad estimula la comprensión, y las cosas se aceptan sin sorpresa ni tránsito. Siempre queda un lejano rumor en cualquier lugar de la costa antiguo y experimentado.

No ocurre así en los pueblos y tierras del Maestrazgo. En esta parte de la provincia se vive de otra forma. Tiene una historia diferente; el románico y el gótico encuadra un tiempo floreciente y alterado, y los pueblos modestos acogen unos habitantes que guardan con emoción costumbres y hábitos viejos. A la conmovedora energía de los pueblos se une la pulcritud artística de la danza y la canción.

Estos pueblos y aldeas perdidos en la fragosidad de la montaña y colgados en los altos picos, siguen conservando la tradición de una vida lejana, y en el giro lingüístico del antiguo reino el castellano vacilante se mezcla con palabras de Aragón y Cataluña.

La tierra como la montaña se halla escalona. En los pequeños bancales que sujetan rastrillos de piedra oscura, como en las casas y acueductos, nace el trigo y algunos árboles frutales, mientras en los pequeños valles y zonas más ricas la vida apacible y dormida contrasta con la inquietante solitud de las anchas planicies por el lado de Ares y Cabanes. Aquí en lo alto cambia la luz, el frío se hace intenso; todo tiene una significación diferente. Los hombres

caminan por sendas y trochas buscando el bancal y mirando la lejanía azul de la tierra que se pierde. El silencio de la tierra y la montaña da al paisaje un sentido monacal de grandeza y aislamiento.

En el Maestrazgo de Montesa y en las tierras cercanas a Teruel el tiempo está detenido. Los muchachos de Todoella bailan bajo el signo de la guerra, y en la Balma, junto al Santuario de Nuestra Señora, los días señalados, la danza ingenua se une a la leyenda medieval y al milagro del Angel contra el Demonio. El pueblo participa formando coro, como en las piezas clásicas dramáticas, y la gente sigue conservando el ritmo apacible y solemne como mandato de la tierra.

De la doble y fuerte diferencia que los pueblos de la provincia de Castellón señalan a lo largo de los años, esta zona española mediterránea y escondida, deja un espléndido testimonio de la realidad de nuestro país. Junto a la tierra hermosa y fértil, donde perfuma el naranjo y estalla el pimpollo del olivo, la vida sigue recordando su vivir mediterráneo y europeo, mientras los valles del interior y las dilatadas llanuras de la altura reclaman en beneficio de una mejor armonía nacional esta misma vida de la costa de playas doradas y de pueblos luminosos, en donde la cortesía no difiere de las zonas altas.



CASTELLON

EN EL REINO DE VALENCIA

Por J. FUSTER

Al menos por aquí, en tierras ibéricas, el norte —cada norte— parece asumir siempre los prestigios de linaje y de recuerdo que dan a los pueblos sentido y empuje. El norte, para nosotros, es lo viejo: Castilla la Vieja, la Catalunya Vella. Nacidos como tales a medida que el suelo era rescatado al moro, nuestro país tiene conciencia de esa trayectoria, de arriba a abajo, sobre el mapa, que siguió su reconquista, y han atribuído a sus comarcas septentrionales la condición venerable de matriz. Tal nos ocurre a los valencianos, también, con nuestro norte particular: el «terme de Morella» y el «Mestrat», limítrofes con Aragón y con el Principado, si fueron en principio un avance catalán hacia el sur, quedaron luego como fundamento inicial del nuevo Reino de Valencia. Así lo proveyó aquel que, «aitant com lo món dur» —según decía el cronista Muntaner—, será llamado «lo bon rei En Jacme d'Aragón». En estos rincones, de abrupta montaña o de marina feliz, empezamos a existir en tanto que pueblo.

Es curioso observar que, por no se sabe qué extraños misterios de la geografía y de la historia, la mayoría de estos nortes imagina-

rios han conservado, a través del tiempo, su exacto perfil primitivo. Se podría creer que, fieles a su encanto de reliquia, quieren permanecer fijos en el pasado: auténticos enclaves medievales en nuestra actualidad. Y así, el espectáculo de sus ciudades y aldeas, caladas de ojivas, entre castillos y ermitorios, es irremisiblemente bello: bello, con esa belleza a la vez noble y pintoresca de lo antiguo que no se resigna a ser sólo arqueología. Pero, además de bello, melancólico. Precisamente porque no se trata de pura arqueología, sino de un trozo de vida de hoy confinada y obligada al aire arcaico, a perpetuarse sin cambios ni holgura. Viniendo de la Ribera, de la Huerta, de la Plana, donde la riqueza es incluso irrespetuosa con el monumento antiguo, sitios de permanente remozamiento, la visión de Morella y del Maestrazgo hace pensar de seguida en el terruño pobre, en la avara indigencia de la naturaleza.

Quizá el visitante no se da entera cuenta de que en aquellas casuchas de finos ventanales góticos, y en el decaído caserón solariego de sillares imponentes, la gente sigue viviendo como hace cuatro o cinco siglos. Si no pensamos en ello, desde luego, la gracia de las callejas y de las fachadas no puede dejar de subyugarnos. Nos hallamos, de repente, trasplantados al corazón mismo de la época foral. Cierto que —recordemos la palabra de Le Corbussier— «las catedrales fueron blancas»: estas piedras oscuras y vacilantes de Morella y del Maestrazgo tuvieron, un día, la superficie reciente y una solidez insigne. Razones económicas y estratégicas, hoy periclitadas, dieron a estos parajes una prosperidad que ahora resulta inimaginable y que explica el esplendor ajado de su aspecto. Uno llega a suponer que sólo la decadencia material ha podido favorecer este «tradicionalismo» espontáneo que contemplamos aquí: muchas veces se «conserva» porque no es posible «renovar». El aislamiento, la dificultad de un acceso cómodo desde los centros vitales de nuestra geografía actual, es otra razón que sin duda contribuye al carácter estático de aquellas emotivas comarcas castellanenses.

Y como todo en este mundo va ligado, no solamente son las piedras labradas, la arquitectura anciana, lo que en Morella y el Maestrazgo perdura intacto y como archivado. Un valenciano —valenciano de más al sur— que las visita, se sorprende inmediatamente de encontrar su idioma mantenido en una pureza ejemplar; pureza, no hará falta decirlo, que nada tiene que ver con el rigor académico;



San Mateo. — Calle típica de la población

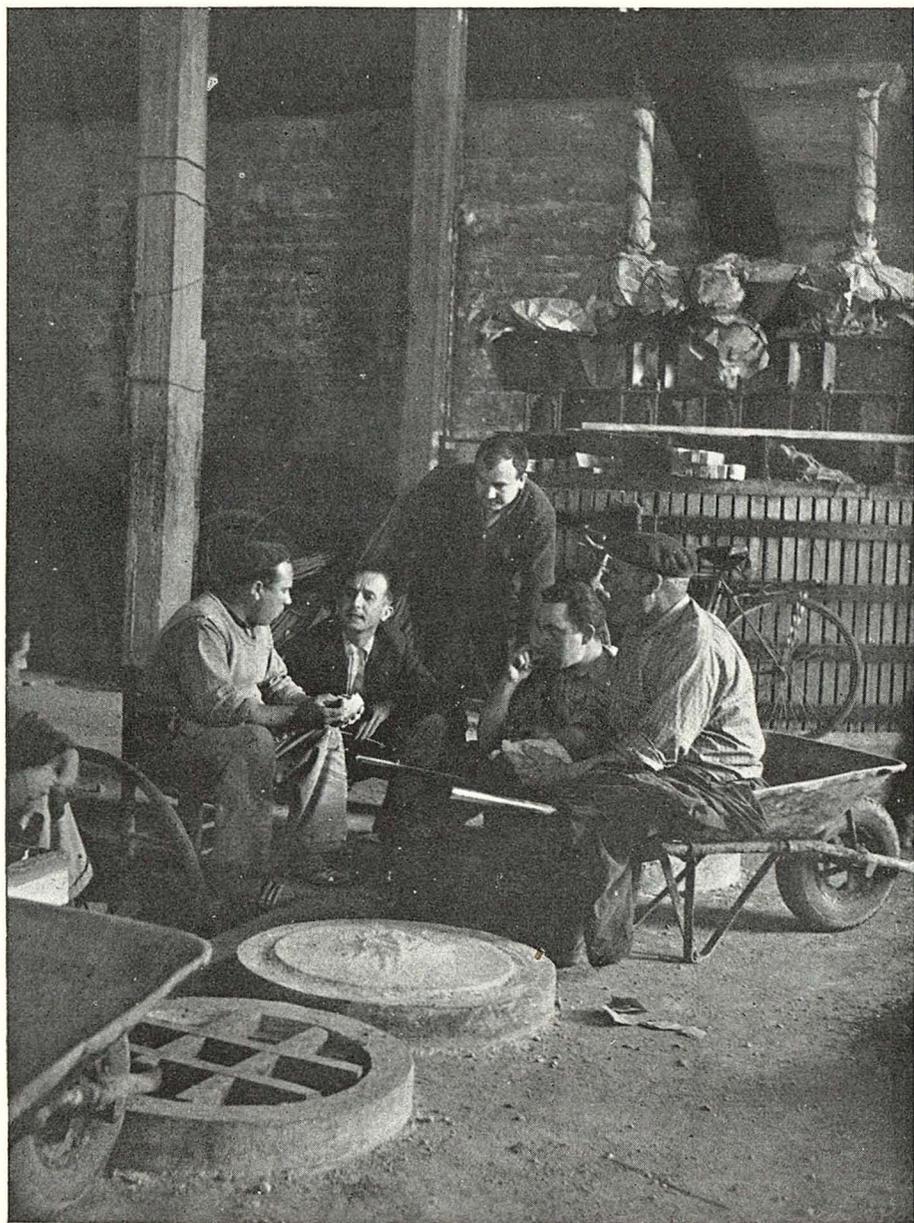
pureza rural, estrechamente consuetudinaria, con el sesgo inevitable de una descomposición por estancamiento, pero reteniendo vivos, vigentes, giros y términos que casi creíamos enterrados para siempre en los manuscritos medievales. El catalán que hablamos los valencianos ha sufrido, a lo largo de las últimas centurias, una corrupción lenta y desgarradora: sin cultivo literario normal, sin enseñanza, descartado por la aristocracia y herido de contaminaciones extrañas, ha ido sofisticándose hasta extremos indecibles. En las tierras llanas del Reino, la lengua pierde, a cada paso, cada día, virtud auténtica, fuerza autóctona. Quizá en Morella se note la vecindad aragonesa en algunos rasgos de léxico; pero, en general, tanto en esta ciudad como en el Maestrazgo propiamente dicho, nuestro vernáculo posee todavía, en inflexión y en sabor, un recuerdo de antigua crónica, de verso a lo Jaime Roig, llano y afilado.

Y otra cosa: esos bailes que hemos visto en la Balma —danzas procesionales, de ritmo bélico o festejador, que aun no son folklore porque siguen siendo profesados con la sinceridad radical que les dió origen. Estos ritos, a la vez religiosos y civiles, serían inconcebibles en otro lugar donde el tiempo no tuviese, como aquí, calidad de embalse, de figura estática. En otros pueblos valencianos subsiste la costumbre de acompañar con danzas a las imágenes de las procesiones: es muy probable, incluso, que tal forma, o fórmula, de piedad derive en todo caso de estas comarcas castellonenses. Sin embargo, en ninguna parte han logrado retener aquel espíritu de devoción y de reminiscencia ancestral a que obedecen: de ahí que vayan desapareciendo, o que apenas se sostengan por inercia, como espectáculo —como folklore—, no como rito. Lo que llamamos civilización moderna —que, por lo demás, a nuestros pueblos sólo llega muy aguada y en sus manifestaciones más banales— parece incompatible con esos resabios estéticos y píos del mundo medieval. Cuando veíamos danzar a los hombres de Zorita y de Todolella, no sabíamos reprimir una de esas nostalgias estúpidas que de vez en cuando nos asaltan: y digo estúpidas, porque al fin y al cabo, uno no estaría demasiado dispuesto, en verdad, a cambiar de época ni de hábitos.

Cabría prolongar la enumeración de detalles, de datos, de constataciones, que la visita a Morella y al Maestrazgo facilita a un valenciano sensible a las cosas de su país. Basten los dos apuntados para significar el alcance de las conclusiones a que se puede llegar.

Que no son otras, en efecto, que el hecho de ver, en estas tierras, no sólo el «monumento», sino también el «documento»: no sólo el rastro árido, potente, pétreo, inscrito en geología o en arquitectura de unos siglos que fueron, y que fueron gloriosos, sino, además, la presencia todavía viva, todavía palpitante, de «algo» de aquellos siglos. Para entender nuestra manera de haber sido, el contacto con el norte materno es indispensable y fecundo.





San Mateo.—Bodegas de la Cooperativa Agrícola de San Isidro

ANECDOTARIO DE LA RUTA

Por VICENTE VENTURA

El anecdotario pintoresco comenzó antes que las Jornadas. Cuando todavía el grueso de las fuerzas literarias estaba lejos de la provincia de Castellón y aun del Reino de Valencia, se le durmió el ángel de la guarda, que tan despierto lleva siempre junto a sí, a Eusebio García Luengo. En Motilla del Palancar perdieron el autobús. Cuando Eusebio y su ángel se dieron cuenta, el ángel se llevó un susto. Eusebio, no, porque Eusebio, como se sabe, es fatalista y piensa siempre que «¿qué se le va a hacer?», y que del mismo modo que se pierde un autobús, se recupera. En efecto, el fatalismo de Eusebio tuvo razón una vez más y el autobús esperó en Ming'anilla la llegada de Eusebio y su ángel.

* * *

Las Jornadas Literarias por el Maestrazgo empezaron, siguieron y acabaron comiendo. En realidad, parecieron más bien una larga sobremesa, después de un fabuloso almuerzo. Ramón de García Sol dijo en la Balma, donde se consumió la minuta de siete platos:

«Levantémonos pronto de la mesa, que no nos quedará tiempo de ir a cenar.» Ese día, el del Santuario de la Balma, fué de prueba para los estómagos literarios concentrados en el Maestrazgo. En Morella, antes de la minuta referida, hubo que consumir —cortesía obliga— el más fabuloso aperitivo que pueda soñarse. Gruesos pedazos de jamón y de cecina, quesos densos y sabrosos y, en fin, toda una serie de entremeses que, por sí solos, constituían ya una comida abundante. Tal vez entre las gentes del Maestrazgo haya arraigado la fama de hambrientos que cuelga sobre las espaldas de los escritores. En este caso, habría que añadir caridad a la cortesía y doblar la gratitud.

* * *

Las jornalistas se levantaron tarde el primer día. Por causa de las jornalistas, las Jornadas empezaron una hora después de lo previsto. En el tocador de las jornalistas quedó, como un homenaje de sus compañeros de ruta, esa hora perdida envolviendo el arco romano de Cabanes, ante el que pasamos de largo. Hubo que cambiar el testimonio histórico por la perfección del carmín trazando el arco exacto de los labios.

* * *

En San Mateo, un viejo que tomaba el sol, preguntó sin demasiada curiosidad, refiriéndose a los jornalistas: «¿Quiénes son éstos?» Y una mujer le contestó en seguida: «Escribientes», con lo que al viejo se le esfumó la poca curiosidad que sentía. Tal vez nos confundió con un viaje turístico del Instituto Nacional de Previsión.

* * *

Por cierto que en San Mateo, después de darle vueltas al pueblo, acabamos en una Cooperativa vinícola. Y cuando terminó la visita, camino del lugar donde teníamos dispuesta la mesa, un periodista joven de Madrid decía: «Hemos dado tantas vueltas viéndolo todo, que me encuentro mareado.» Y uno de los acompañantes locales, viejo él, respondió con sorna: «Pues les pedres no maregen, no.» El vernáculo alivió la sinceridad.

* * *

Unos jornalistas, encandilados ante la abundancia de piedras góticas, entre las que discurre la vida de Catí, divagaban sobre la levedad de los materiales de construcción actuales y sus escasas posibilidades artísticas. El torrente de sugerencias que desencadenó el tema fué de nuevo embalsamado por el sentido común de una mujer del pueblo. Les dijo: «Si tuvieran ustedes que hacerse una casa, ¿se la harían como éstas antiguas o modernas?»

Y una vez más, la sencillez vino a destruir el artificio de la teoría.

* * *

En Benasal bebimos agua para el riñón, cenamos muy bien y dormimos escasamente, porque un grupo de jornalistas se pasó la noche jugando al fútbol en los pasillos. Por la mañana, el desayuno fué extraordinario. Tan extraordinario, que compensó las molestias del agua para el riñón y el sueño entrecortado. Ante aquel desayuno, Eusebio García Luengo compuso una teoría nutritiva con estas o parecidas palabras: «Para ir bien, lo que hay que hacer es desayunar cada dos horas. Con un desayuno como este de hoy varias veces al día, sobran todas las comidas. Convinceos de que lo mejor es desayunar muchas veces. Entre otras ventajas, el sistema ofrece la posibilidad de pasarse el día entero en la sobremesa de los desayunos.»

* * *

En un establecimiento de Morella, donde además de postales, botones, madejas de lana y jabón de tocador, vendían también libros, Carles Soldevila encontró varios ejemplares de una obra suya, que le fué editada hace tiempo. Y luego nos decía: «Simpática ciudad ésta, ¿eh?»

* * *

En el Santuario de la Balma, a las dos horas de estar comiendo, un periodista preguntaba: «¿No será esto la eternidad?» Y le respondieron: «Tal vez, pero, en ese caso, ¿dónde estamos, en el cielo



San Mateo.—Rondalla

o en el infierno?» Pero la comida terminó y se disiparon todas las dudas. Habíamos estado en el cielo de los glotones.

* * *

En efecto, como dijo un periodista, a bordo del «bou» «Paquito», que nos llevaba desde Vinaroz a Peñíscola, los langostinos no nos dejaron ver el mar. En el breve itinerario desde la cocinilla hasta la mitad de la barca, desaparecían de la cazuela donde eran servidos. El Mediterráneo fué, de este modo, más gustado que visto. Lo conocimos por sus frutos, que es la manera más evangélica de conocer.

* * *

Eusebio García Luengo, sentado al sol ante la mole inmensa del Castillo de Peñíscola, expuso los principios en que se basaba su negativa a verlo por dentro: «Yo, si lo veo todo, no me entero de nada. Aquí hay demasiado que ver. Prefiero el conjunto. Prefiero el todo a las partes. Además, ¿cómo puedo entrar en cualquier castillo sin haber entrado todavía en el de mi pueblo?»

Y José María de Quinto, que va a constituir la Sociedad Española de Enemigos de los Castillos, ofreció a Eusebio un título de fundador.



CASTILLOS Y CHIMENEAS

Por JOSÉ M.^o DE QUINTO

De cómo nació la A. E. C. (Asociación de Enemigos de los Castillos).—Hace ya bastantes años, en una de esas revistas poéticas que caen en las manos de uno de uvas a peras, leí el siguiente impresionante verso: *Es inútil, no tenemos industria*. Este verso, si mi memoria sigue siéndome fiel, era debido al poeta Felipe Sordo. Del nombre de la revista, ni por asomo me acuerdo.

Este verso, así, fríamente considerado, disecado, arrancado de toda la viva camada de la composición, puede parecer poco serio. Sin embargo, no es así. Su honda significación y desesperanza me ha venido a las mientes, una y otra vez, a lo largo del peregrinaje por tierras de España, anualmente emprendido con otros escritores. *Es inútil, no tenemos industria*. No hay duda de que en estas pocas palabras se advierte como un leve pesimismo, como una desesperanzadora desesperanza (valga la repetición) y que bien poco importan ante tamaña verdad los melindres y gazmoñerías de los que condenan los prosaísmos poéticos. No sé por qué —todavía no he logrado explicármelo— escritores de este tiempo que se escalofrían ante un

verso simplemente bello sonrían con un cierto aire de suficiencia y desdén cuando se topan con la descarnadura de un verso así. Son escritores, claro está, sin una conciencia actual y vigilante, sin esa conciencia social y profunda de la existencia, que hay que pedir a los escritores de este tiempo. Pero ésta es ya otra cuestión.

Las cosas así, entrándose el paupérrimo paisaje castellano por la ventanilla del autocar, dije a Manuel Pilares, compañero de asiento:

—Acaba de fundarse la Asociación de Enemigos de los Castillos. ¿Quieres un cargo?

—Sí.

Y Manuel Pilares, ese escritor «dueño de un corazón como una casa», tal y como se definió en uno de sus versos, aceptó el secretariado de una de las asociaciones más divertidas e importantes, aunque parezca inmodestia, de nuestro tiempo.

La A. E. C. (Asociación de Enemigos de los Castillos) surgía como reacción necesaria y urgente ante un estado de cosas que convenía poner en claro, acaso subsanar. Sus primeras consignas —consignas de trinchera— entre divertidas y demagógicas, tenían su aquél. («¡Los fantasmas al Palace!», «¡Menos piedras y más pan!», etc., etc.) Durante los cinco días que empleamos en el encuentro con el Maestrazgo de Montesa, la A. E. C. sirvió de diversión a muchos. Y esto es ya importante.

De todos modos conviene aclarar que en principio la A. E. C. no viene a significar sino un sentimiento. En efecto: es una Asociación sentimental, realísticamente sentimental, con el suficiente sentido común como para no expedir *carneys* ni inscribir socios ni organizar excursiones punitivas contra los castillos. En realidad, todo aquel que siente la pobreza de nuestro país, todo aquel a quien le duele esta nuestra entrañable pobreza —y esté un poco harto, empachado de sus grandezas históricas— milita en sentimiento, aun sin saberlo, en la A. E. C.

Dámaso Santos en «La Hora» ha interpretado, si parcialmente con indiscutible agudeza, el hondo sentido de la naciente Asociación. Ha escrito: «El humorístico y juvenil jaleo del autobús, con la espontánea constitución, con himno y todo, de los «Enemigos de los Castillos», denunciaba, queriendo o sin querer, que las salidas de estos hombres a las tierras de España nada tenían que ver con esa idea del viaje paisajístico que caracteriza a esas respetables agrupa-

ciones como los «Amigos de los Castillos» o «Amigos del Paisaje». Así es, en efecto; y por ello esta crónica sobre el reciente viaje al Maestrazgo de Montesa va a caracterizarse por su parcialidad. Y que Carlos Fabra —el más equilibrado anfitrión de todas las Jornadas— no me lo tome a mal.

En donde se da la lata, otra vez, sobre la A. E. C. (y que se me perdone).—Pienso que no pueden caminarsc los caminos de España con el flato historicista y sin el bicarbonato de la realidad actual a punto. Es un modo de pensar como cualquier otro. Si existe una «Asociación de Amigos de los Castillos», ¿por qué no puede existir una «Asociación de Enemigos»? Tan absurda o tonta puede parecer una como otra. Existen, del mismo modo, una «Asociación de Amigos del Paisaje» y otra de «Amigos del Ferrocarril». Esta última, en estos días, ha organizado un viaje a Segovia en el Talgo. La cosa parece un poco absurda y de lo que trato es de familiarizar la absurdidad de estas asociaciones con la de la recientemente creada, la cual no sé por qué ha sido tomada más a chirigota que las que le precedieron.

Pienso, además, que la historia es una especie de caramelo chupado con exceso como para que pueda consolarnos del amargor actual. La simple contemp'ación de un castillo nos transporta a otros tiempos. Pensamos, decimos: «¡Hay que ver cómo vivían!, ¡cómo se defendían!» Y no caemos en la cuenta de que, bajo la maléfica sombra de este castillo, se alzan unas cuantas casuchas, terrosas y sórdidas. Y no pensamos ni decimos: «¡Hay que ver cómo viven!, ¡cómo se defienden!» (1).

Quede bien claro, de todas maneras, que la contemp'ación de un castillo destruye, en un cierto sentido, al escritor de nuestro tiempo. No debemos arrojar castillos a los escritores. Equivale a algo tan tonto e inútil como arrojarles margaritas, lo cual viene a ser una

(1) Este defenderse, en el transcurso del tiempo, ha cambiado de significación. En la antigüedad se defendían de la muerte provocada por dardos u otros artefactos bélicos (es un suponer) y ahora uno se defiende de la muerte por inanición (uno es demagógico, irremediabilmente demagógico).

estupidez. El castillo es algo muerto, huele mal (1) y nunca mueve a una honda meditación sobre el presente. El escritor, después de haberse enfrentado con el castillo, de haberse enfermado con él (2), se encuentra con un hombre del pueblo. El hombre del pueblo (es un suponer) se llama Juan. El escritor saluda a Juan, habla con Juan, pero el escritor posiblemente no ve la realidad de Juan, su realidad presente, sus hambres y ansias. Para el escritor, ese hombre —Juan— puede que sea algo simplemente histórico. Busca en sus rasgos fisonómicos, en sus más mínimos movimientos, acaso en su manso mirar, un signo que le desvele el pasado, una razón contundente de la perpetuidad racial, pongo por caso. En su lenguaje busca, también, la pureza de un lenguaje anterior, milagrosamente a salvo, que tan sólo vive en los clásicos. Y, a veces —y esto es lo triste— encuentra todo eso. Juan se ha quedado atrás. Los castillos —cuanto representan y significan— han entorpecido y entorpecen, en este sentido, el normal desenvolvimiento del país (3).

No, no arrojemos más castillos a nuestros escritores. Démosles industria. Démosles pueblo. Precisamos en nuestro país de un sentido ahistórico (4) —no antihistórico— de la existencia. Es preciso que purguemos nuestros pecados del pasado (que los tenemos y bien gordos, como cada quisqui) y nazcamos a la vida nacional limpios, sin prejuicios, hombres nuevos y dispuestos. ¿Que no es del todo posible? Ya sabemos que el peso y el peso —y el peso y el peso, etcétera, etc.— de la historia nos determinan están influyendo decisivamente en nosotros. Pero no debe fomentarse lo histórico. Eso del muerto al hoyo y el vivo al bollo, bien está; y que venga alguien a

(1) Se refiere el autor a que los castillos suelen ser elegidos por la sabiduría popular (folklore) como escenario propicio a las aguas mayores y menores.

(2) Existe un «mal de castillo» igual que existe «un mal de montaña», todavía sin precisar por la medicina y sobre el que hablaré algún día. Pensemos —metafísicamente hablando— en «El Castillo», de Franz Kafka.

(3) Es una afirmación rotunda, pero hay que tener presente que los sistemas, si no se admiten a rajatabla —dogmáticamente—, perecen.

(4) Ahistórico, no antihistórico. Lo antihistórico carece de sentido en la misma medida en que es de todo punto imposible luchar con un cadáver, con fantasmas, con lo que ha muerto.

decir que no. Bien castellano es este decir, y habrá que hacer más caso de él.

Otrosí:

a) Necesitamos que los textos de historia se olviden un tanto de las batallas, de los reyes, de los grandes hombres, en favor del hombre anónimo y mínimo que tuvo que soportarlos. Precisamos, en una palabra, de una sociología de la historia, que nos dé al hombre íntimo y chiquito, capaz de congobernarnos aún.

b) El castillo —y todo lo que representa— es un lujo que no podemos permitirnos hasta tanto no poseamos una industria importante.

c) ¿Que el castillo es agradable, impresionante de ver? A nadie le amarga un dulce, aunque —como sucede con la historia— sea un dulce chupado hasta la saciedad.

d) El escritor —estamos en 1957— no debe vivir en función de la belleza, sino de la verdad (de la utilidad si se hace preciso). Hay que componer en nuestro país —en otros está requetecompuesto— el canto a las chimeneas (1).

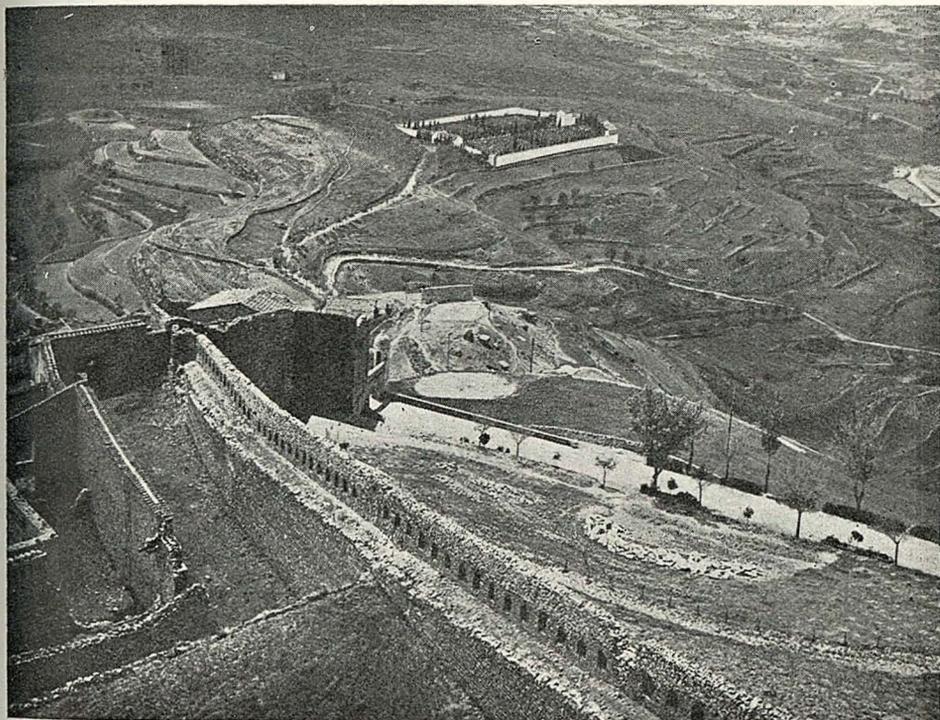
Y ya está bien. Ahora espero que todo va a resultar más claro.

De cómo salió a recibirnos la industria castellonense y de algunas otras cuestiones.—En el kilómetro límite de la provincia, a la luz de los faros de algunos automóviles, tomamos contacto con la industria castellonense. El nutritivo y espeso jugo de tomate de «Geasa» —graciosamente servido por chicas de muy buen ver— era capaz, como vulgarmente se dice, de resucitar a un muerto; y con nosotros obró el milagro, que bien muertos veníamos del viaje. Para los Enemigos de los Castillos el hecho de que fuese la Industria —precisamente la Industria— quien saliera a recibirnos fué motivo de indescriptible alegría y regocijo. Nos sentíamos como en casa propia, y comenzamos a entender ese conmovedor «Benvingut siga qui a sa casa ve», modelo de hospitalidad y llaneza.

Hay que confesar que, desde un principio, estábamos ganados. Pasando por alto la espléndida cena, con concierto a los postres, era

(1) En un cierto sentido la chimenea es reminiscencia, actualización del culto fálico de la antigüedad. La chimenea es la génesis, el símbolo prepotente de la creación de nuestro tiempo.

ya madrugada cuando paseé la ciudad. Había estado en el Casino con el último nocherniego, ese nocherniego azoriniano que, en tanto mima la copa, gusta de hablar e informar detalladamente al forastero. Las calles estaban silenciosas y era grato pasearlas a la escasa luz de los faroles y del parpadeante pestaño de las señales luminosas. En una plazuela un hombre se afanaba con la manga riega. El ayudante, a pocos pasos, le veía regar, y tal vez pensaba en el ascenso, en poder manejar él la manga algún día. El forastero preguntó a los hombres. El nocherniego informador del Casino no le había sido bastante. En realidad, el forastero buscaba el «Castellón nuit» y no tardó en encontrarlo. La orquestina tocaba en el escenario.



Morella. — El campo y puerta de los Estudios

Bailaban unas pocas parejas en la rojiza penumbra. El salón tenía un aire entre demoníaco e ingenuo y era delicioso de ver. Al forastero le conmueven un poco estos «sitios malos» de la provincia. Podía muy bien ser un *cabarete* de los años veinte, con el *modern stil* empaldecido en las grecas y pámpanos de escayola. Al forastero todo se le hacía íntimo y tierno. El forastero se acercó al mostrador y pidió una copa de ginebra. La ginebra era explosiva; por poco no le hizo un agujero en la garganta. Después, el forastero salió a las calles, y muy lentamente, gozándose de la paz y el silencio, tomó el camino del hotel. Castellón dormía; era —se lo parecía al forastero y más tarde pudo confirmarlo— una ciudad mansamente extendida, de calles rectas y amplias y abiertas a un cielo estrellado. Trascendía un aroma que el forastero —por ser muy torpe en tales cuestiones— no supo clasificar. ¿Azahar, acaso? Cuando el forastero se metió en la cama parecía contento, se sentía feliz.

De la Villa Humilde, de la Ciudad Tapada y de alguna que otra cosa más.—No tuvimos ocasión de ver el Arco Romano de Cabanes, pero sí vimos la Villa Humilde. La Villa Humilde está en no sé qué kilómetro de la carretera, a la izquierda, según se tira para San Mateo. Fué una visión fugaz desde la ventanilla del autobús. Encima de la puerta de entrada —no estoy muy seguro si sobre azulejos— se leía: «Villa Humilde». Fué verdaderamente conmovedor. La casita no ofrecía nada de particular sino era el nombre con que había sido bautizada. Está sola, a la linde de la carretera, y más allá se extendía una enorme llanada. Uno —y se arriesga a parecer un poco bobo— se quedó con las ganas de entrar. Le hubiera gustado llamar a aquella puerta suavemente, y quitarse la boina al entrar y decir: «Buenas tardes». Nada más que eso.

San Mateo es una ciudad tapada. No hay más que rascar con la uña en las fachadas y aparece la piedra. En este sentido (no se olvide que soy Enemigo de los Castillos) pienso que San Mateo siente como un delicado rubor por la intimidad de su pasado y lo cubre y encala. Más exactamente, pienso que San Mateo quiere vivir su presente y hace un borrón y cuenta nueva con su monumentalidad. Posiblemente intuye que el pasado puede ser un lastre que va a entorpecer su normal y biológico desarrollo. Por todo ello, desde aquí, declaro que San Mateo, aun cuando haya sido inconscientemente, ha hecho vivos los postulados de la A. E. C.; y que Carlos Fabra, ese ángel tutelar

de la provincia, vuelva a perdonarme. No hay duda de que el encalado de las fachadas de piedra viene a ser bastante significativo. Parece como si las gentes —esas buenas gentes de los pueblos de España— no quisieran vivir ni beber agua pasada. Nosotros llegamos a las ciudades donde vivimos cómodamente y nos ponemos a husmear el pasado. Pero ellos se resisten a mantenerlo en perfecto estado de revista. A ellos poco se les da que un caserón sea del xv o del xvi, estos siglos tan íntimos para nosotros que ni siquiera anteponeamos la palabra siglo para nombrarlos. Para ellos el xv o el xvi no son más que números que, a veces, ni siquiera saben escribir, sobre todo al modo romano. Tal vez sea ésta una de las razones que les mueve a encalar las fachadas. Digo yo que las casas les parecerán más bonitas, más modernas. Y ellos no desean sino vivir en su tiempo. El cooperativismo de San Mateo con la transformación de los productos agrícolas indica hasta qué punto este pueblo anhela y ansía vivir su presente.

Los fantasmas de Benasal y del encuentro con Morella.—En Benasal, en el Balneario de Fuente En Segures, no se podía hacer otra cosa que jugar a los fantasmas. Yo fuí uno de los fantasmas de Benasal y no me avergüenzo de decirlo. Cuarenta señores, gracias a Dios, en perfecto estado de salud, reclusos en un balneario, sitiados por una lluvia pertinaz e implacable que ni siquiera les permitía el consuelo del maravilloso paisaje, tenían que acabar haciendo las veces de fantasma. En el oficio y ejercicio de fantasma se hizo alguno que otro favor, y gracias a las colchas, que no fueron sábanas, sino colchas los sudarios, se pudo combatir un tanto al espezuznante frío. No puede uno entretenerse con el paisaje. La situación del Balneario es, verdaderamente, impresionante. Uno que ni es paisajista ni mucho menos no puede por menos que reconocerlo. Lo mismo y más cabe decir del viaje hasta Morella, con esos pueblos (Castellfort, Castell de Cabres, Cincorres) que parecen milagrosamente colgados de la montaña como una sencilla aunque artiscada prolongación. Sin lugar a dudas, el Maestrazgo es una de las zonas más broncas e inverosímiles del país, en donde el esfuerzo se hace patente de continuo. Una simple muestra la ofrecen esos bancales que van escalonando penosamente montes y montañas. Al contemplarlos, uno piensa inevitablemente en la grandeza de esos hombres y en la pobreza de esta tierra.

Debo decir, en principio, que las chimeneas me reconciliaron con Morella (1). Desde lejos, el funesto impacto que produjeron en mí el castillo y la soberbia ciudad murada quedó contrarrestada por la enhiesta —y grácil, ¿por qué no?— chimenea de una fábrica en plena actividad. ¿Y por qué no decirlo? Hasta pensé —en un momento de debilidad— en el modo de arbitrar en este pleto surgido entre castillos y chimeneas y hallar una fórmula de convivencia. Pero fué un momento de debilidad. Porque, en seguida, pensé que castillos y chimeneas (y todo cuanto significan) son términos que se repugnan entre sí. De todos modos, entré en Morella un tanto apaciguado, gracias a la chimenea encendida y a que el castillo estaba bastante apagado y ruinoso, y gocé como cualquier otro de su singularidad y encantos, que los tiene y bien señalados. (Pastor con la máquina a punto iba calle tras calle —esas callecitas pinas, escalonadas— y parecía no dar abasto.) Uno recorrió esas calles y entró en algunas industrias familiares, humildes y sanas, en donde se tejían esas piezas de colorines tan bellos, que se le alegra a uno el alma de sólo contemplarlas. Uno visitó también la parte monumental de la ciudad y aprendió, de labios del señor Cura párroco, muchos sucesos y cuestiones del pasado. Pero hablar de ello quede para otros. Si un servidor lo hiciera no haría sino traicionarse en sus convicciones más profundas.

En donde se intenta despachar (por razón de tiempo y espacio) lo que queda.—Lo que queda es mucho. Aparte de Catí y el Santuario de la Balma —enclavado en la misma roca como el aragonés de San Juan de la Peña—, queda nada menos que la Plana y el encuentro con ese mar, que de manso casi ni lo parece, y la tentación de esas playas y de esos pueblitos y pequeñas ciudades en donde el descanso tiene su asiento. Benicásim, Oropesa del Mar, Benicarló, Vinaroz, Peñíscola, ese inolvidable chupito marinero, y tantas otras cosas que no pueden resumirse. En Peñíscola también había castillo (¡y qué castillo!), pero un pueblecito tan pequeño que cuenta con diez armadores de barcos de pesca está diciendo muy a las claras que está vivo y bien vivo, pese a la maléfica influencia del tal castillo. Peñíscola es uno de los pueblos mediterráneos más bellos y personales de

(1) Insisto en que no debe olvidarse que soy Enemigo de los Castillos.

los que a uno le ha sido dado contemplar. Y sin más, sino pedir perdón de nuevo, habrá que poner punto. Aunque antes de hacerlo debe decirse que, en todas partes y en todo momento, uno se sintió como en su propia casa, porque el «Benvingut siga qui a sa casa ve» no es simplemente un correcto y sabio decir de la hospitalidad, sino un sentimiento profundamente vivo y arraigado en el corazón del pueblo castellonense.

Del por qué «Castellón sí, castillos no» y final.—En unas breves impresiones aparecidas en «Mediterráneo», dije: «Durante el trayecto he contado más chimeneas —de fábricas, claro está— que castillos.» Con ello no expresaba sino una gran verdad. He tenido la curiosidad de ir anotando fábricas a lo largo del recorrido. He contado fábricas de tejidos, de harinas, de pieles; fábricas de tintas (tipolitográficas y todo), de abonos orgánicos; de embutidos, en Benasal, «especialidad en catalana, marina y longaniza imperial»; en Morella, de «fajas, patenes y azules». Desde las humildes de tejas planas y materiales de construcción hasta las más aristocráticas de «azulejos y cerámicas». Desde la de «materiales en general para la fabricación de alpargatas. Rejilla (patentada) para la fabricación del calzado» a la de Segarra, en Vall de Uxó, «suministradores del Ejército». Desde la pequeña, patronal y humilde «fábrica de garrotas, bastones de junco y mangos de almez para picos y mazas», a las grandes serrerías mecánicas y ebanisterías. El recuento sería abrumador y no habría que dejar en olvido a los industriosos monjes carmelitas del Desierto de las Palmas, que fabrican ese licor del que huelgan elogios. Todo ello es suficiente como para augurar a Castellón un espléndido futuro.

Y todo cuanto queda escrito, entre bromas y veras, es lo que quería decir.

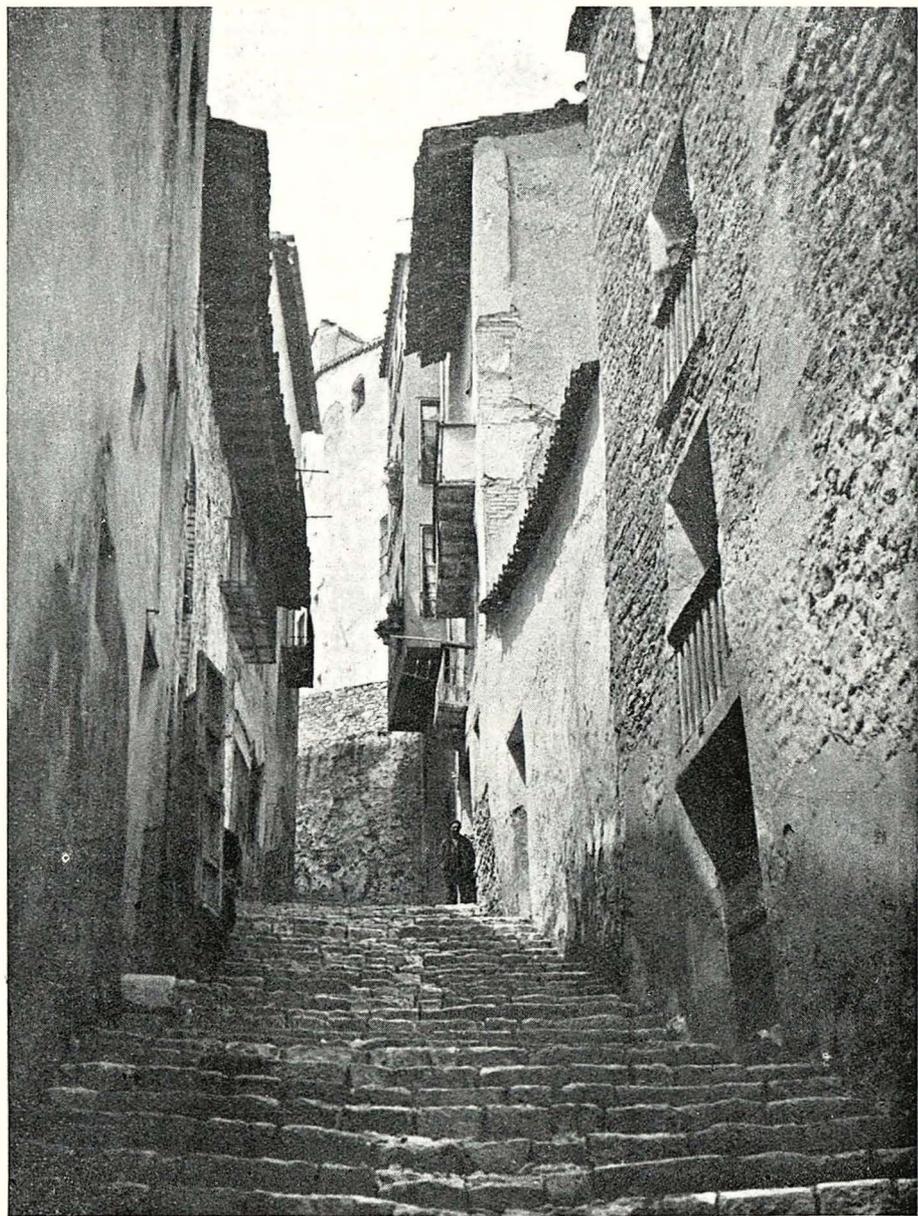
II. - CASTELLÓN; CAMPO Y CIUDAD

CARA Y CRUZ DE LA CIUDAD

Por ELENA SORIANO

«Para conocer a tu amigo, tienes que gastar con él una arroba de sal en huevos fritos», solía decir cierto aldeano viejo, socarrón y lleno de experiencia. Asimismo, se sabe que para conocer una ciudad, grande o pequeña, se necesita una larga convivencia íntima con ella, que muestre poco a poco todos sus rasgos, hasta los más menudos y ocultos, en las actitudes de abandono y confianza; que vaya revelando su auténtico carácter al través de los mil gestos de su fisonomía en el dolor y en el placer, en los trabajos y los ocios cotidianos. Y se sabe también que, de cualquier modo, en la relación entre hombre y urbe —como entre un hombre y otro—, siempre quedará un hueco sin llenar, una última reserva, un secreto inaprensible; porque, como decía Gorki, al alma humana nadie puede llegar, nadie puede tocarla, ni para bien ni para mal. Y una ciudad es una suma de almas, un alma colectiva, igualmente intangible.

Claro que las almas sencillas son más someras y transparentes que las complicadas: un viajero que pasa dos días en París o Roma, no se atreve a formular sobre ellas juicio alguno; un visitante de



Morella. — Calleja de la Ciudad

Castellón de la Plana, que lo recorre por completo en menos de cuarenta y ocho horas y que hace consumo generoso de su sal hospitalaria, tiene más posibilidad de conocimiento (y es en esta mera ilusión donde prende toda chispa de amistad o de amor). Sobre todo, si en tan poco tiempo tiene la suerte de ver la cara y la cruz de la ciudad: la jornada laboriosa y el día de fiesta; la postura humilde y concentrada del trabajo y la actitud arrogante y despreocupada de la holganza; el comercio provinciano abierto a una clientela huertana, y el casino de sociedad excepcionalmente concurrido por señoritas en pandilla, formando corro en torno a mesas sin consumiciones; las calles céntricas apenas transitadas, absolutamente desiertas desde el anochecer y, al contrario, invadidas de acera a acera por una multitud juvenil y bulliciosa haciendo sabatina galante; la noche seca, inmóvil, muerta, y la noche húmeda, vivísima, estremecida hasta el alba por músicas de laúd y guitarra...

Ciertamente, son visiones tan fugaces casi como los destellos de una moneda lanzada al aire. Por eso, luego, cuando el viajero pretende resumir sus impresiones, dar una imagen fiel e imparcial de la ciudad, hace una serie de afirmaciones paradójicas, que parecen rectificaciones sucesivas: Castellón es un poblacho aplanado, —bien lo dice su apelativo—, que carece de perspectivas urbanas, que no tiene carácter, ni color, ni sabor locales. Castellón no tiene olor —ese olor, a veces insoportable, a ceno y a flores, a cloaca y a marisma, de tantas hermosas ciudades mediterráneas—; es una ciudad limpia, de trazado moderno y edificación sobria, de calles anchas, rectas y llanas, gratas de andar, y toda ella está como polvorienta de sequedad y decolorada por el sol levantino y la brisa marinera. Castellón es recatado y silencioso, no ríe alto ni habla a voces por las calles, se acuesta temprano y duerme profundamente, como un campesino rendido de fatiga. Castellón es callejero y bullicioso, tiene un gran espíritu festivo, vela hasta la madrugada haciendo ruido infatigablemente; pero su manera de hacer ruido es musical, dando serenatas a sus mujeres, en romántico, anacrónico torneo de galantería. Castellón, aunque tenga una fuente impetuosa e iluminada en su Plaza Mayor, y un estanque que invita a embarcar para Citerea en su parque Ribalta, se pasa la vida suspirando de sed, «teniendo el agua tan cerca y sin poderla beber», como dice la copla. En Castellón la lluvia cae tibia y deleitosamente, y la ciudad la recibe a cuerpo desnudo con unción mística

y con goce pagano, como una Danae la lluvia de oro fecundante. Castellón es una de las capitales de España con menos historia —aunque tal vez sea la *Sepe:lacum romana*— y con menos tesoros monumentales y artísticos— aunque presume con su torre arciprestal del XVI y con sus cuadros de Zurbarán. Castellón es la ciudad de España que demuestra más comprensión y aprecio del arte, aguantando a pie firme la lluvia por escuchar devotamente música de Grieg y de Mozart, ejecutada magistralmente por rondallas populares, extremando la hospitalidad y el homenaje a cualquier representación intelectual, revelando en mil detalles de su trato, una raza inteligentísima, con sedimento milenario de cultura mediterránea. Castellón tiene una industria y un comercio pobres: sólo se ve comprar alpargatas huertanas, capazos y bolsos de cuerda —algunos de labor bellísima—, telas de algodón, aperos de labranza y, también, unos pasteles deliciosos y alguna novela recién expuesta en el escaparate de la librería con su banda de premio, como una sugestiva señorita triunfadora en un concurso de belleza. En Castellón se pueden desayunar unas migas campesinas y sustanciosas, combinadas con ensalada de lechuga y aceitunas; se almuerza una paella más delicada que la de Valencia, con menos intromisión de hortalizas entre el arroz y el pollo; y se debe saborear una gelatina de naranja, tan exquisita de color, olor y sabor, que haría honor a la comida de un rey. Castellón es profundamente alegre y sensual, pero lo cohibe su tradición moruna y su educación timorata: no tiene cafeterías ni bares ni terrazas al aire libre; no es fácil a una mujer sola encontrar un sitio donde tomarse un café o una coca-cola sin provocar excesiva expectación (pero sí tiene tabernillas y bailongos y lugares vergonzantes para la expansión de hombres solos). Castellón es un riquísimo labriego que ha sabido convertir la estepa en vega hasta el mismo borde del mar y que la hace fecunda hasta tres veces al año, a fuerza de amor apasionado. Castellón es marino mercante, pero como si la marinería fuese su violín de Ingres, la ejerce un poco aparte y a escondidas: su bonito y blanco Grao —al que se va por un delicioso tren de juguete o de parque infantil—, que ha creado trabajosamente en la difícil costa recta y baja, no se ve a escasa distancia, porque está hundido y confundido con la arena clara, con el mar perlino y con el cielo incoloro —de tan luminoso—, y todo él carece de ese colorismo pintoresco y esa especial mugre viciosa, que son tópicos de

un puerto, y ejerce su función de un modo aséptico, como merece la mercancía que maneja, la fruta más limpia y más perfecta que existe, la que dió fama al jardín de las Hespérides. Castellón vive mortalmente aburrido, sumido en ese tedio provinciano que convierte al hombre en matador del tiempo, su bien más precario y fugitivo. Castellón es el refugio ideal para el desgraciado hombre preso de las garras de tigre del tiempo, que logre escaparse alguna vez de él y olvidarlo, y olvidarse de sí mismo en un limbo sedante y voluptuoso. En Castellón no puede descansar bien el viajero nervioso y exigente, porque no hay buenos alojamientos, y su famosa torre arciprestal, que se llama Torre de las Campanas, por las noches hace honor a su nombre —ayudada por todos los sonoros relojes de la ciudad, de repetición, al parecer, y desacordes—, apedreando de un modo continuo e implacable el sueño frágil de la pobre gente. Castellón tiene un hermoso cinturón vegetal, donde es posible hallar, entre naranjos y flores, o bajo pinos, junto al mar, maravillosos rincones de paz imperturbable; pero estas bellezas tampoco se ven fácilmente, porque la ciudad es tan llana —física y espiritualmente—, que en ella nada se destaca, nada se empina vanidosamente para hacerse admirar. Castellón es una conciencia sin coquetería, que deja pasar velozmente ante ella, sin hacer nada por retenerlos, a los numerosos pretendientes turísticos de sus hermanas mayores, bien compuestas y llamativas —Barcelona, Valencia, Alicante...—. Necesita un hada madrina que la transfigure, que haga confortables e higiénicos sus hoteles, y agradables sus restaurantes y tabernas, y divertidas y atractivas sus playas; en fin, que multiplique los señuelos de comer, beber y arder, los únicos que hoy conquistan a los príncipes que llevan los bolsillos llenos de divisas... ¡Y, para colmo, tiene el rasgo inefable de despedir al desdeñoso pasajero por una carretera bordeada profusamente de rosas, muestra última de un peculiar temperamento, a la vez tímido, sensual y delicado!...

El viajero, después de esta enumeración caótica y contradictoria, siente perplejidad y cosquilleo de conciencia. ¿Ha dicho la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, como se exige en las declaraciones judiciales? ¿No se le han escapado muchas cosas, algunas de ellas esenciales, y las referidas no están impregnadas de subjetivismo? Y, aunque todas las imágenes recogidas fueran exactas y completas, ¿puede deducirse de ellas una definición elemental de Caste-

llón de la Plana? Tal vez, una de esas máquinas lógicas que andan inventando los sabios y que sustituirán el cerebro del hombre futuro, sería muy capaz de combinar matemáticamente los datos positivos y negativos aportados y de emitir en contadas palabras una definición estereotipada, válida para las geografías escolares y las guías de turismo. Pero ninguna máquina podría recoger los infinitos matices emotivos de estas referencias, nunca podría hacer cálculos algebraicos con los mezclados sentimientos —ternura e ironía, irritación y lástima, desdén y admiración, aburrimiento y entusiasmo, gratitud y vanidad, desconfianza y amistad, satisfacción física y fervor espiritual..., sin ser nada de esto exactamente— que embargaron el ánimo del viajero durante su brevísima estancia en Castellón de la Plana y que se renuevan vivamente en el recuerdo... Afortunadamente, las crónicas de viaje, desde Marco Polo acá, jamás han servido de testimonios rigurosos para basar sentencias decisivas sobre ningún lugar. Son espejismos sublimados de la realidad, que siempre logran su misión: despertar la curiosidad y el interés ajenos, exaltar la fantasía y el deseo itinerante, repetir eternamente la «Invitación al viaje» del poeta:

«Mon enfant, ma soeur,
songe à la douceur
d'aller là-bas vivre ensemble...»

Sí, debe ser dulce vivir en amorosa compañía allá abajo, en primavera, en el mes de la Fiesta de la Rosa, entre el naranjo y el pino clásicos, frente al mar azul Picasso surcado por la vela latina.

EL CAMPO DE CASTELLÓN

Por RAMÓN CARNICER

En general, el labrador español no se distingue por su amor a la tierra que lo sustenta. Al decir esto, pienso en el aspecto externo y tal vez secundario del amor, pero que más que ninguno nos llega a los ojos como su testimonio. Me refiero a los cercados que limitan la tierra de labor, a la disposición y estado de las piedras o arbustos que los forman, al trazado de los surcos, al cuidado de alcorques y desagües, a la eliminación de yerbas parasitarias, a todo aquello en fin que sin ser lo principal de un predio lo hace grato a los ojos de quien contempla en él un trozo de naturaleza sometida a medida y a norma, rasgo distintivo de lo humano y de lo estético.

El labrador de nuestro país, si es de secano, ofrece a la contemplación del que pasa una tierra desarbolada y herpética, sin límites visibles, con mojones imprecisos o con míseros tapiales que el tiempo y los elementos disgregan. Es una tierra mendiga, una especie de leproso medieval tendido al margen del camino y cuya visión asusta o entristece. Este tipo de campo es el más común a lo largo de nuestra geografía, un campo absurdamente canonizado por una genera-

ción muy traída y llevada, que le atribuyó estímulos y significaciones místicas y heroicas, que luego repitió y machacó hasta hartarnos una epigonía cursi de filosofías y sociologías verbales y huecas.

Si nuestro labrador es de tierras húmedas, sus predios tenderán a la manigua; las zarzas, yerbas y jaramagos lo invadirán todo y servirán para evocaciones románticas de tercera mano o para tema de Lorenas de última categoría.

Acá o allá, no muchas veces por desgracia, podemos descubrir en nuestro país breves comarcas o tierras aisladas en que vive un labrador que ama su campo, que le dedica sus sudores para hacerlo producir y sus ocios para hacerlo semejante a un jardín.

Tal acontece en la provincia de Castellón. Bajando hacia ella desde Barcelona, no hay transición al abandonar los campos de Tarragona, que es una de las provincias mejor cultivadas de España, como herencia viva de los primeros contactos peninsulares con los labriegos romanos. El labrador de Castellón, tras una labor de siglos y aceptando la ironía de unas profusas líneas azules que señalan en el mapa unos ríos puramente imaginarios o quizá prehistóricos (cauce puro sin una gota de agua), ha convertido sus montañas en bellos *zigurats*, haciéndolas pulcra escala de bancales de tierra escandida y limpia en que lanzar un puñado de centeno o donde plantar un par de almendros que se alimentarán de unas lluvias a las que esperan bien firmes y cerrados los muros del bancal.

Si de la montaña bajamos al llano, advertimos el mismo amor y esmero, compensados aquí por la discreta opulencia de los naranjos y almendros, algarrobos y olivos que acercan su verdor a la saciedad azul del mar.

Brava gente estos labradores de Castellón que dan a la parca feracidad de sus tierras la gracia mesurada y gentil de una geometría humanizada y amable, tan lejos de la maldición fatal de la paramera, con su ronda de nubes agoreras, como de la prodigalidad de cornucopia de la vecina huerta valenciana.

Al regresar a Barcelona y cruzar el Ebro en su desembocadura, pensé en las maravillas que estos labradores harían si pudieran llegarles aquellas aguas que unos metros más abajo se pierden para siempre en el mar.

EL DESIERTO DE LAS PALMAS

Por EUSEBIO GARCÍA LUENGO

¿Por qué me he fijado y preferido escribir, a la hora de la elección de un tema suscitado por las Jornadas Literarias por el Maestrazgo, sobre el monasterio del Desierto de las Palmas? ¿Y las mismas tierras del Maestrazgo no son interesantes para unas consideraciones sobre la naturaleza española, sobre el hombre y su tierra, y, en último término, sobre el espíritu de España? Claro que sí, y mucho; tanto, que me he sentido acobardado, cohibido ante grandeza semejante. El Maestrazgo de Montesa constituye uno de esos espectáculos que anonadan, que nos dan de modo directo, sin abstracciones ni especulaciones, idea del tamaño de las cosas cósmicas, y consiguientemente y por contraste, idea de la humildad del hombre ante un cacho de tierra, nada más que un pedacito de tierra, nada más que un cacho geológico español. (Y también idea de la grandeza del espíritu que es capaz de apreciar todo ello.) Porque aquello que leemos en los libros, lo que se estudia, no sirve apenas para nada; son simples nociones, pero no sentimientos profundos. Las cifras, las medidas, las descripciones físicas o matemáticas servirán para otra clase de conocimientos; ahora bien, existe una emoción humana que no

pueden darla, a no ser que nos refiramos también a la poesía que algunos atribuyen a la misma matemática.

¿Y por qué no hablar del Castellón costero, ubérrimo, con sus huertos, sus naranjales, sus algarrobos, sus almendros, sus albaricoqueros...? Buenos datos para la economía, pero yo no siento tampoco esa clase de tierra plana, blanda, neblinosa; el mar está cerca y produce una luz pesada. (Por otra parte, la economía no es sino un producto del espíritu, ni más ni menos.) Escribiría mucho menos sobre esa zona turística, que posee una historia hollada por el pintoresquismo interpretativo; la historia al alcance de todos; la divulgación que tanto se parece a la vulgarización, que tanto se parece a la semiverdad que a su vez es lo más próximo a la mentira.

No elegiría como tema a Peñíscola, por ejemplo, porque con todas sus nobilísimas piedras y sus vigorosos personajes flota demasiado en el aire mediterráneo que a mí, hombre de tierra adentro, me invita al placentero aniquilamiento. Ni muchísimo menos a las playas amables: Benicasim, Benicarló...

No. Que me den los lugares de tierra adentro, en que la luz es diáfana, sin brumas marinas, y en que la tierra despide sus humildes olores y ofrece claramente a los ojos lo que sobre ella se sustenta. Ni tampoco, aunque quizá por el opuesto motivo, por la inmensa riqueza de tierra e historia humana, lugares tan densos como Morella. La apretada monumentalidad de Morella me abrumba y me sobrecoge con lo que llamaría pavor histórico, que tanto se parece al de la franca geología, al miedo telúrico. Son inmensidades parejas.

Prefiero los lugares en que se aúnan y se alían, breve y casi humildemente, arquitectura y tierra, sobre todo si el espíritu ha levantado aquella con fines poco prácticos y a lo largo de mucho tiempo. (¡Cualquiera sabe qué es lo práctico!) Lugares de meditación y recogimiento, con casas sencillas o grandiosas, donde la devoción popular ha ido poniendo durante siglos no sé qué suavidad semipoblada, sin quitarle lo que tiene de retiro más o menos solitario. Tales sitios son preferentemente monasterios o santuarios. Dos visitamos de esta clase el Santuario de la Balma y el Desierto de las Palmas. El primero está situado en un lugar peñascoso y abrupto y conserva una fuerte rusticidad. Sitio de devoción y de romería desde muy antaño, el Santuario de la Balma se adentra entre broncas tierras, y las piedras, las imágenes y las devociones tienen el mismo aire simple y recio.

El Desierto de las Palmas se halla, en cambio, muy cerca de Castellón, diez o doce kilómetros, y es un monasterio de monjes carmelitas, ni muy antiguo ni muy moderno, con el tiempo suficiente gravitando sobre sus muros y con esa nobleza de ciertas edificaciones levantadas por hombres de espíritu. Desierto quiere decir aquí retiro, lugar no habitado. Pero no se siente la soledad, como abandono ni como angustia. Algo late en estos monasterios como fórmula mágica por la que la soledad aparece mitigada por el poder de comunicación entre los hombres y con Dios.

Era un domingo por la mañana y oímos misa. La iglesia, pequeña y de un bello estilo neoclásico, se presentaba de una armonía perfecta. Quizá la armonía o serenidad —en este caso sinónimos— estuviese en mi ánimo, ganado por aquel ambiente. Había llovido y después salió un sol muy tierno. Ya se sabe de la hermosura de estas claridades a través de las vidrieras de las iglesias. El monasterio, o su parte principal, como dije, parece ser relativamente moderno, siglo XVIII, lo cual no es demasiada precisión. El ermitorio antiguo se divisaba a lo lejos, sobre otro cerro. (En Castellón dicen ermitorio en vez de ermita.) Se adivinaban vestigios mucho más antiguos, creo que del siglo XIV. Me gustaría dar algún detalle arquitectónico, histórico y artístico del monasterio, pero entre los folletos y monografías que se guardaban en la magnífica carpeta con que fuimos obsequiados por la Diputación Provincial —que nos regaló siempre magníficamente—, no encontré sino la mención del Desierto de las Palmas, sin más detalles.

Después del refrigerio salí fuera. Es curioso; a mí me gusta la paz de estos sitios, precisamente junto a sus muros y sus ventanales. La salita que servía de comedor abría un balcón sobre la huerta. Más allá podían contemplarse barrancos y montañas. El desierto estaba fuera, entre aquella serranía, bajo el cielo en el que fulgía una luz tibia. La soledad en aquel momento estaba fuera. En nuestro ajetreo fué quizá el único rato de reposo, de serena y gozosa contemplación. Poco más tarde bajaba yo charlando con Angeles Villarta, y estábamos conformes en que se echaba de menos una vida entera para encerrarla —¿encerrarla?— en aquellas soledades. La escasa vocación que creemos tener algunos para el retiro siente, sin embargo, y de repente, una tremenda añoranza. Porque las vocaciones son muchas y muy diversas, aunque no disponiendo el hombre sino de una

sola existencia, ha de preponderar una sola vocación, bastante, por endebe que sea, para llenar una vida entera. Y la que prepondera a menudo —hablo ahora de mí— es acaso la del zascandileo vano y probablemente estéril.

No penetré en la clausura, lo que fué permitido a un grupo de compañeros, porque, como digo, me gusta respirar el tiempo y la historia desde fuera. La clausura para mí también estaba fuera, contemplando el cielo, y entre los árboles que probablemente habían plantado los frailes, olivos, cipreses, frutales de muchas clases, y los pinos de las montañas próximas. Lo que no recuerdo son precisamente las palmas, referencia que debe aludir a alguna plantación antigua. A la entrada del monasterio, en una especie de atrio, había unos mosaicos con versos, me parece que décimas, piadosos y ascéticos, llenos de significación profunda. Cuando comimos en el puerto de Castellón, a punto de despedirnos, refiriéndome yo a la emoción de aquel lugar del Desierto de las Palmas, me replicó un pintor que allí dentro no había casi nada de valor artístico. Hablaba con lo que llamaría psicología museal. Hay gentes que si no ven obras artísticas concretas no ven nada. Como si el espíritu y la obra del hombre no estuviese en todo y no flotase en ciertos ambientes, que parecen amasados por muchos alientos humanos, por la transpiración de los siglos, de los anhelos y de las inquietudes del hombre.

III. - MAESTRAZGO ADENTRO

BENASAL, EN EL RECUERDO

Por VICENTE RAMOS

AYER.—En la memoria está; en el dolor se adensa, lívido. Fué la noche desventurada; una larga sombra tejida de noches, trastornando los cielos de un corazón adolescente. El ocaso se aleja por un mar sin horizontes. ¿Recordaremos aquella agónica lámpara? Tiene un nombre: Alcalá de Chivert. Allí se deshiló el llanto de la última estrella. El azul de su hálito, lo nupcial de su espuma, en violeta quedó y en negro, luego, definitivo. Aquella noche recogió todas las noches. Y ya fué una sola noche de años.

Firmes pisadas sonaron, desvanecidas; pies, a miles, penetraron en la tiniebla; huellas adolescentes, heridas, y, en el silencio, ahogadas. El alma se desalma. Desde Alcalá a Cuevas, una cadena de forzosa andadura purgativa. (Purgativa, ¿por qué? Todo enmudece ante lo inexcrutable.) Olivos; tierra grave; campos tiernos, no obstante su dureza. Las montañitas, en su luto, miran. Los corazones, no: ellos se sumergen en la nostalgia. Se desgarran la orden: un descanso para los cuerpos, para la sangre que no sabe, para esta noche sin futuro. ¿Dónde? Murió el anhelo al filo del labio. Son cuerpos, Señor, que marchan y obedecen. La vida, no; la vida quedó, oscure-

cida, en Alcalá, junto a la fuentecilla derramada en el pasmo de la plazuela.

Sigue la noche; se aprieta en torno a las horas mudas. Todo es carretera y silencio. Campo y silencio, entrañados. Apenas si amanecen palabras en el aire oscuro. Con los hombros tocándose, lenta, dolorosa, mortalmente, muchos jóvenes caminan. De pronto, unos muros y un ancho olor de familias: alguien dice que pasamos por Albocácer. La noche se unge de óleo. Todo duerme o vigila. El silencio se abrasa en oración. La tristeza se aplasta en la boca, en los ojos, en el alma que, no ha mucho, fué playa de amor.

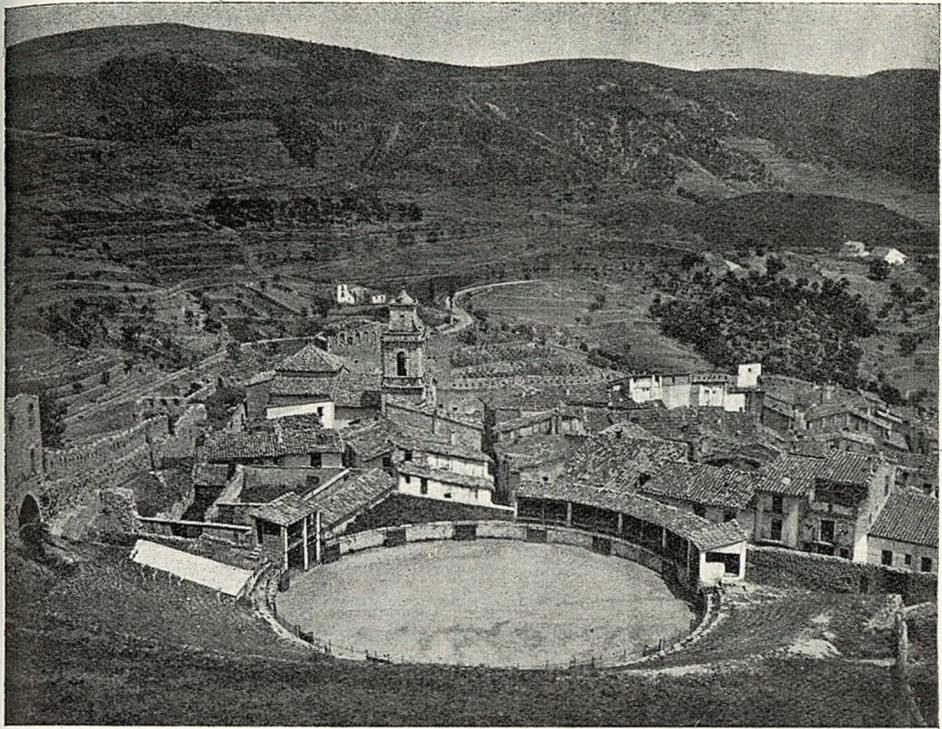
Pero ahí está la carretera, ese no visto mañana que ya se alza y ondula y sube por colinas que huelen a árbol joven, a fruto, a paz labrada. Y, por fin, rodando sobre el silencio, de cansancio cuajado, Benasal y, al término, Font En-Segures. Caen millares de cuerpos en salas deshabitadas. Hay una siembra de pulsos sin esperanza. La noche se cierra; no tiene ventanas. (Luego, un río de sangre —caudal de vidas— se hundirá para siempre en la noche.)

Hoy.—La alegría se llama San Mateo. Han crecido los años en la luz, en la promesa fecunda. El corazón se viste de jovialidad. Al amor de unas Jornadas; al amparo del espíritu, surge la aurora. La noche, aunque no en el olvido, feneció en el ayer. Hoy se bautiza júbilo en San Mateo, se renace al son de bandurrias y guitarricas. Un trasvolar de voces claras —azules, rosas— pajarean en la plaza, de porches ceñida. Leves cuerpos de mujer —tallos de carne y de gracia— desnudan ritmos, alas, de *Ball pla* y *Fandango*. La caricia del sol se cuaja de madrigales.

«La plaza de San Mateo
nombrada por toda España,
porque en medio hay una fuente
y encima un ángel de guardia.»

Los pies, casi sin tacto con la tierra, bordan sendas de ensueño, mientras las manos, prendidas al azul, trenzan juegos de avecicas. La canción es, ahora, de lumbre mariana:

«¿Qué es aquello que reluce
encima del campanario?
Es estrella o es lucero
o es la Virgen del Rosario.»



Morella. — Plaza de Toros

Guitarricas y bandurrias acompañan trinos que se duermen, suaves, en los redondos lechos de las altas angorfas. (Y es que el día empieza en San Mateo.)

Al poco, sale al encuentro Catí: mirada de trigo moreno; mirada honda como de pozo, bajo el sueño de ojivas medievales. Hay un nombre con alas todavía: Jacomart. El pintor alumbró un silencio de oro. También clarea un testamento grabado en piedra: así era de firme la voluntad antigua. A Catí no llega el muelle regalo de la carne. Catí es un castillo para el alma.

Benasal, cercano, va reviviendo en la memoria. ¿Cómo lo hallará el corazón, después de la noche? Benasal se aproxima, regresando por bancales rojizos, desértico, primero, y por tierras-madres, valientemente conquistadas a lo estéril. Luego, en un gigantesco esfuerzo

de amor. Montañas que clamorean bosques de verde jugoso. Laderas cultivadas. Arroyos: poesía entre breñas. Majestad de cumbres. Extasis del perfume.

Y Benasal se acerca a nuestra vida; en la sangre canta; sobre un viejo dolor se yergue. Aparece entre la lluvia, sobre la tarde y su melancolía. Luminosa, en la cima, el índice de todas las evocaciones: Font En-Segures. Allí, aguarda y reposa el latido del balneario, arrullado por la parla del manantial. Anochece; pero a'go despierta: es un niño que vivía o moría en este hombre de hoy, en cuyo corazón se quiebra la angustia. Súbito, corre, veloz, hacia la fuente. El agua, tan pura y fresca, tan ansiada, baña sus labios, su garganta, su pecho, sus manos, su alma. Con el agua comulga; con el agua recibe y se incorpora todo el amor del paisaje de hoy y toda la emoción del ayer. Y, en ese pleamar de sentimientos, este hombre de hoy acaricia, tierna, íntima, jubilosamente, al niño de entonces.

La noche en Benasal, con la estrella recobrada, será dulce y confortable. Pero antes de acostarse, el hombre de hoy se asoma a la ventana y ofrece un beso de muy largo silencio, infinito, de humanísimo amor al paisaje y a su propio corazón, renacidos.

EL RIO Y EL HOMBRE VESTIDO DE NEGRO

Por RAMÓN NIETO

El recuadro de la ventanilla parece una pantalla de televisión. Uno está quieto, y la naturaleza pasa, y hay primeros y penúltimos planos —al último plano no se llega nunca—, y nuestra vista baja del cielo a la hondonada y asciende del valle hasta la cumbre, en busca de encuadres sugestivos. A veces, en medio del páramo, se dibuja el andamiaje de un árbol corpulento. Otras, a la orilla de los bancales, se han abierto unas flores amarillas que no sé cómo se llaman. Las ruedas del autobús levantan nubes de polvo, o espantan el agua remansada en los charcos. Tan pronto el cielo está azul como se cubre de nubes negras, y llueve. Llueve pesadamente, y la tierra lo sufre sumisa y en silencio. Y después se torna roja, como muchas mujeres al borde de la entrega.

Uno va solo o con muchos. No se sabe. «También ellos necesitan ser muchos para existir.» Me acuerdo de «La náusea», y en esto hay un frenazo, y una procesión que pasa, con el cura delante, y unas mujeres que protegen la candela del viento todavía tímido. Y el sol



Morella. — Plazoleta de la Iglesia

se estremece de pronto (tiene gracia pensar que ha podido sentir un escalofrío); por detrás de un matorral cruza una liebre. Todo sucede muy deprisa y parece que no ha sucedido nada. Porque vuelve la carretera a perderse por los vericuetos de quebrajas y soplados,

mientras a nuestra derecha se recortan los tejados, las murallas y la torre de Castellfort. De aquí a Morella hay cuatro leguas largas de camino. Al camino se llegan tímidamente las estribaciones de los bancales y, de vez en cuando, un olivo o un naranjo seco. Las rocas de las montañas están segmentadas, a lo lejos, por el viento o el agua, o Dios sabe por qué misteriosos cataclismos. De aquí a Morella se atraviesan el río Caldes y el Cantavieja, que, como los restantes ríos del Maestrazgo, no tienen gota de agua y sí un hermoso cauce de cantos blancos. Como todas las cosas hermosas, el cauce seco es muy triste. Se ahila en los desfiladeros, se pavonea por la vaguada y candonga en los rizos de los collados. Visto desde arriba, parece una raya de tiza, trazada, al capricho en el suelo.

Cerca de Cincorres, al Caldes le ha nacido un charco verdoso, debido quizá a la lluvia de otras horas. En el charco lava una mujer los tres o cuatro trapos de siempre: la camisa, el pañolón, los calzoncillos... Levanta la cabeza y mira. Tiene el rostro en desazón, cubre el pelo de toca negra, y hay en sus labios una mueca de vagabundeo impreciso. Al rato, la oculta un matorral. Y uno sospecha que está, y que lava, y que será borrada del mapa cualquier día.

El camino sigue, y nosotros vamos sin saber qué decir. Siempre sin saber qué decir, esforzándonos por tamizar cada impresión, cada despego, fracasados de antemano en la tarea. Nos parece que está bien dicho esto: «El cielo es azul», o «tiene nubes». Lo decimos y, en apariencia, quedamos en paz. Después viene el estar a solas en la habitación y comprobarnos tan justos y tan medidos, tan infinitamente preocupados. Tenemos que crear unos mundos, y, a veces, que recrearlos, y los demás permanecen sentados en sus butacas. Preparan el cuenco de las manos —no piden, sino que suplican—, y cuando vamos a llevarles agua, sólo brotan cuatro gotas perdidas en el fondo del cántaro, y lo golpeamos, lo exprimimos, pero es inútil, porque el barro está húmedo y el agua se conserva, intocable, en las montañas.

Cuando veo al hombre vestido de negro, desierto, hierático, sobre los riscos de una loma, entre cabras y rastrojos, presiento que no voy a poder continuar. Dos o tres nubes, macizas, parece que van a desplomarse sobre su cabeza. No, no es eso. La tierra está roja, dura, no, tampoco, caliente, quizá esté caliente, pero no quería decir eso. El hombre y la tierra forman... No, tampoco. Voy a desistir: me aprieto los puños y chascan los nudillos. Hace calor. Pero el hombre

estaba allí, y el río seco, y las montañas peladas, y los bancales. Nosotros hemos vuelto; pero, para quien quiera saberlo, para el pregonero de feria, para la retórica, el hombre estaba allí.

Miro a otro lado y, cuando quiero darme cuenta, el hombre ya no está. Intento recuperarlo, aferrarme a él, decirle al chófer que frene porque me quiero bajar, y no es posible. Existe una pequeña máquina desconocida que nos impulsa hacia adelante, sin importarle un comino nuestros equilibrios. Cuando llegamos a Morella, pretendo ocuparme del acueducto, y la arciprestal, y los soportales, y la cecina. Pero me acuerdo del río y el hombre vestido de negro, y un poco menos de la mujer, y menos de la procesión, y nada del adobe. Alguien canturrea un romance peruano:

«...y es que nadie escupe sangre
porque otro viva mejor.»

Se ha ocultado el sol. Y el autobús, el mismo autobús, espera en cualquier esquina.



LA CIUDAD DE MORELLA

Por CARLOS SOLDEVILA

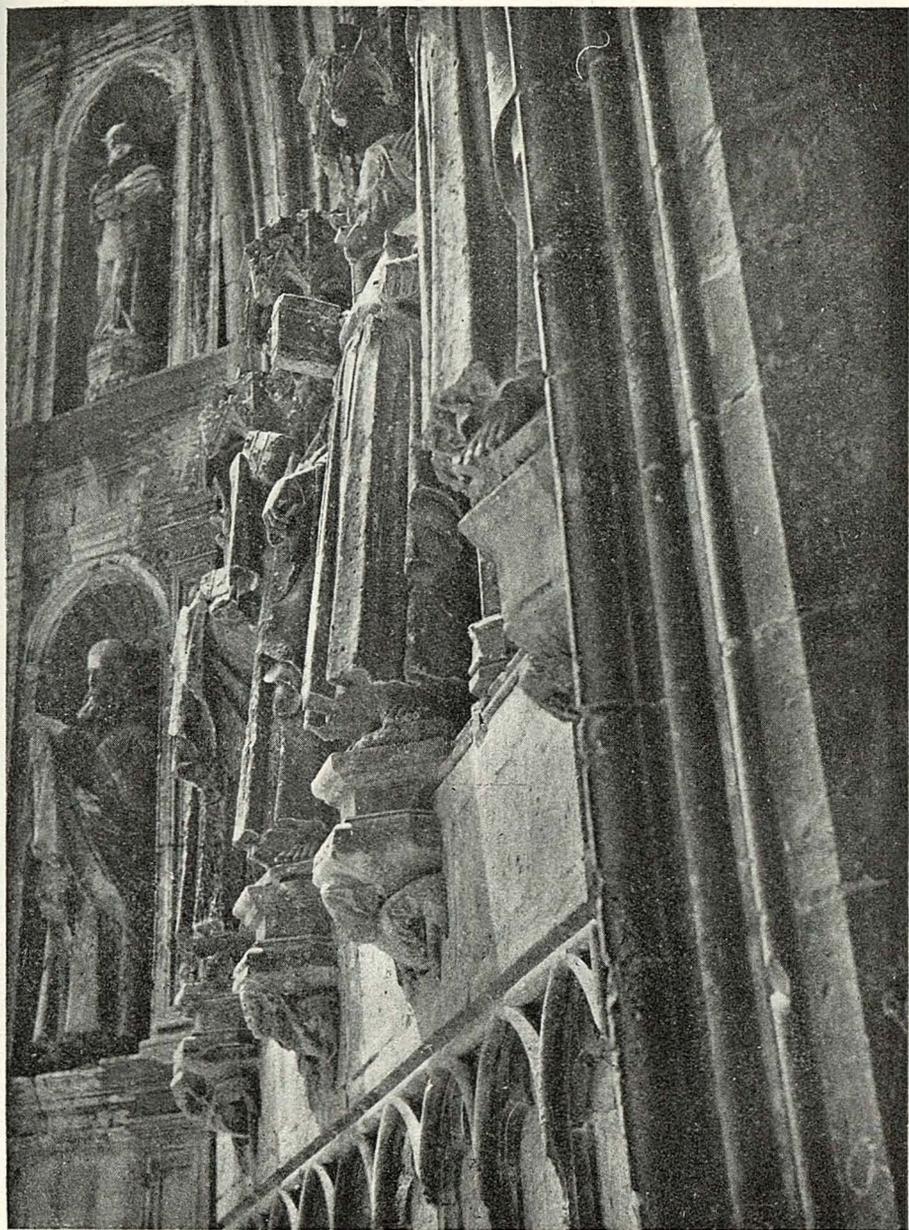
El nombre de esta elevada ciudad se prendió por primera vez a mi oído cuando era muy joven, casi un niño. Leía en aquella época la segunda serie de los Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós, después de haber apurado la primera serie en una edición bellamente ilustrada que me prestó el hijo del médico de Santesteban, en el Pirineo navarro. Morella aparecía regularmente en el tomo titulado «La Campaña del Maestrazgo». Aparecía es un decir. Mejor sería decir que se la aludía o nombraba al describir las vicisitudes de aquella terrible guerra civil —¿hay alguna que no lo haya sido?—. Desde aquella lejana lectura el nombre de Morella tiene en mi imaginación una existencia que se ha ido, precisando a lo largo de otras lecturas y de algunas conversaciones, pero que no ha tomado cuerpo hasta que me he incorporado a estas Jornadas del Maestrazgo.

Y debo declarar que en mi reciente visita el paisaje y el caserío han devorado en un santiamén cuanto en la novela de don Benito tenía tanto relieve: los personajes y las pasiones que los animaron. Si éstas me han parecido remotísimas y perfectamente olvidadas, aqué-

llas me han resultado inconsistentes y hasta inverosímiles. Y no viene ello de que el aspecto de la sierra en uno de cuyos picos asienta Morella, con sus murallas y su castillo que dentro de ellas se alza todavía como un rasgo dominador en un recinto hostil y poco expugnable, sino de que los amables morellenses, o morellanos, como suelen designarse ellos mismos, que nos acogen apenas si nombran al general Cabrera, el Tigre del Maestrazgo, celebrado por sus hazañas guerreras y por su crueldad que no era cosa privativa en aquel período de nuestra historia. Lo aludieron únicamente al mostrarnos las estancias que habitó en el castillo; pero sin enternecimiento ni siquiera simpatía.

Y ¿de qué viene el nombre de Maestrazgo o de Maestrat como dice el pueblo del país y como decimos nosotros? Viene del Maestrazgo de la Orden militar de Montesa, creada por Jaime I el Conquistador. Conste, sin embargo, para que se restablezca la precisión histórico-geográfica, que sobre la hoy ciudad de Morella jamás ejerció jurisdicción del Maestre de Montesa, pues siempre fué villa real, señorío de la Corona. El Maestrazgo, al parecer, sólo incluye San Mateo, que es su capital. La Jana, Traiguera, Canet y Chert. Antes de recibir de los conquistadores catalanes el nombre que lleva hoy Morella, los romanos la denominaron Bisbargis y los árabes Maurela o Mourel-la.

Oyendo las noticias que nos van dando nuestros amables acompañantes, me doy pronto cuenta de que los recuerdos y efemérides que con más gusto evocan son los de la etapa cristiana y medieval. Se enorgullecen, por ejemplo, de que en su ciudad se celebrasen las conversaciones de Fernando I de Aragón —el de Antequera— con Vicente Ferrer, ya lleno de autoridad y de prestigios, y el Papa Luna, Benedicto XIII. Estas conversaciones, que luego, en San Mateo, aproximaron la liquidación del enojosísimo cisma de Occidente, dieron a Morella una animación y un relieve casi universales. De Vicente Ferrer, hoy santo veneradísimo, hablan los morellanos con infinita devoción y relatan con detalle el tremendo milagro que obró durante su estancia en la ciudad, milagro que consistió en lo siguiente: Un morellano que lo conocía de antiguo lo invitó a comer. El futuro santo, ya tenido por tal en medio mundo, aunque su canonización debía de tardar en ser decretada, aceptó en gracia a la amistad que le unía con el invitante. Y éste, al hablar a su mujer de la forma en que convenía organizar el obsequio, dijo con natural hipérbole, que



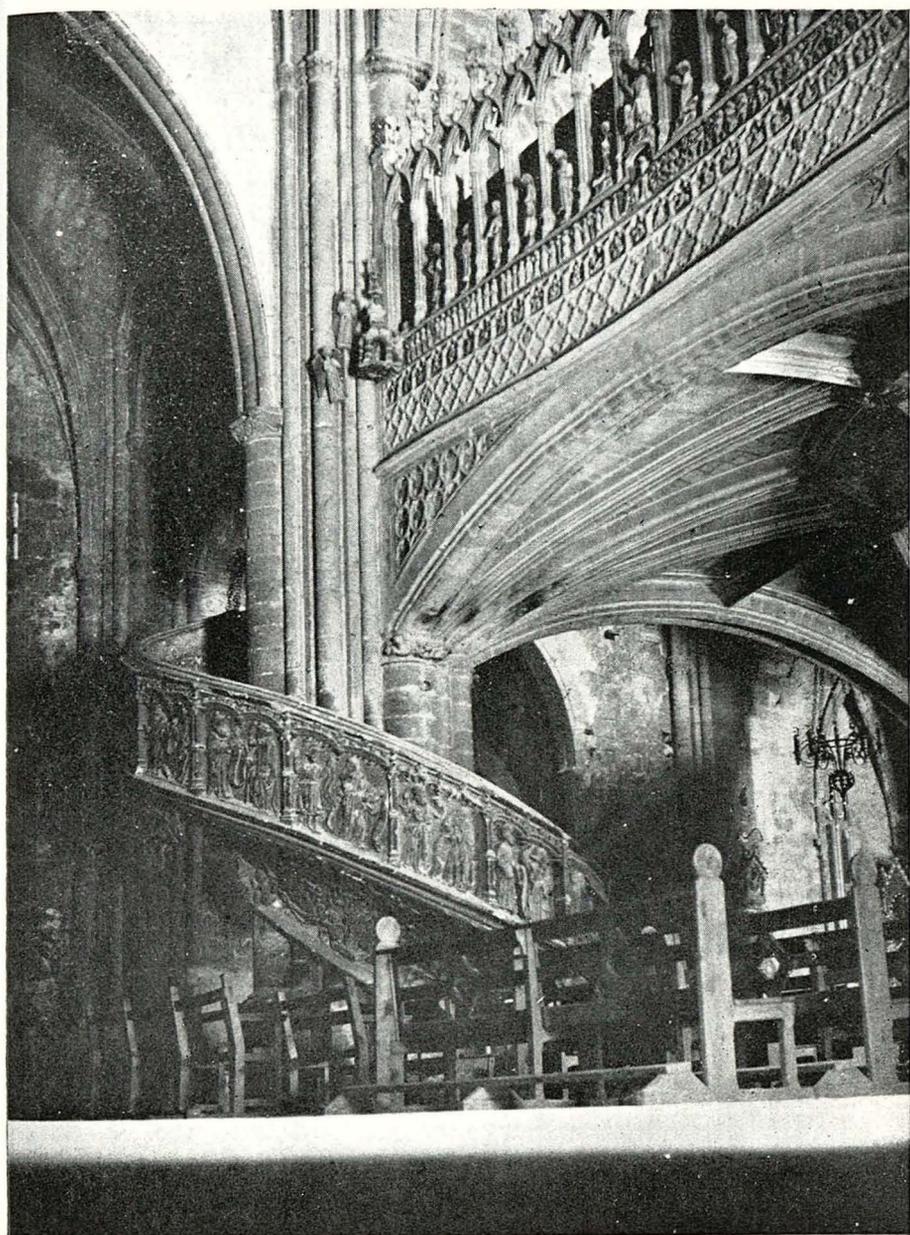
Morella. — Detalle de la Portada de los Apóstoles, en la Arciprestal

después resulto magna imprudencia: «Dale de comer lo mejor, ¿oyes?, lo mejor que hay en casa.» La mujer, exageradamente dócil y tal vez algo trastornada por el honor que iba a recibir y por la responsabilidad que llevaba consigo, no encontró cosa más pertinente que matar a su propio hijo —niño de poca edad— y asarlo. Cuando el marido, antes de sentarse a la mesa, tuvo la ocurrencia de preguntar por el chico al que no veía hacía rato, se descubrió tan piadosa atrocidad y vino el desgarrador desespero. El Santo, al enterarse, obró el enorme prodigio de resucitar a la inocente víctima con el consiguiente pasmo y gratitud de los padres. De esto sí que aún hablan los morellanos y lo cuenta en letras una lápida mural. ¡Y no hay para menos!

También está orgullosa Morella de haber sido lugar de destierro o de refugio para ilustres perseguidos, como doña Margarita, condesa de Urgel, esposa del que fué candidato a la Corona de Aragón y que, al perder el litigio ante el Parlamento de Caspe, quedó sometido a la terca venganza del rey Fernando, que lo recluyó en Játiva hasta su muerte, el apodo de «el Dissortat» (el desdichado) que le dieron los catalanes estuvo bien justificado. También habitó Morella durante su desgracia el Príncipe de Viana, primogénito de Juan II de Aragón y de Blanca de Navarra, que tuvo para consolar su soledad corte de trovadores y juglares, entre los que destacó el gran poeta Ausias March; también estuvo en Morella el general Ortega, jefe de un pronunciamiento —frustrado, naturalmente, si no, no hubiese sufrido destierro—, etc., la lista completa es muy larga, porque la situación empinadísima y abrupta de este paraje lo indican para abstraer a los mortales del contacto del mundanal apetito, las bajas pasiones y las vastas complicidades.

Desde luego su recinto amurallado es magnífico. Su puerta de San Miguel, de traza gótica, luciendo el escudo de las cuatro barras y las armas de la ciudad y flanqueada por dos torres octagonales, impresionan. *Intra muros*, las calles conservan el trazado medieval, realizado casi continuamente por los restos de la arquitectura de los siglos XIII, XIV y XV, que no han perdido todavía su excelente porte, también exhala aroma de Edad Media la plaza porticada en que se celebra el mercado y en cuyos «obradors» o talleres se desarrollaron notables actividades artesanas, entre las que descuella no sólo por la riqueza de la materia, sino por la belleza de su arte, la orfebrería.

Joya preciosa entre todas las que posee Morella es su iglesia arci-



Morella. — Escalera del coro

prestal, empezada a construir en 1311 y casi concluída en 1317; a su bendición asistió el rey Don Jaime II. Terminada del todo la construcción fué el rey Pedro IV quien colocó con sus propias manos la última piedra. La consagró finalmente, 1593, el obispo de Tortosa Gaspar Punter, que era precisamente hijo de Morella.

Dejando a un lado la historia, que agrada evidentemente a los morellanos, pues casa muy bien con sus vetustas piedras y con su emplazamiento dominador de vastas perspectivas, digamos que la iglesia es de un gótico sobrio y ceñido, hermano del que reina en las catedrales e iglesias catalanas. El templo de Morella tiene tres ábsides y tres naves. Su altar mayor ha sobrevivido con algunos módicos descalabros, obra de depredaciones y sacrilegios, fundamentalmente entera: es un retablo imponente, rico, sin ser de primerísima calidad dentro de su estilo barroco, tan fecundo en el hispánico siglo XVIII. Más gratos a nuestro gusto son la ancha escalinata que sube al coro dando vueltas en torno a uno de los pilares de la nave central; el propio coro, obra del morellano Segarra, con bóveda en forma estelar y audazmente rebajada, casi plana, y el tímpano de la portada de «les Vergens».

En conjunto, la enhiesta y poco accesible Morella (mil metros y pico sobre el nivel del mar) con sus murallas medievales y los recintos fortificados anejos, tiene mucho carácter —y falta le hace tenerlo—, no sólo en el plano visual, sino en el íntimo, para sustituir en nuestra época que al menos en nuestro país parece propensa a abandonar las posiciones elevadas que, perdido todo valor estratégico, sólo se sostienen por la fidelidad a ratos heroica de sus hijos o por el muy oportuno socorro que le prestan determinados Estados, dotándolos de quehacer, de comunicaciones fáciles y de alicientes modernos.

EL DEDITO EN EL ARROZ

Por TOMÁS SALVADOR

Morella iba surgiendo en cada revuelta del camino para ocultarse a la siguiente. Los viajeros, hombres de ciudad, hombres de calles planificadas, estaban un poco asombrados por el constante remolino. La ciudad era una piedra enorme colocada a su vez sobre una montaña. El castillo era la cúspide y las murallas cercenaban las faldas de la colina.

Siempre es impresionante el espectáculo de una ciudad totalmente cercada para quienes viven en el llano, aunque sea el artificial de las ciudades que arrasaron las suyas o que quizá no las tuvieron nunca porque nacieron para ser mercado o corte, en vez de castro. Impresionarse ante unas murallas, conservadas o no, es obligarse a pensar en los hombres que en su día las levantaron y defendieron. El recuerdo, en estos casos, es comparativo. Vagamente se desea tener un punto de apoyo. Y se desea, porque si bien la inteligencia nos dice que eran hombres iguales a nosotros —la Naturaleza necesita miles de años para una mutación—, un viejo instinto nos hace sentir una diferencia, que, en principio, nos irrita, nos obliga a un esfuerzo contra el cual no estamos preparados.

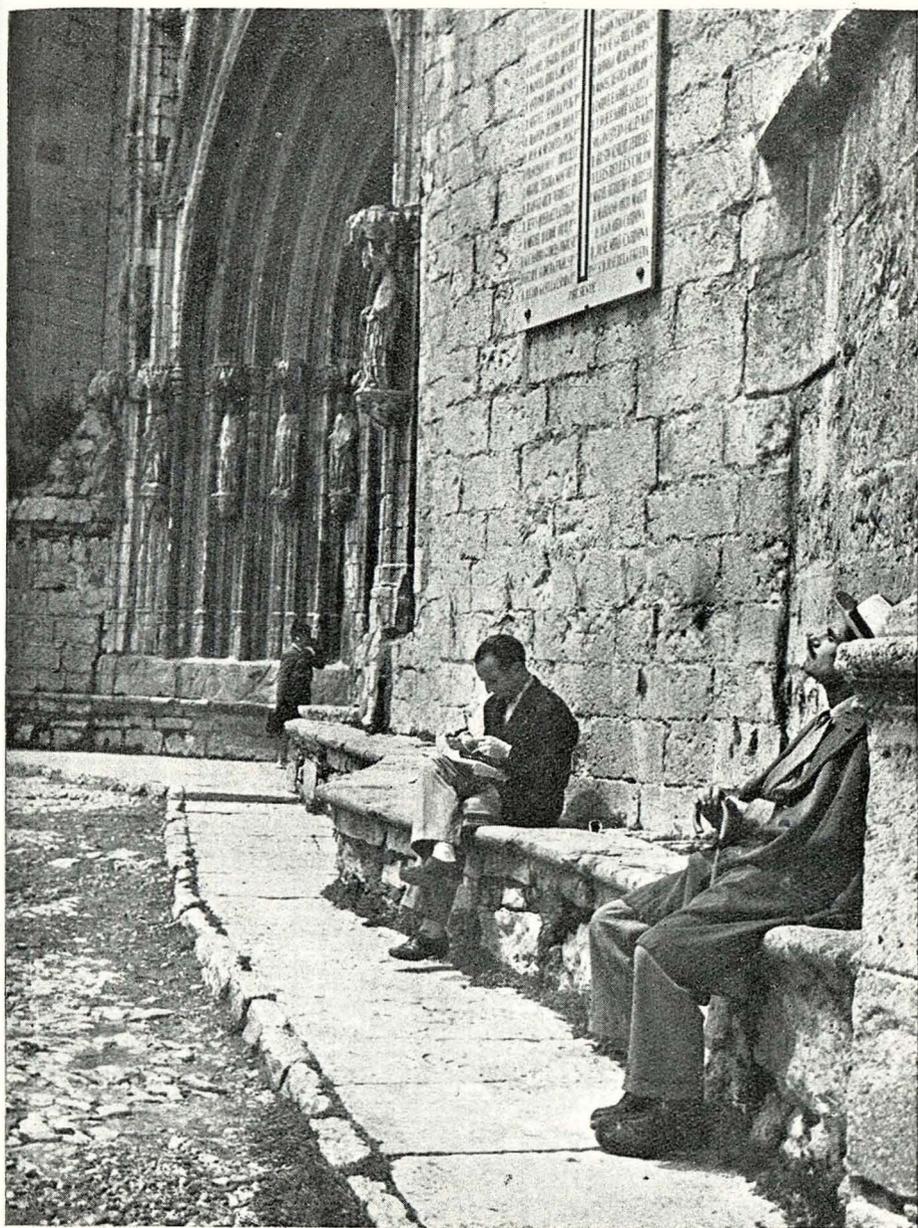
Pensando en ello, la ciudad se fué abriendo ante los hombres de otras ciudades lejanas. Se abrieron las murallas, las puertas, las calles, los balcones y las perspectivas. La visita era breve. Casi obligaba a fotografiar mentalmente lo que en cuestión de minutos entraba y salía del campo visual y mental. La ciudad, dentro de las murallas, seguía su configuración; las calles eran redondas, circulares, caracolantes, ascendentes hacia la ciudadela militar.

Las calles, además, eran antiguas, en sus casas, en el empedrado, en el sueño de siglos, en las paredes enjabelgadas o teñidas de un azul-añil únicamente usado en la costa mediterránea del reino de Aragón y que era una reliquia más sobre las viejas y constantes. Las calles eran antiguas en las casas, ciertamente; casas de muros espesos, con aberturas parecidas a poternas, con muros rezumantes de humedad, con escaleras oscuras y tenebrosas. Eran antiguas. No hacían falta inscripciones que lo dijeran. Era sencillo restar años y volver a la Edad Media. Demasiado sencillo y no siempre grato en todas sus consecuencias.

Pero la inscripción, innecesaria para el tiempo, brotó para el recuerdo de los humanos que habían habitado las casas y que el tiempo no había respetado. La inscripción era impresionante. Poco más o menos, los visitantes, intelectuales y curiosos, conocían el hecho rememorado. Pero una cosa es tener noticia histórica y otra y muy diferente es estar presente delante de lo que hizo historia. La inscripción decía: «1414. En esta casa obró San Vicente Ferrer el prodigioso milagro de la resurrección de un niño que su madre, enajenada, había descuartizado y guisado en honor al santo.»

Incluso teniendo noticia del milagro, es imposible evitar la impresión del viento interior que nos dice: «Fué aquí, en esta casa. Hace no más de quinientos años; pero fué aquí mismo.» Imposible, porque es un grito demasiado potente, demasiado directo. Es volver, otra vez y en esta ocasión más íntimamente, a adentrarse en la sensación que producen las murallas reduciendo el tiempo.

Muchas veces resulta enojoso el obligarse a ser lógico. Ser lógico impele a muchas preguntas. ¿Quién era San Vicente Ferrer? ¿Qué hacía en Morella en 1414? ¿Por qué había ido a aquella casa? ¿Qué clase de milagro obró? ¿Qué es un milagro? Verdaderamente, demasiadas preguntas. Es mejor obligarse a pensar sobre valores convencionales y dar por sabido lo esencial.



Morcella.—Portada de las Vírgenes

Con todo, hay preguntas humanas, preguntas pequeñas al margen de las grandes, que invaden al curioso. ¿Por qué San Vicente estaba en aquella casa. ¿Quién era aquella mujer que descuartizó a su hijo? ¿Qué clase de «obsequio» quería hacer al santo? ¿Cómo se dió cuenta el santo de lo sucedido? ¿Qué mentalidad podía tener la madre capaz de un acto semejante? Preguntas, siempre preguntas, incluso al borde del escepticismo, de la repulsión. Preguntas que necesitarían irse decantando posteriormente.

Y los viajeros se fueron anotando en sus agendas la inscripción, pero más real e íntimamente impresionados por haber tocado con los dedos aquel momento histórico. Más tarde, sobre el cúmulo de impresiones objetivas y subjetivas que el viaje produjo, cada viajero fué escalonando sus impresiones.

Al producirse la decantación inevitable, cada viajero sintió sobrenadar el recuerdo más impórtante. Decir *más importante*, verdaderamente, es decir muy poco, porque la apreciación personal tiene muy diversas medidas. Hay quien se impresiona por la gloria militar, cual por la mística religiosa, cuyo se anonada por el hecho humano.

A mí, concretamente, la inscripción sobre la vieja casa de Morella me dejó pensativo, entre asustado y triste. Se conjugaban un hecho monstruoso y otro sobrenatural. Y me obligué a documentarme, a tratar de reducir a estilo lo que era cita y cifra. El hecho escueto era el siguiente: el famoso teólogo y predicador Vicente Ferrer, el año 1414 había acudido a Morella, en unión del rey Fernando I y el Papa Benedicto XIII con objeto de hallar una solución al penoso Cisma de Occidente, al cisma cristiano de los dos pastores para una misma grey. Le habían invitado a comer, y la mujer de la casa, no teniendo carne para condimentar el arroz, había matado y descuartizado a un hijo, guisándole con el arroz. Vicente Ferrer dióse cuenta al encontrar un dedo en la porción depositada en su plato. Horrorizado, preguntó, y la mujer confesó la verdad. El hecho parece ser rigurosamente histórico, aunque el milagro posterior no está probado.

Con todo, la brutalidad del sucedido es suficientemente aleccionador. Aun dando por enajenada a la madre, subsiste la enorme devoción que debió impelirla. ¿Quién era aquel Vicente Ferrer que inspiraba tal acto a una madre? Vicente Ferrer era el hombre más famoso de su siglo. Contaba entonces sesenta y cuatro años y su vida entera había sido una cadena prodigiosa de acontecimientos. Era, a

los ojos del pueblo, un «santo vivo». Muy pocas veces se alcanza este asenso humano. Vicente Ferrer, amigo de reyes, apóstol, confesor de pontífices, consejero de gobernantes, fundador de Escuelas y Universidades, predicador con verbo de oro, viajero incansable, fraile, al que tenían que prohibirle hacer milagros, era un impacto demasiado potente en la fe primitiva de los hombres de su tiempo.

Partir de ahí es acercarse a la verdad humana, es tener el palpito de la grandeza. Vicente Ferrer fué tonsurado a los once años; a los diecisiete tomó hábito; a los veinte era profesor de Lógica en la Universidad de Lérida —en aquel tiempo la más brillante del reino aragonés—; a los veintidós era profesor de Teología en Barcelona. Entonces hubieron ya de prohibirle hacer milagros. Vicente Ferrer era el hombre que estudió en Francia y que a los veintiocho años era ordenado sacerdote y conoce en Aviñón al cardenal Pedro de Luna (acontecimiento importante que habría de señalar instantes difíciles para el predicador) tomando su partido y siendo su legatario hasta el extremo de tener que prohibirle el rey Pedro IV que se manifestara públicamente sobre el cisma. Sigue la extraordinaria carrera intelectual y espiritual de Vicente. Catedrático de Teología en el cabildo catedralicio; compañero y legatario de Pedro de Luna en el viaje de éste a las Cortes españolas buscando apoyo; confesor de la reina de Aragón; apóstol de la judería; árbitro en cuestiones espinosas y rencillas municipales...

Pedro de Luna es ya Benedicto XIII. Vicente Ferrer es su principal apoyo. Vienen años de prodigiosa tarea; se obra en él el milagro del Espíritu Santo. Viaja por Europa y es llamado el Apóstol de Europa. Interviene con su laudo decisivo en la elección de Fernando el de Antequera como Rey de Aragón, cuando muere su amigo Martín el Humano, siendo así un precursor de la unidad nacional... Cuando viaja y predica, moviliza más fervores y adhesiones que los reyes.

Y un hombre así llega a Morella el año del Señor de 1414 para realizar la tarea más ingrata de su vida: retirar al viejo y terco Pedro de Luna el apoyo de la Corona de Aragón y el suyo propio. Toda una amistad de casi cuarenta años en la amargura de las calles circulares de Morella. Y, repito, este hombre extraordinario, llega al viejo burgo. Mejor dicho, dos años antes, en 1412, había permanecido unos cuantos días encendiendo los ánimos con su maravillosa palabra.

Es fácil imaginarse, conociendo el escenario natural, lo que debió



Morella. — Calle típica de la ciudad

ser la instancia de Vicente en Morella. Y es fácil también comprender el apremio de los que deseaban tocar siquiera el manto del predicador, cuando más el supremo honor de sentarle a su mesa. A este respecto es necesario añadir que Vicente Ferrer rehusó siempre que le fué posible los agasajos reales y principescos, para refugiarse en conventos y casas particulares.

En aquellos tiempos y mucho menos en lugares apartados como Morella, las comidas no eran como las actuales, sino infinitamente más sobrias, más simples, a dieta obligada de legumbres y harinas. La humilde patata aún habría de tardar más de doscientos años en ser conocida; no cabía pensar en pescados, ni siquiera en embutidos, puesto que las especies costaban carísimas por venir de las remotas Indias, carne fresca tampoco era factible, porque el ganado era, en leche y queso, la renta del pueblo.

Por eso aquella mujer, seguramente la de algún síndico o magistral, tomó a su hijo y lo mató. Monstruoso, incalificable; pero también sublime. Era como decir al santo: «Hombre de Dios, toma el manjar más cercano a Dios, el de la inocencia. Es mi carne trasmutada y no te doy la mía propia porque debo estar entera para prepararte el agasajo que calmará tu hambre. Es mi hijo, que pierdo, pero que tú acercarás a Dios.» Enajenada estaba, desde luego, la mujer.

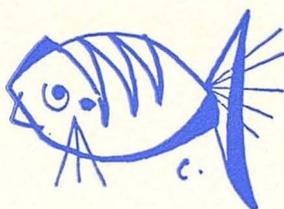
El viejo taumaturgo, el asceta viajero, el conocedor de las mayores debilidades humanas, debió horrorizarse cuando al hurgar en la secudilla con su cuchara de madera (no se conocían los tenedores) encontró la diminuta fa'ange. Debió imprecicar violentísimamente, con su verbo endurecido de los últimos tiempos, a la infeliz. Pero más tarde, en un tiempo sin tiempo, debió sentirse cegado por el reflejo de aquella fe, brutal, descomedida. Más que sus estudios, más que sus viajes, más que sus contactos con los mejores hombres de su época, debió ilustrarle sobre el contenido de la fe el dedito hallado en el arroz, una pequeña porción de carne humana, una sangre humana derramada en su gloria. Debió ser una tremenda lección de humildad. Vicente debió haber deseado no tener detrás de sí el pesado fardo de la gloria.

Cuatro años más vivió Vicente Ferrer. Quiero creer que dolientemente, escapando del dedito en el arroz. Cuatro años y siempre fuera de España. Para morir en tierra extraña. Para no regresar jamás,

jamás... Han pasado seiscientos cincuenta años y el cuerpo de San Vicente Ferrer sigue reposando en la Catedral de Vannes. Se podría escribir una novela con los intentos de trasladar las reliquias a Valencia, intentos de todos los estilos y condenados al fracaso. Los designios de Dios son inescrutables. Quizá El quiso la mayor gloria... O quizá estaba dolido también por el dedito en el arroz.

Bajo el dorado sol primaveral, los escritores de ciudades llanas y sin murallas, abandonaran la vieja y fortificada. Las revueltas del camino fueron borrando las perspectivas. La mole inmensa del castillo tardó mucho en desaparecer, siendo norte y guía de un paisaje de olivos y cereales.

Un escritor abrió su agenda y leyó por décima vez la inscripción copiada. Luego levantó la cabeza y observó los bordes del camino. Pensaba, sin duda, en que por aquella ruta debió transitar, siglos antes, la pacífica mula del Apóstol de los judíos. Y pensaba bien.



UN SANTUARIO Y UN PARADOR

Por ANTONIO DÍAZ-CAÑABATE

El parador de Morella va a ser un hecho en plazo no lejano, gracias a un hombre emprendedor, inteligente y entusiasta, don Carlos Fabra, presidente cuando estas líneas se escriben de la Diputación Provincial de Castellón de la Plana, cuidadoso de conservar, de restaurar, de rescatar monumentos y casonas castellonenses con amor de hijo y cuidado paternal. El parador de Morella hará posible que hasta los muros de la insigne ciudad, tan cuajada de historia, pueda llegar el turismo. Llegar y pernoctar en una casona solariega del siglo XVI dotada de todos los adelantos de la comodidad moderna. Merced a este parador, Morella y el Maestrazgo de Montesa van a dejar de ser desconocidos, no ya por los extranjeros, sino también por los españoles. Grandes y gratas sorpresas les esperan tanto a unos como a otros. El Maestrazgo es una región poseedora de bellos paisajes y de interesantes pueblos que conservan suficientes vestigios de su pasado merecedores de atenta visita. Como en tantas otras ocasiones de su vida, Morella será cuartel general, esta vez de ejércitos turísticos, que se desparramarán desde el parador por la abrupta y atrayente comarca.

Vamos a adelantarnos a estos futuros huéspedes. Vamos a imaginar que ya está funcionando el parador de Morella. Vamos a imaginar que han llegado a su puerta una mañana primaveral un señor acompañado de dos damas. Nada más instalarse en sus habitaciones se lanzan a la calle. El parador está junto a los Porches. Muy viejos son estos Porches. Seis siglos cuentan. Cuando entraron bajo de ellos, el señor, que llamaremos Emilio, exclamó:

—¡Muy bien! Ya estamos en pleno romanticismo.

—No veo el porqué unos pórticos van a ser románticos —contestó una de las damas, su mujer—. Como no sea que desprenden tristeza.

—¿Tristeza? —intervino la otra, amiga del matrimonio—. Lo que desprenden es calma, sosiego, deseos de habitar en ellos.

—¿Y eso no es romanticismo?

—¿El qué?

—Lo que acabas de decir. Las ganas que te han entrado de quedarte a vivir en una casa de estas.

—¡Tanto como quedarme a vivir! No he dicho tanto.

—¡Hombre!, eso estaría precioso —adujo Emilio—. Tú, tan madrileña, tan entregada a la vida de sociedad, quedarte a vivir en Morella... ¡Qué horror!

—Horror, ¿por qué? Todavía no conoces el pueblo, pero no me negaréis que visto desde la carretera no puede ser más impresionante. Primero vamos a recorrerlo y luego hablaremos.

—Creo que debemos coger el coche —propuso la señora de Emilio.

—¡Cabalito! Y subírnos por esta calle, llena de escalones, en directa. ¡Qué cosas dices! El automóvil es bueno para andar, no para ver; las ciudades hay que verlas a pie.

—Sí; pero no con estos tacones.

—Pues vete al parador y te pones las sandalias.

—Las sandalias me hacen más daño que estos zapatos.

—Mira, en esta tienda venden alpargatas. Cómprate unas y no te las vuelvas a quitar en todo el viaje.

—Buena idea. Yo también me voy a comprar otras.

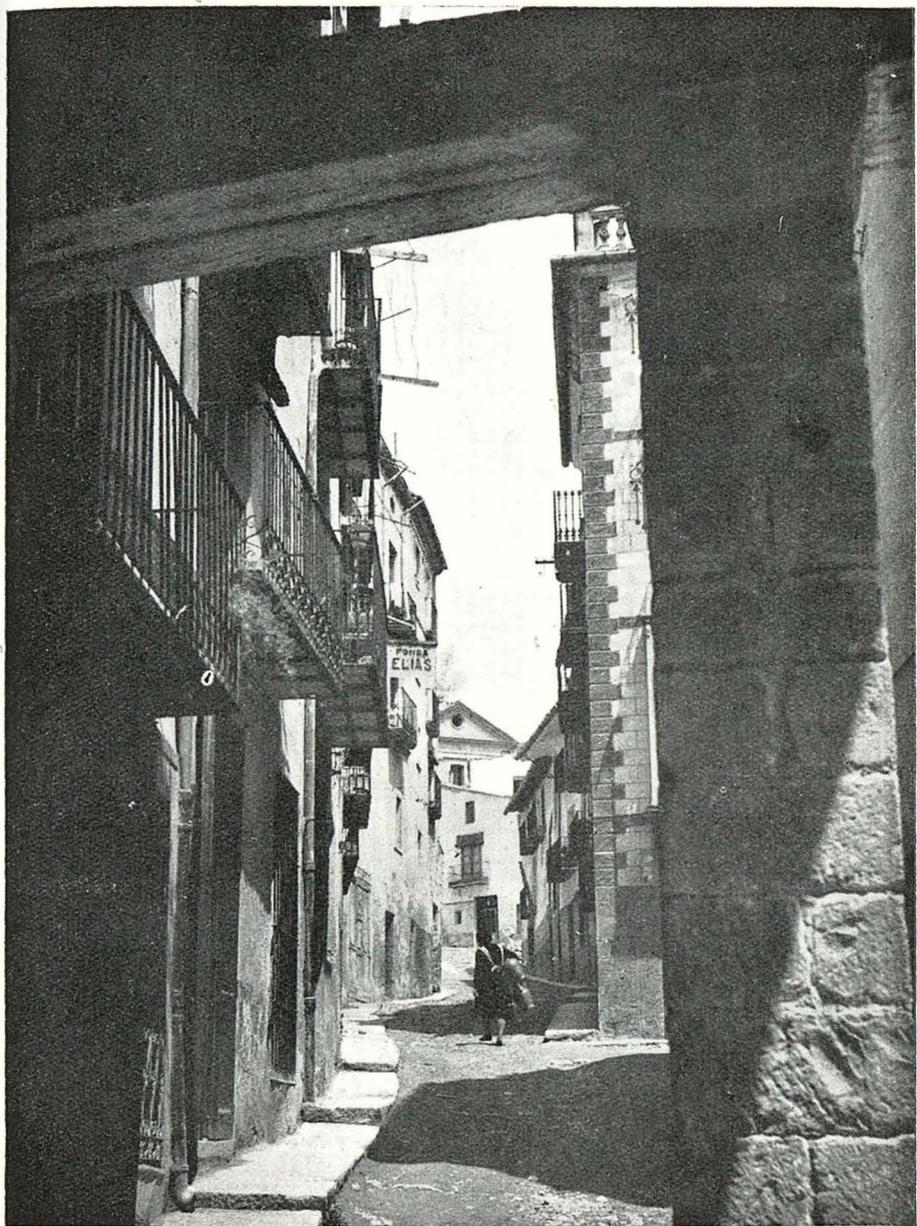
Y se mercaron unas alpargatas rojas con adornos de florecitas.

—Fíjate, Emilio, que divinidad. ¿Verdad que son preciosas?

—¿Os están bien, no os hacen daño?

—Al fin del mundo podemos ir andando con ellas.

—Con que subáis al castillo sin quejaros, me conformo.



Morella.—Calle de los soportales

—¡Andando! ¡Huy qué gusto! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes ir todo el viaje en alpargatas?

Camino del castillo se detuvieron, en el templo arciprestal de Santa María la Mayor. Les encantó.

—Fíjate en el rosetón ese —decía Emilio—. Fíjate en la escalera del coro, que está en alto como deben estar los coros y no en mitad de la nave central, como están en casi todas las catedrales españolas, quitándoles perspectiva y grandiosidad. Fíjate en el retablo del altar mayor. Fíjate en el órgano. ¡Qué maravilla! Ya os decía yo que Morella tenía mucho que ver. Vámonos al castillo.

—Espérate un poco, porque tú, por mucho que nos fijemos en esto y en aquello no nos dejas contemplar a gusto.

—Cómo se conoce que lleváis alpargatas.

—¡Anda! ¡Ahora va a resultar que a ti también te hacen daño los zapatos! ¡Pues, hala, vete por otras!

—No me hacen falta. Para que lo sepáis, en esta iglesia se celebraron pontificales papales con asistencia del Papa Luna, del rey de Aragón, Fernando I de Antequera y de San Vicente Ferrer. ¡Cómo estaría la iglesia con las cortes pontificia y real oyendo la mágica palabra del Santo. ¿No os la figuráis?

—Como estamos así, de trapillo y en alpargatas. Pero sí que estaría bonita.

—¡Bonita! ¡Qué palabra! Podías haber elegido otra.

—Pues elígela tú y me ahorrarás el trabajo.

—Bueno, venga, al castillo. Fijaros en esta portada de los Apóstoles. Es magnífica. Fijaros en el tímpano, qué gracioso.

—¿Cuál es el tímpano?

—Aquello de arriba.

—¡Ay, hijo, qué palabra! Yo creía que el tímpano era el del oído. ¿Y por qué es gracioso?

—Por nada, que contigo es imposible.

Al poco llegaron a una plazoleta que se extiende delante del ruinoso convento de San Francisco, situado a las faldas del castillo.

—En este convento se hospedó el Papa Luna cuando estuvo en Morella. Y un día estaba comiendo, y como le molestaran las moscas, las maldijo de una conformidad que no ha vuelto a verse una por estos alrededores desde hace cinco siglos.

—Pero, oye, ¿quién era ese Papa Luna?

—No creas que el inventor del D. D. T. Fué un aragonés de una pieza. Esta noche, en el parador, os contaré su historia. Vamos a ver ahora lo que queda del convento.

—Espera, mira, Enriqueta, en esta casa hay un telar —observó la señora de Emilio.

—Claro, ¿no has oído hablar de las mantas morellanas?

—Vamos a entrar.

—Dejaros de telares.

—Tú vete al convento, si quieres, que nosotras vamos a ver si encontramos mantas o algo que llevar.

—¡Algo que llevar! Sí. Me voy al convento. ¡Fraile debía haber sido y no tu marido!

Setecientas pesetas se dejó la señora de Emilio en algo que llevar. Y después de echar un vistazo a las conventuales ruinas emprendieron la subida al castillo. A medio camino la señora de Emilio se plantó.

—No puedo más. Llevo los pies destrozados.

—¿Pero no decías que con las alpargatas...?

—Sí, dije que iba al fin del mundo, pero esto es el fin del cielo, date cuenta. Yo me quedo aquí. Subir vosotros.

—Vamos, Enriqueta.

—Prefiero hacerle compañía a tu querida esposa.

—¿Y para esto hemos venido a Morella?

—Claro que para esto. No se nos ha perdido nada en el castillo.

—¿Y el panorama?

—Tú nos lo cuentas cuando bajes. Te esperamos en el telar.

—¡No! ¡En el telar, de ninguna manera! ¡Otras setecientas, ni hablar. Yo tampoco subo. Vámonos para abajo, que mientras llegamos ya será la hora de comer.

La señora y la señorita llegaron al parador hechas polvo. Emilio también, pero lo disimulaba. Comieron con gran apetito sabrosos manjares en el comedor, que abría sus ventanales a un espléndido horizonte.

—La verdad es —comentó Emilio— que estos paradores son la gran cosa. Afuera, una ciudad dormida en otras edades; aquí dentro, sin perder el carácter de casona solariega del siglo xvi, los refinamientos de la civilización del siglo xx. Esta tarde iremos de excursión al Santuario de Nuestra Señora de la Balma, un paseo corto.

—¿Andando?

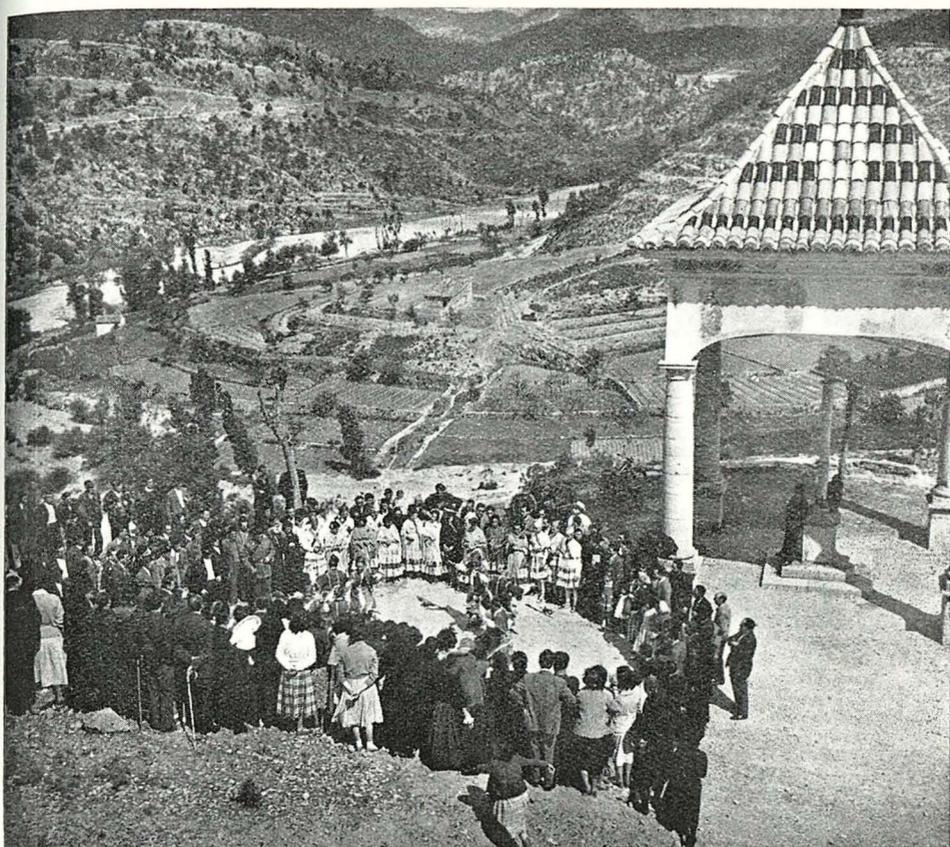
—Sí; total son unos veinte kilómetros, que con alpargatas se andan muy bien.

—¡Ah, vamos! Como dijiste un paseo corto me creí que... Sal-dremos sobre las cinco y así tenemos tiempo de dormir la siesta.

—Yo prefiero darme una vuelta por Morella —advirtió Enriqueta.

Y la madrileñita se perdió por las típicas calles morellanas. ¡Y cuánto le satisfizo su deambular por las callejuelas, los recovecos y las encrucijadas, descubriendo fachadas de mansiones seculares de gran belleza, casitas modestas en donde la vida se adivinaba apacible, quieta, mansa! Y se acordaba de sus Madriles, de su tumulto callejero, de su vivir agitado, y se preguntaba: «¿Viviría yo en Morella? ¡Qué tontería! ¿Por qué hacerme esta pregunta?» Y, sin embargo, se la formuló varias veces durante su paseata y acabó respondiéndose al entrar en el parador: «Pues si hacía falta, mejor viviría en Morella que en una capital de provincia con pretensiones, porque una capital de provincia con pretensiones es como una nueva rica, y Morella es como una señora venida a menos, pero que conserva todo su empaque noble, austero, solemne y teñido de la melancolía augusta del caso de un esplendor.»

Con buen ánimo, bien sentados en el coche, partieron para el Santuario de Nuestra Señora de la Bañna. Admiraron los amenos paisajes que bordean la ruta. Y bajo la cueva donde a un pastor se le apareció la imagen de la Virgen, dejaron el vehículo. Y por las galerías excavadas en la roca llegaron a la ermita donde se venera a la Virgen, exactamente en el sitio de su aparición. Una verja circunda el altar. Un pequeño y tosco coro se alza a su frente. La piedra está ennegrecida por el humo de los cirios. La piedra es todo el ornamento de la capilla. La cueva santa produce una impresión como no se siente en los más suntuosos templos de la cristiandad. Allí se reza con fervor, tembloroso por la emoción. Allí parece que las plegarias llegan a las Divinas entendederas como proferidas a su vera. Allí oraron nuestros tres viajeros con el acento y la unción de los primeros cristianos en las catacumbas. Y al salir de nuevo a la luz del día, al recorrer los campos morellanos, al pasear en el anochecer por las calles de la fiel, fuerte y prudente ciudad, saborearon su paz como exquisito y preciado regalo celeste, y acogidos al parador, muellemente reclinados en anchos y sibaríticos butacones, exclamó Emilio:



Santuario de la Balma

—No hemos perdido el día. Hemos conocido una ciudad como habrá pocas en el mundo. Hemos adorado una Virgen en lugar por Ella elegido, como también habrá pocas en la tierra. Vamos a cenar y a dormir entre paredes que resistieron siglos, entre el silencio y la paz. ¿Hay quién dé más por unas cuantas pesetas? Así es como se puede hacer turismo.

Formulemos votos por que el parador de Morella pueda albergar pronto a turistas tan entusiastas como los imaginados en este pobre relato que envío con gratitud a los organizadores y patrocinadores de las Jornadas Literarias por el Maestrazgo.

LA MONTAÑA VENCIDA

Por JESÚS FRAGOSO DEL TORO

Nunca como hasta entonces vi la huella profunda del hombre sobre la tierra viva de su contorno. Aspera, inhóspita, enemiga, debió alzarse la montaña en otro tiempo, negadora del palmo preciso para cobijar la semilla, y así, negadora del origen del fruto o la espiga, negadora del sustento, cerco hostil al trabajo y la andanza, a la presencia de gentes. Ahora, la montaña, debelada y humilde, se erige cordial, aliada, en vecindad amorosa con la vida de los hombres que en la montaña están, porque la batalla está ganada para ellos, y la montaña vencida.

Marchad a la tierra del Alto Maestrazgo por la que un día anduvimos enrolados en hueste literaria. Recorred los serpenteantes caminos que reptan por la ladera, y, sin perder la atención al paso, porque el abismo está al borde y acecha en cada curva de las mil y una retorcidas como sarmientos de la vida, mirad en torno. Quizá quedéis prendidos en el redar de la belleza del paisaje, contemplando aquel pretorio inmenso, aquella inmensa escala de gigante que hasta las cumbres conduce. Quizá a las mentes se os vengan en tropel las me-

táforas que brinda aquel mirar y remirar perplejo, columpiado en asombros, que la comparanza es fácil y fácil es ver allí, en el espiral de los bancales, el festoneo de las olas al retirarse de la mansa playa; o la gradería tremenda de un circo que perdió la pista; o la falda gitana que allí está, grácil de volantines y fandangos, sin moza que cimbrear.

Pero desasíos por un momento del encanto y mirad bien, con los ojos del alma de par en par, y ved cómo todo aquello se sostiene piedra a piedra. Y pensad, entonces, en los hombres que allí las colocaron, con paciencia de siglos, una junto a otra, la una de la otra encima, ganándole espacios breves a la ladera, abancalando sin prisas, generación tras generación, en relevos olímpicos cuya meta ya está ganada, allá en lo alto, que es fin sin remedio y sin sitio. Pensad en los hombres primeros que colocaron las primeras piedras en soledad, sin protocolos ni himnos, sin más ritual que la bendición directa del Señor. Y así conquistaron el inicial palmo para la inicial siembra que cosquilleó las plantas de la montaña y puso fleco de verde encaje a su falda. Desde entonces —¿desde cuándo, Dios?— siguió la lenta escalada, contada piedra a piedra e incontable esfuerzo a esfuerzo. Los hombres hacían poco para sí y mucho para los que habían de venir detrás, propio fruto de su carne, hasta que ya hay tierra para vivir allí cuantos vivir puedan hasta el final de la tierra misma. Las gentes fueron enterrando a sus muertos, pero los muertos vivían en su empeño fiel y testarudo allí mismo, en la escalinata de bancales que a la montaña circunda y fertiliza. Aquel era su legado que, como la buena hacienda de las familias de bien, fué acrecentándose de abuelos a padres y a hijos y a nietos. La montaña, vencida y convencida, verdea en cien regates, y siente sobre ella el gozo materno de la fecundidad, y su parto, desacreditado por refranes, se hace allí, en el Alto Maestrazgo, granazón jugosa en cada primavera y cosecha pobre, pero honrada, en cada verano que llega.

Yo sé que la ruta del Alto Maestrazgo es algo más que esto que os digo. Yo sé que, en vuestra andadura, debéis deteneos en Cincorres y en Portell de Morella, en Puebla de Ballestar y en Villafranca del Cid, en Ares del Mestre y en Castellfort. Cada lugar ofrece motivo bastante que justifique estar en él, dándole vueltas a la Historia, al arte de los viejos retablos, a la orfebrería maestra de las cruces procesionales que guardan con celo las góticas parroquias, a las pin-

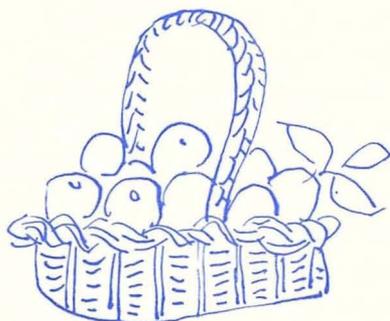
turas que encierran iglesias y antiguos palacios. Yo sé que es hermoso contemplar todo esto, y que también lo es salir fuera y mirar la silueta de estos pueblos, muchos de ellos situados en los tozales, como roqueros y viejos castillos. Y que también lo es perderse en la curiosidad y en la recócteta emoción de orar por los cien ermitorios que por allí le andan dando fe de la fe y noticia de milagreras apariciones de Nuestra Señora. Yo sé, aunque en el breve saber de una Jornada apresurada, todo esto que dicho queda y que más decires tiene. A otros dejo la crónica que cante grandezas y miserias de pueblos y gentes de estos lugares, y para mí me quedo esta tarea de gritar en silencio la obra inmensa, tremenda, que esos bancales del Alto Maestrazgo encierran.

Alguien dijo a mi lado, cuando por allí le andábamos, que aquel abarbetado de piedra sobre piedra, poniéndole margen y coto a las laderas, escalón tras escalón, bancal tras bancal, en nada envidiar debía a la muralla de China. Quizá aquel camarada de quehaceres y de marcha exageraba. Quizá no tanto. Habría que poner, para saberlo, cada tope de cada bancal uno junto al otro, y sólo Dios sabe si China se quedaría pequeña para el cerco, aunque ahora me plazca exagerar a mí. Pero lo que cierto es, y basta verlo una vez con prisas, que allí, en la montaña castellonense, donde la provincia se cue'ga del brazo con la hermana Teruel, al NO., por tierras de Morella, está vencida la altivez de la montaña por el esfuerzo denodado de miles y miles de hombres, desde la hora lejana del desafío hasta la que marcó el fin de la batalla. Piedra a piedra, sobre hombros sudorosos, fueron haciéndose los murallones que ponen freno al derrumbe y aúpan cada bancal. Y es este esfuerzo perseverante y esta herencia a los que he querido glosar, con la torpeza de no alcanzar su mesura y magnitud.

Casi me apena, me apesadumbra con certeza, ahora, al concluir, hacerme la pregunta de si tanto empeño y tan heroica constancia y tanto sudor se compensan a la hora de tomarle el fruto a la tierra así ganada, cuando la montaña vencida rinde sus tributos. Casi me dan ganas de preguntar si las montañas no se hicieron para la umbrosa presencia de los árboles, para revestirse de la gala de los bosques, y dejar los cultivos para el llano; que España es grande y no somos tantos los hombres que sobre su tierra vivimos para tener que haber ido arañando palmos al monte. Casi me dan ganas de pregun-

tar si todo aquel esfuerzo de siglos que me asombra da menguado balance, y si allí los pastos y los pinos tendrían mejor sitio, un lugar que se les ha borrado en tozuda y épica lucha más propia de isleños sin tierras que recorrer. Pero callo, y no me hago preguntas. No quisiera que los hombres del Alto Maestrazgo que duermen su eterna paz bajo la tierra, sintieran que un viajero que pasó con prisas por ellas dudase de la eficacia de tanto laborar y tanto sacrificio, generación tras generación. No quisiera que la montaña, hoy doblegada y hasta un tanto generosa, pueda creer que llegará el día del desquite, y los prados y los bosques la circunden, mientras los bancales allí estarán, como un monumento inútil y baldío.

Quizá así deba suceder; pero de esto no entiendo y haré bien en callar.



DIECINUEVE AÑOS DESPUES

Por JUAN FERNÁNDEZ FIGUEROA

He vuelto a esta tierra tras diecinueve años. Tierra de riscos, agreste, seca, que desemboca en un oasis verde junto al mar. Nos asomamos a él un día de primavera, en 1938. No fué un encuentro súbito. Se dibujaba en lontananza como una banda azul, brumosa, y poco antes de subir nosotros al cerro estallaban en la cresta las granadas. (Día duro, de recuerdos agrios, que ahora reavivo.) Yo venía de tierra adentro. El mar me parecía remoto, «imposible».

Llegué a él por Castellón; desde entonces esta costa significa para mí el «mar». Disculpe el lector que evoque el suceso indeleble. ¡Cuántos españoles, desde una y otra trinchera, están ligados conmigo a este suceso y esta fecha! *1938, abril-mayo-junio.*

EL TIEMPO HA TRANSCURRIDO; he vuelto por los mismos parajes, que veo quietos en la memoria. Y allí las figuras reales, las figuras de ficción... ¿Dónde está el distingo? Recaemos, inevitablemente, al pensar en el hombre-protagonista de vida, en la «trampa» pirandeliiana. ¿Qué es verdad, qué es ilusión? ¿Han pasado los años; dónde fueron? Yo estoy aquí; he regresado. Me ligan a estos terro-

nes y rocas cortantes, querencias irrompibles. Pero no estoy aquí como estuve: soy otro. Y sobre todo, en la misma decoración, el drama ha cambiado; y los personajes. ¡Tan diferentes!

Era una mañana clara, con el aire límpido. Bajábamos de Catí. Torcimos hacia Cuevas de Vinromá. Junto a la carretera, que ahora he recorrido —entonces, no— un barranco de tierra y piedra; por su caz, un hilillo de agua. La cabeza de un hombre rodando, separada del tronco; otro, desnudo... Caían los obuses sistemáticamente. Se oían nacer y acercarse, fulminantes. En año y medio de guerra no había contemplado espectáculo tan intenso. Nos saltaban al rostro gotas de sangre. Un compañero, herido, caía encima...

Duró poco: media hora de taponamiento. Salimos pronto de la ratonera. Avanzamos monte arriba. Cuevas de Vinromá estaba cerca, pero no llegamos... Ahora cruzo por este pueblo con los ojos abiertos, mirándolo todo... Nada de lo que busco está allí —¿dónde?—, pero aquí está Cuevas... Un pueblo que tengo en la memoria, que me «constituye» —por lo pronto me restituye al pasado—, pero que, si le miro, me «engaña», apenas me dice algo.

Como ocurre con mis amigos de entonces. ¿Qué fueron, se han disipado, viven? Con unos pocos volví a tropezar años más tarde. ¡No eran mis compañeros de entonces! ¿Cuál es el *real*, cuál el incierto? Y yo, ¿qué *soy*, pues que en sus ojos seré, a mi vez, «otro», distinto y semifatuo, como «aparición» que no casa con la realidad?

El tiempo decora las imágenes, las reviste de prestigio y... las carcome, las desposee de vida real, en una acción doble; somos reflejos súbito, duramos un instante, cual destellos o relumbres... ante quien contempla: un parpadeo. Pero el parpadeo no está en el brillo, sino en el contemplador que se ciega, cierra y abre la pupila...

HEMOS VENIDO UN GRUPO de escritores a recorrer el Maestrazgo... (Bajamos de Madrid.) Tierra inhóspita, con tradición bélica, cuyos recuestos conocen el fognazo, la zozobra y la sangre. ¡Cuánta hay vertida por el solar español! Sangre verde y ocre, roja, de víctimas y victimarios, de vencidos y hermanos... Pisando estos montes se siente el repeluzno de la casta española, tan enconada, enfebrecida, que se desata en muerte y destrucción como si la vida no le cupiese en el cuerpo. ¡Y es sangre del alma la que se pierde, sangres de alma las que pelean!

Por aquí pasamos. Morella, vértice de San Joaquín... Un nido de

águilas entre las nubes, un combate durísimo en la noche. Subían los «internacionales»... Rodaba una piedra, se quejaba una mata. Estábamos acechantes, con la respiración contenida. El tiempo era espeso, audible; palpitaba con golpes sordos en nosotros: tiempo «militar»...

Los pies, en la marcha, se volvían duros y callosos. Iban convirtiéndose en tierra los capotes y la suela... Cuero reseco, resquebrajado. La marcha duró tres meses. Conocimos el cardo, el pino, la montaña áspera, el helecho, la piedra sorda y acogedora, tan «amiga»; el algarrobo y el almendro..., y desembocamos un día en la zona baja del naranjo, con el rumor del mar ya inminente, gris, azulenco, como digo, en la lejanía, tras las crestas últimas del monte inhospitalario.

ASI PASE POR TIRIG. ME ALARGO, desde San Mateo, con Ismael Medina y Pastor, y con el farmacéutico del pueblo, que recuerda nuestra llegada —la de hace diecinueve años, la primera—. Se han helado los olivos, en una extensión acongijante. Están mustios, negros, con sus ramas secas imprecadoras, y sólo los vástagos en la base reverdeciendo. Pastor dispara unas fotografías. Contemplo las «barracas» de pizarra amontonada, que se alzan como cúmulos, a orillas de la carretera también reseca, con descarnaduras.

La tarde es gris, plomiza. Intermitentes nubarrones entoldan el cielo. Ráfagas de sol tibio, dulzón, doran el campo quieto, austero, en el que nuestras voces resuenan extrañas...

El hombre es todo. La Naturaleza, impasible, se deja aderezar de emociones. Ponemos en su faz amor, angustia, alegría, respeto, ofensas... Es el hombre el que teme, ríe y sueña.

Aquí estoy yo. Diecinueve años. Los mismos perfiles en el horizonte, igual «barraca» en un rincón de un cercado, caminos semejantes, descendiendo del cabezo próximo —cota quinientos y pico— que en un día se conquistó y perdió tres veces. Esta es la historia: mi memoria, el recuerdo, el cambiante espíritu humano. Ni entonces se «enteró» la tierra, ni hoy se apercibe. ¿Soy el mismo?

Estoy en la misma curva de la carretera. Veintitantos moros. Tengo dieciocho años. Se va haciendo de noche. No conozco a estos hombres que me acompañan ahora. El pueblo es silente y enigmático como hoy. Y el enemigo, como hoy, enigmático, está enfrente. ¿Quién es el enemigo a estas alturas del pensamiento, o del recuerdo, de la emoción? Un capitán, navarro, me dice: «Si atacan, mi consejo es que corra por esa loma y trate de llegar al batallón que está en lo

alto. Unos novecientos metros.» (Este capitán que he venido a relevar con mi sección es un valiente, probado.)

Noche de lobos. Centineñas. No fumar. Detrás, el pueblo mudo. ¡La palpitación del silencio! El farmacéutico me cuenta su versión. Casa bastante con la mía, pero son personalísimas, no pueden fundirse. El sentido de ambas, si las juntamos, ¿qué significa? Creo percibirlo hoy, a los diecinueve años, en una tarde semejante, plana y atravesada de rachas de viento turbio: dolor y esperanza. El hombre resume en estas palabras su destino terreno. *Esperar activamente, sufrir resignadamente*. Pastor sigue archivando en su cámara oscura imágenes del pueblo: *Tirig*. Sobre el marco de las puertas, a media altura, cuelga el cañizo de una persiana. El fondo, tras el postigo entornado, es «nocturno»... Olor de abandono y tristeza. Numerosas familias hubieron de emigrar —efecto de la helada y el crecimiento industrial del país, que cuaja en otras zonas—. Esto es triste y alegre: vida y desolación. Las conclusiones sociológicas me parecen aquí banales. Aquí están ese hombre y esa mujer, vestidos de luto ante la iglesia. Los sostiene un bastoncillo. Están de luto. Hablan. ¿Qué rememoran? Les ocurrirá como a mí, que no acaban de «entender»: viven y van a morir; el hecho decisivo, dramático. A morir, ¿de qué, hacia dónde, con qué garantías? ¿Quién les recogerá?

Frontera está la iglesia, con su lista de muertos de guerra; son pocos: los fusilados o arteralmente muertos.

Tomo agua bendita en la punta de los dedos. Tres o cuatro mujeres, algunos niños, un par de muchachas. Bisbisean. El aire es fresco. La quietud y recogimiento conmueven. Allí está el «Cristo»...

DENTRO DE UN RATO las estrellas de ayer se habrán encendido. Me queda en los ojos una melancolía incierta. ¿No conozco el sentido de la vida? ¡Diecinueve años! —Allí está la curva... ¿Y los moros que me acompañaron en la espera y el temor?—. Eso es todo y... nada. El tiempo no cuenta. El tiempo vital existe, pero ¿y qué? El tiempo moral —nuestra conducta— es el que vale y significa, el real; uno, el segundo, es tuétano o substancia del primero. Yo atiendo a aquél, sin poderme librar del escozor, del paso de éste, pues me va desmoronando y edificando, trocando en el que soy, según me comporto.

Y eso ocurre a cada cual. Este viaje me sirve para reflexiones antiturísticas; con lo que aludo su razón de ser, le desvirtúo... El

lector y los promotores de la excursión preferirían que contase cosas *objetivas*: lo que veo. Allí, un pueblo; próximo, el mar. Aquí, una construcción moderna; a su lado la arquitectura antigua, cargada de sabor y resonancia. Mas, ¿qué es este prestigio de lo añejo sino el peso, la cicatriz que dejó en su rostro el lento correr del tiempo? Y no del tiempo vital: del tiempo ético, humano que nos precedió, «encarnado» en nuestros antecesores.

Tengo poco más que añadir; mixtificaría estas notas. Valgan por lo que valgan. Si yo, un día, consigo para mis palabras algún crédito, las de hoy lo ganarán con retraso. Porque no existe algo «objetivo» y «no objetivo», sino talento, interpretación inteligente de la realidad o estulticia. Y el talento es, por definición, *personal*; lo ejerce un hombre. La realidad que vemos es humana, aun siendo *natural*: piedra, tierra, cielo, en cuanto su versión sólo puede ser humana.

Mi idea de este paisaje y estas gentes la resumo explicando mi nostalgia, el *apego* que conservo en la memoria. Volveré. En realidad no me fuí diecinueve años atrás. Uno está ligado de por vida a lo que vió y le dolió, le sostuvo, ya que vivir consiste en lo que se va siendo. Soy esta tierra áspera y verde, cultivada y granítica, donde corrió sangre de los míos, savia de la estirpe... Estirpe que me duele y me hace ser...

EL SENTIDO HEROICO Y ASCETICO DEL MAESTRAZGO

Por JUAN EMILIO ARAGONÉS

En las conversaciones entre escritores, es frecuente hacer referencia a la necesidad de salir al extranjero: París cosmopolita; Italia, país del arte; Grecia; babélica Nueva York... Y es cierto. Al escritor, como al artista, le importa rebasar fronteras y establecer contacto personal con las formas de vida de otros pueblos y con sus varias culturas. Para el escritor español, no sólo no es peligroso asomarse al exterior, sino que resulta muy conveniente y acaso imprescindible para su total formación.

Sin embargo, se suscita con mucha menor frecuencia entre los hombres de pluma la no menos perentoria necesidad de conocer suficientemente nuestro propio país, con sus bellezas y sus defectos, sus problemas, sus hombres. Y la verdad es que parece impropio aspirar a conocer lo distante —no lo ajeno, porque ya se ha dicho de una vez para siempre que nada de lo que es humano puede serle ajeno al escritor—, cuando seguimos ignorando lo próximo. De ahí que estas Jornadas Literarias que en los últimos cuatro años han servido para dar a conocer a media centuria de escritores españoles la

realidad de cuatro provincias hispanas hayan de ser consideradas como resultado de una de las más felices iniciativas que en el campo de la actual cultura patria han surgido, y cuyas consecuencias habrán de ser fértiles en orden al futuro de las provincias visitadas.

Sin duda, las recientes Jornadas Literarias por el Maestrazgo habrán impresionado de maneras diversas a los cincuenta escritores que en ellas hemos participado, porque si la realidad de la histórica comarca es una, sus múltiples facetas habrán permitido que en el ánimo de cada visitante hagan mejor arraigo aquellas que se manifiestan más acordes con sus personales predilecciones y tendencias.

Así, el haber elegido en mi caso concreto como tema a tratar éste, que título «Sentido heroico y ascético del Maestrazgo», responde incuestionablemente al hecho de que han sido la heroicidad y el ascetismo advertidos en los hombres de esta región lo que más hondamente ha calado en mi sensibilidad durante nuestro recorrido por tierras castellonenses. Pero importa aclarar desde el principio que al referirme a la heroicidad y ascetismo no aludo para nada a hechos guerreros y a lecciones de ascética de que el antiguo Maestrazgo de Montesa fué escenario en el pasado. No. De aquello ya hay constancia en los manuales de Historia, y menguado fruto sería el de las Jornadas Literarias de 1957 si únicamente hubieran servido para rememorar unas páginas históricas, protagonizadas por Cabrera, Espartero, Oraá y otras figuras ilustres del pasado. Pero no ha sido así. Cuando en nuestro apasionado periplo por tierras del Maestrazgo contemplaba sus ásperas montañas, de arriscada verticalidad, y los cauces desoladoramente secos de lo que en invierno acaso sean ríos tumultuosos, mi pensamiento se centraba esencialmente en los hombres que habitan hoy sus pueblos y aldehuelas, en el heroísmo cotidiano y oscuro y en las ásperas limitaciones que la vida impone a los habitantes de Catí, San Mateo, Morella, Benasal, Zorita, Cincorres, Castellfort, la Vallivana y Ares del Maestre:

Es éste el sentido heroico y ascético que hoy tiene para mí el Maestrazgo; el que le dan sus hombres, riñendo diariamente una dura batalla contra los elementos adversos de la Naturaleza, y no para engrandecer su hacienda o para conquistar gloria y honores, sino simplemente para subsistir. Hace falta un valor sin límites y una inmensa capacidad de renuncia a todo lo que en la vida es fácil y grato para enfrentarse día tras día en desigual combate a la inhóspita montaña

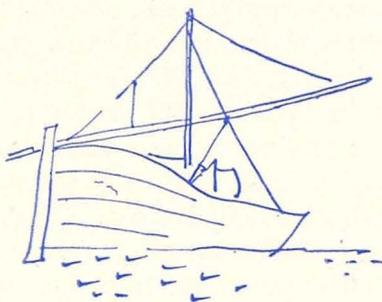
y arrebatarle zonas áridas que, de manera casi increíble y punto menos que milagrosa, han de acabar convirtiéndose en bancales cultivados, mínimos labrantíos que forman una escala por la que asciende nuestra asombrosa testificación del coraje de unos hombres que hacen posible tal realidad.

Muchos valores de carácter histórico, artístico y estético pueden señalarse en el Maestrazgo, pero a todos supera en trascendencia y calidad el valor humano de sus habitantes, la grandeza de sus vidas enamoradamente entregadas a la conquista de una tierra arisca e indócil. Por eso, en el transcurso de las Jornadas les dediqué atención preferente, y, sin dejar de admirar —por ejemplo— la belleza arquitectónica de la iglesia arciprestal de San Mateo, me interesó primordialmente la inapreciable labor que, en orden a la solución de los problemas agrícolas y sociales de la antigua capital del Maestrazgo, viene realizando la Cooperativa Agrícola «San Isidro», cuya creación ha permitido contener en parte el inexorable y desalentador éxodo de los hombres de la villa hacia comarcas más generosas. No queremos, ni aunque quisiéramos podríamos, porque no debemos practicar ahora la torpe y desacreditada política del avestruz; es cierto que no todos los habitantes del Maestrazgo han tenido la gallarda entereza que se precisa para mantenerse sin desaliento, fieles a la tierra donde nacieron, tierra que no corresponde con sus frutos ni en mínima medida al esforzado laboreo que exige, y así lo atestigua el hecho de que en el último cuarto de siglo la población de San Mateo se haya reducido en unos mil habitantes; pero también lo es que esto es una consecuencia lógica y totalmente comprensible del olvido o —peor— la ignorancia en que se han tenido por quienes más obligados estaban a conocerlos y solucionarlos los problemas de regiones como ésta, que en nuestro breve recorrido hemos aprendido a amar, con amor de disgusto, sí, pero también —y esto es lo que en definitiva importa— con amor que entraña deseo de perfeccionamiento, búsqueda de soluciones y limpio propósito de contribuir a ellas en la medida de nuestras posibilidades.

Y la medida en que un escritor puede hacerlo es sólo ésta: dar testimonio de lo visto, formular sería y conscientemente su denuncia.

Denuncia que, sobre poco más o menos, puede quedar redactada así: El Maestrazgo está sediento; heladas recientes asesinaron sus olivos y viñedos; el temple heroico y la ascética capacidad para vivir

en permanente renuncia que sus hombres poseen les ha permitido superar tantas contrariedades. Pero no es lícito abandonar a aquellos hombres a su suerte. Si el Maestrazgo necesita agua y no puede obtenerla por medios naturales, habrá que facilitársela recurriendo a artificios que la humanidad ha inventado para casos semejantes. El Canal del Ebro o los canales que hagan falta. Existen un «Plan Jaén» y un «Plan Badajoz». Hay que ir pensando con carácter de urgencia en la creación de un «Plan Maestrazgo».



COMO EN UNA ESCALA DE JACOB

Por ANGELES VILLARTA

Es muy probable que en ningún punto de los treinta y dos picos de la Rosa de los Vientos que asedian este redondo y un poco achatado mundo, encuentre lugar tan auténticamente popular y verídico como este rincón de Castellón, en Zorita, con el fondo del río Bergantes y el «collet de la Salve», en la ruta que va de Morella a Alcorisa, situado bajo la santidad de la Virgen de la Balma.

Hay una España de la que mucho hablamos y de la que poco sabemos, y a la que tanto nos ayudan a descubrir las Jornadas Literarias.

Llegábamos de Morella, ciudad con árboles de piedra en las columnas de sus soportales, de Morella la bien ceñida y la mejor coronada, por una carretera a la que asomaban tímidos huertos cuando dimos vista a la Balma, donde nos esperaba la cruz cubierta, estas hermosas cruces levantinas de término de camino que llaman «peirons», el ermitorio de Nuestra Señora de la Balma incrustado a la montaña, no como la carne al hueso, sino en hueso sobre hueso. Una montaña con los tendones al aire, menos robustos que los de Montserrat, con una vegetación insinuada y unos cipreses al frente.



Santuario de la Balma.—Danza de Todolella

Subíamos por la senda ruda, como buenos romeros, cuando encontramos a la gente que había llegado de los pueblos próximos, con grupos de danzantes, hombres curtidos en el diario encuentro con la tierra, que en esta parte no es ni perfumada ni tibia como la de la Plana, sino áspera y apergaminada de tanto vivir, de ver tanto y, sin embargo, entrañable en su verdad, despiadada y ardiente que devora y roe a los pobres de espíritu, a los temerosos, a los que no llevan su generosidad estampada en la frente.

Los danzantes recorrieron veinte kilómetros, desde Todolella, con los pañuelos sujetos en la cabeza, las blancas alpargatas anudadas a las piernas cubiertas de medias de lana, lucían sus extraños trajes de raso rosa con una especie de delantales atados, sus enaguas adornadas de puntillas. Los trajes de los que se han olvidado tantas cosas que añadirían interés a un folklore por sí mismo sobrado de interés ancestral y humano, la procedencia cuyo recuerdo se extravió en laberintos de siglos, el oscuro significado de que el hombre se vistiera de mujer. La enagua en la orilla de la música de la gaita, la cinta que se estremece con el redoble del tambor. Danzas sagradas y danzas profanas las más viejas de la vieja España.

Los usos se adulteran cuando salen fuera de su marco primitivo. Mientras se mantienen en el estrecho mundo donde nacieron no varían, no cambian. Es como la continuidad fundamental de un pueblo que repite remotos ademanes por los que clama su identidad con sus muertos.

En otra danza los hombres llevaban espadas, palos, pequeñas rodajas que eran como «digest» del escudo. Y al son primitivo de un chistu, de un tambor trezaron sus movimientos. Hay en el baile de los hombres de Todolella algo oriental, algo que lo hace distinto a las demás; es, a la vez, fuerte y rotundo y, sin embargo, ligero y fácil como la espuma de un «ballet».

Los hombres bailaron. Sus convecinos les seguían con atención y nosotros con una admiración que siempre renace ante la autenticidad de un folklore en el que nadie se ha permitido introducir modificaciones.

Yo he presenciado bastantes danzas de espadas. En la de la provincia de Castellón de la Plana las espadas se encontraban, se volvían a encontrar en los giros para constituir, en el número final, el pavés sobre el que era alzado el triunfador. En el día alto y luminoso

de la Balma, cerca de la cruz cubierta, como antiguamente lo hicieran, mimaban, posiblemente, un combate de moros y cristianos una algar, algo de todas formas claro y sencillo.

¡Qué bien bailaban los mozos castellonenses!... ¡Qué bien bailaban!

Un viejo rito que, involuntariamente repetían, ignorando su raíz, posiblemente ibera o tal vez más oriental, como un arcano de antiguas ceremonias, pero entrañable, inquietante y puro como las tallas primitivas e incluso con la serenidad de los rostros de los santos.

Fué después, en el Santuario de la Balma, la cueva-iglesia y donde el viejo aroma que nos habían dado las danzas se recobraba entre las peñas con una imagen tan tierna y tan ingenua como un Nacimiento, y así como en el Nacimiento, todo está montado en la roca. El pastor que presencié el milagro, el paisaje vegetal con las reses dispersas.

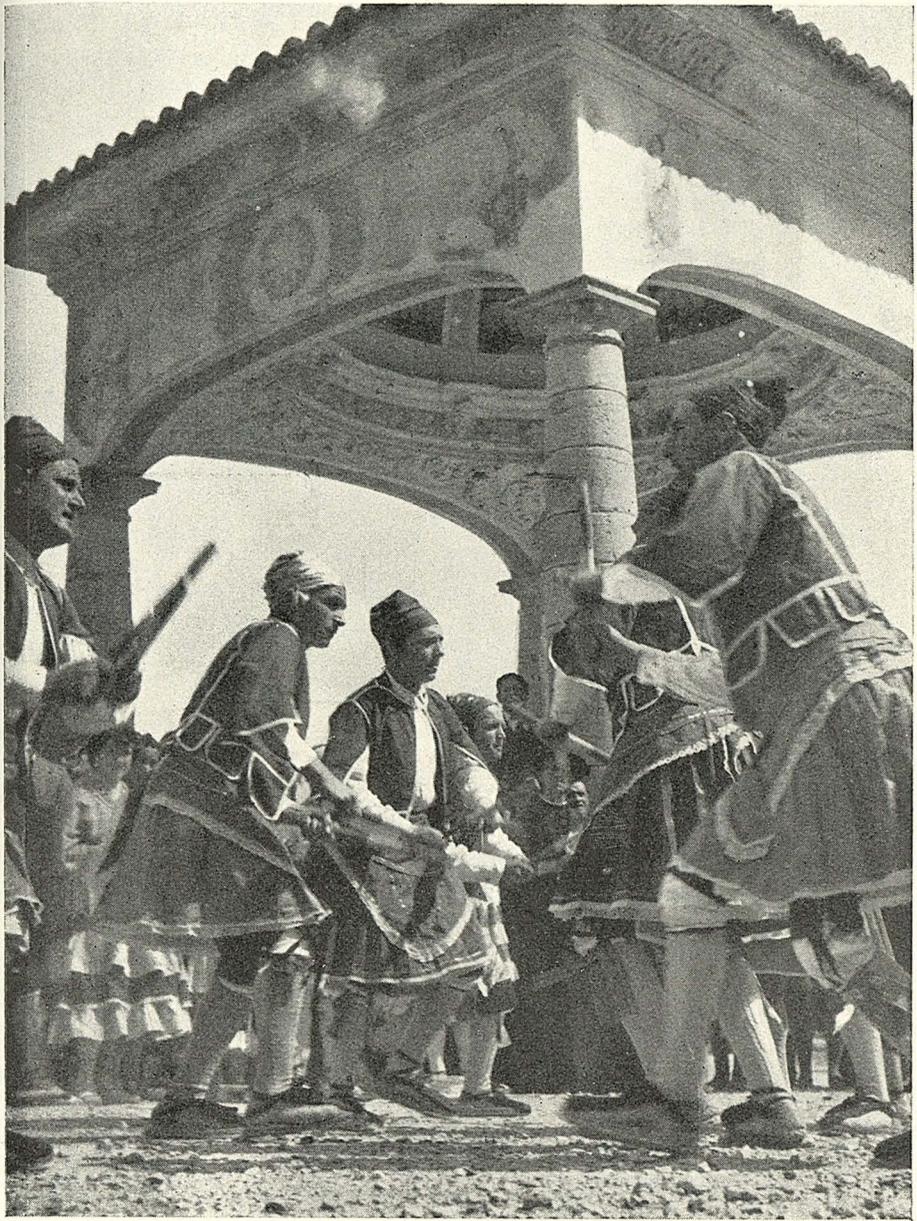
Precisamente en esta ternura, en esta ingenuidad, nace el fervor que va directo al pueblo y del pueblo rectamente a la Virgen.

Probablemente quien mejor nos lo diga sean los exvotos que aparecen prendidos en la roca. Nunca los vi semejantes y, posiblemente, no vuelva a encontrarlos.

Un gracias a la Virgen escrito en puntadas de seda de colores por una madre pensó, que para la de Dios, la tinta era poco, era nada. Y los retratos familiares, unos retratos desvaídos, amarillentos de tantos ojos como se posaron en ellos, como cromos otros. Efigies y posturas en ese envaramiento de quien se hace una fotografía con un destino prefijado, después de pensarlo mucho, como si se tratase de ir a consulta médica o sentarse en el sillón de un dentista. Con el miedo de dejar algo nuestro, de que el objetivo nos robe parte de nuestra vida.

En la galería de los retratos, uno me llamó especialmente la atención: uno en que están padre, madre, hija y, en último término, sin duda como parte importante de la familia, probablemente como muestra de un buen vivir y de un buen tener, la cabeza noble de un caballo. Todo lo mejor que había en la casa. La familia vestida de gala, el caballo recién cepillado. Todos en la roca de la cueva-iglesia pregonando un hecho del que no tenemos otra noticia que esta fotografía que nos dice tanto, que nos habla y emociona tanto.

Trasciende del santuario algo inefable, de la verdad dentro de lo difícil, el pasadizo en la roca, el balcón al paisaje desde el que se



Santuario de la Balma.—Danza de los palos, junto a la Cruz cubierta

domina un panorama agreste, y al fondo Zorita, la del buen rezar y la del buen trabajar y la del buen bailar también en los ceremoniosos pasos de la danza de los pastores y de las pastoras dirigidos por el rabadán.

Inquietudes con sus problemas, que a nosotros se nos antojarían sencillos problemas de campanil, pero que para ellos alcanzan gravedad.

Aquí los ermitaños hicieron penitencia. Y venían antiguamente, los que la gente consideraba endemoniados, a buscar la tranquilidad del alma en esta plácida exaltación de una Virgen tierna, humilde, a la que todo fija en la tierra, en la roca desnuda, en la fusión tan difícil de hallar y que, en la Balma, encontramos perfecta. Como una escala de Jacob, que en este caso baja del cielo a la tierra. Y que en la tierra reciben unos danzantes asombrosos y en un paisaje también extraño.



EL DIABLO DE LA BALMA

Por CARLOS MUÑIZ HIGUERA

Cerca de Zorita, apenas unas revueltas por una carretera sinuosa, trazada sobre un terreno más estéril que fecundo, se alza, mejor dicho, se incrusta en la roca de la montaña un santuario de arquitectura ingenua y poco rimbombante. Es el santuario de Nuestra Señora de la Balma, un convento de celdas excavadas en la piedra y una gruta de humildes proporciones.

Es famosa en toda la región la fiesta de la Virgen, cuya celebración tiene lugar en los días de la vendimia, allá por el mes de septiembre. Según hablan los lugareños, de muchas leguas a la redonda vienen romeros a participar en el devoto acontecimiento. Y, en realidad, el acontecimiento merece la pena, no ya de una pequeña caminata, sino hasta de una larga peregrinación.

La procesión organizada camina lentamente hacia el Santuario desde la carretera. La Virgen de la Balma sube despacio hasta su casa, custodiada por el polvo del camino, el calor implacable y la devoción de aquellas gentes, siempre agradecidas a la lluvia y a la menor fecundidad de una cosecha. Las mujeres, de cara arrugada

y dolorida por muchos partos; los hombres, como tallados también en una roca morena, con sus expresiones concentradas, duras, implacables, imagen y semejanza de su propio destino; los niños, aún con alegría en la mirada, y los mozos y mozas, ya con sombras en la cara del calor y del cansancio, todos acompañan a la Virgen en su lento caminar por la pendiente.

A la cabeza de la comitiva, unos danzantes ataviados con vistosos trajes interpretan, con cadencia y ritmo señorial, una ingenua música de flauta y tamboril. Todas las evoluciones están supeditadas a una batuta rústica, si bien conocedora de todos los secretos de la danza: el cayado de un pastor, cuyos golpes certeros sobre la arena del camino van marcando a los danzantes cada combinación, cada paso, cada movimiento. El espectáculo tiene el encanto de lo viejo, y de su ingenuidad y consistencia se deduce que no ha sufrido encuentro alguno aquella danza, que más parece rito, con músicos, directores profesionales y traficantes de este arte. Allí todo es natural, sin mixtificaciones.

Pero no es de la danza de lo que quiero daros noticia ahora, sino de una graciosa representación teatral que tiene lugar donde la Cruz Cubierta, unos trescientos metros antes del eremitorio.

Al llegar la procesión a este sitio, sale a su encuentro un hombre vestido de manera harto peregrina, que, sin duda, debe impresionar a los niños que lo ven e incluso a los hombres hechos y derechos. Sobre su cabeza, una cabeza de dragón con la boca desmesuradamente abierta; a la cintura ciñe una repugnante serpiente y sobre los hombros lleva sabandijas, lagartos y otros animales de apariencia campesina y posible origen infernal. Este hombre representa al mismísimo diablo, y si en su rostro unos tizones han dejado la suciedad suficiente para hacernos creer que todavía lleva residuos de las calderas de Pedro Botero, las contorsiones de su cuerpo y su mirada enfurecida nos convencen, ya rotundamente, de que aunque sea un simple actor, está poseído de la maldad del personaje que interpreta.

Con voz adecuada, el tal personaje, que desde ahora llamaremos diablo para entendernos mejor, manda detener la comitiva, increpa a los acompañantes de la Señora y les propone que se alíen con él. A la pregunta: «¿Qué señal es la que hacéis?», el concurso grita entonces con un rotundo: «¡Que nooo!» Y hay que ver entonces cómo se pone el endiablado señor. Les insulta, les amenaza con llamar a



Vista del Santuario de la Balma

todos sus batallones de diablos, monstruos y demás catafuegos. De su mano, en la que lleva algo así como un cetro, salen llamaradas, que no son otra cosa que unos pequeños fuegos de artificio. El pueblo se asusta o finge asustarse, que este extremo no lo sé con certeza, y entonces el diablo, crecido, a la vez que esparce sus llamaradas, sigue invocando a bicharracos, dragones y demás productos de su reino. Cuando ya tiene a todos muertecitos de miedo se encampana y pregunta victorioso:

—¿Quién se opondrá a mi poder?

Silencio impresionante, casi diría que tensión dramática. Breve pausa, muy teatral, y, ¡por fin!, la milagrosa aparición de un ángel, encarnado por un niño de unos diez años, vestido de blanco, pequeñas alas en el sitio donde los hombres debieran llevarlas y las manos ocu-

padas con un escudo y espada dispuesta a hacer del demonio pica-dillo en azufre.

Vuelve la tranquilidad al espíritu de los espectadores y el ángel, con voz aguda, le grita al diablo sin pizca de temor, casi con irreverencia, algo así como que no haga más diabluras y que se doblegue ante el resplandor de lo que representa el aparecido. El demonio tiembla, el ángel insiste en sus increpaciones, se va creciendo por momentos y termina por pegar al pobre Satanás —que ahora empieza a darnos a todos mucha pena— un mandoble tan definitivo que ruedan por el suelo las sabandijas, la sierpe, el dragón y la personificación entera del Averno. El ángel pisa el cuello al demonio, y dirigiéndose a todos explica en breves y cándidos versos que él es el Ángel Tutelar de aquel pueblo y ha venido a protegerles. Después pide a Satanás declaración formal de que no volverá a hacer más tonterías y le conmina para que se marche al mismo infierno. El diablo promete marcharse y el ángel, dándole una patada, le manda a aquel sitio donde mandamos siempre a quienes nos molestan. Pero el diablo, antes de irse, se manifiesta otra vez como un energúmeno y amenaza a todos diciendo que se marcha a buscar a sus huestes para volver más crecido.

Cuando Satanás ha desaparecido de la escena, el ángel habla a la gente y asegura que puede seguir la procesión sin miedo alguno. Termina la acción con un canto, sin grandes ostentaciones, más bien humilde, a la Virgen de la Balma, cuyo viva final de los versos es coreado por un viva general que se aleja, como un rumor, hacia la montaña para, después de rebotar en ella, seguir por el valle hasta perderse quién sabe si en la propia Gloria. La procesión continúa hacia su destino...

La procesión desaparece en el interior del templo y allí fuera, en el aire limpio de la montaña, quedan los versos como flotando sobre el espeso silencio del estío.

Algo así queda dentro de nosotros, un algo que participa tanto del sentido kathártico de las representaciones teatrales como de la ternura poética nacida del contacto del hombre con la naturaleza. Acabamos de ser testigos de una lucha, concebida ingenuamente, entre el bien y el mal. Despojados de nuestra artificiosidad de hombres cívicos de corbata y sonrisa, nos hemos dejado arrastrar por el ambiente, por la situación, y lo mismo que aquellos hombres del lugar

nos hemos asustado ante las grotescas cabriolas del demonio y hemos deseado vivamente el triunfo del bien sobre el mal.

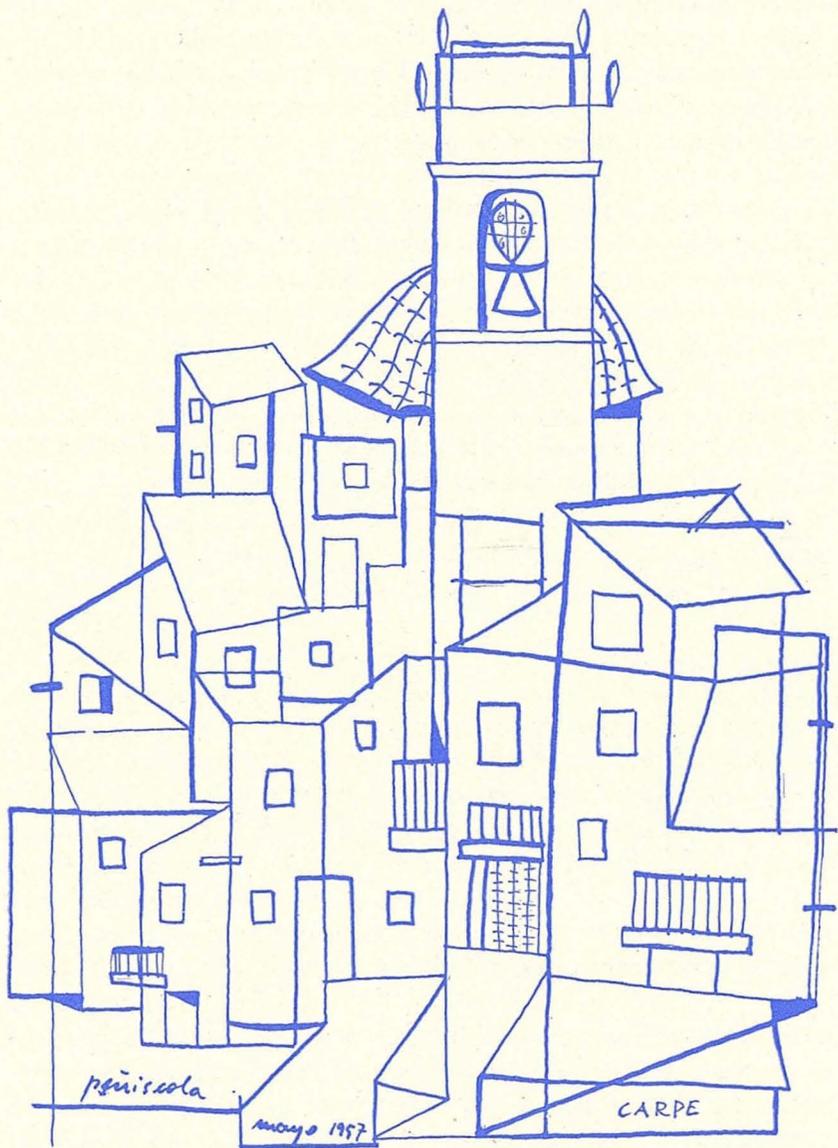
Sobre esta tierra reseca, casi árida, nos hemos sentido más hombres que nunca. Hombres en el sentido estricto, natural, de la palabra. Hemos descansado nuestra bondad y nuestra maldad íntimas en símbolos ajenos y superiores a nosotros.

Nuestro destino, nuestra tragedia.

El drama ha terminado, pero su contenido queda y se esparce: es el producto del choque del hombre con el cosmos, la preocupación metafísica que fructifica en unos versos sencillos primitivos y, como primitivos, sinceros y llenos de ansiedad y contenido humanos.

Mientras el coche que había llevado hasta la Balma regresaba hacia la capital, a la hora de las últimas claridades del día, que parecían querer quedarse pegadas a los picos más altos, yo pensaba:

«Y el hombre siempre necesitará echar la culpa de sus culpas al diablo y pedir ayuda a su ángel de la guarda...»



psuiccola

maggio 1957

CARPE

IV. - «AQUI, JUNTO AL MAR LATINO»

DE MORELLA A PEÑISCOLA

Por RAMÓN SOLÍS

Morella está sobre un gran risco, dominando el Maestrazgo. A sus pies, los montes de escalonado verdor, allí donde el trabajo del hombre se ha impuesto a la roca, forman el paisaje severo, duro y recio de la vieja ciudad. Las calles de Morella son pinas, de guijarros brillantes, acostumbrados a la caricia del agua; bellas en su severidad, con la serenidad de la piedra. La Arciprestal es el corazón; el castillo la cabeza; arte e historia que se confunden en la realidad de esta gran roca que parece desgranarse en las casas que ciñen la «mola».

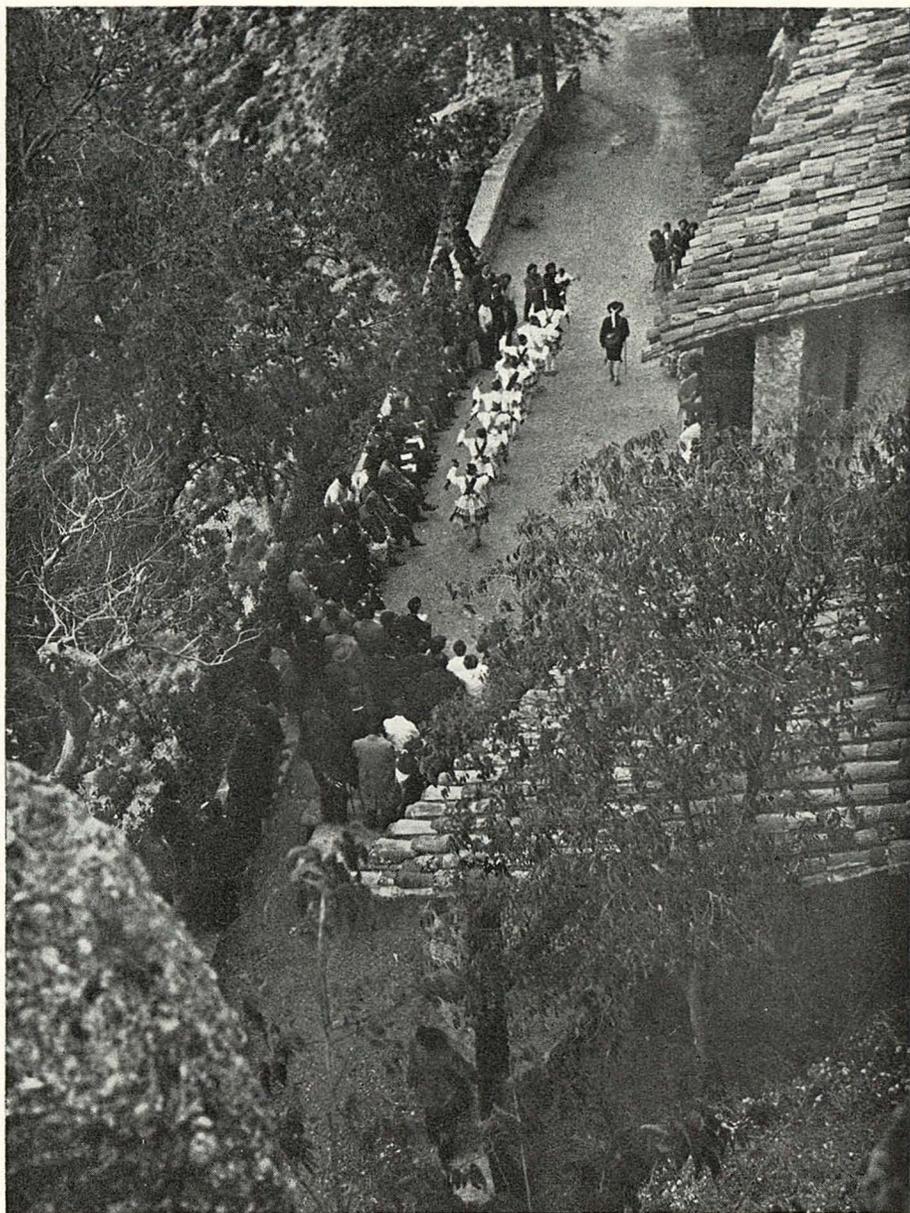
La carretera serpenteante se ofrece a nuestra vista, al partir de Morella, plegada como una cinta sobre el abrupto paisaje. Es un continuo revolver de curvas que nos alejan de la ciudad, para volvernos a acercar a ella y alejarnos otra vez de nuevo. Morella se resiste a abandonarnos; de nuestra derecha pasa a nuestra izquierda, se eleva o desciende, según la carretera baja o sube en las pendientes de las colinas y de los cerros. Al fin, el camino se interna por una vaguada y Morella queda en el recuerdo.

La cinta de nuestra ruta inicia un largo descenso de manera acelerada. La carretera, en la bajada, parece plegarse sobre sí misma, duplicarse, centuplicarse en líneas paralelas sobre las laderas de los montes. Según bajamos el paisaje se hace más dulce y acogedor. Los árboles son más frecuentes; la campiña más fértil. El remate de la carretera es Vinaroz. El bosque de Vallivana ha sido el último adiós al paisaje abrupto del Maestrazgo.

Vinaroz es el mar, las playas, la cal brillando al sol, el sonido de las bocinas de los barcos pesqueros: Vinaroz es el encuentro con el Mediterráneo. Contrasta el paisaje torturado que hemos dejado atrás con la serenidad de las playas pacíficas, con la gracia de los puertos recoletos, con la alegría de las casas enjabelgadas. Vinaroz es uno de tantos pueblos adormilados muellemente al lado del mar, al lado de la campiña. Uno y otra hacen su vida próspera, sencilla, sin disonancias. No es la ciudad vigilante, el pueblo centinela que otea el horizonte en guardia perenne, como Castellfort, Cinctorres o Morella, asomados a los caminos, a los valles y a las cumbres cercanas. Toda la costa castellanense es feliz y confiada: desde la alegre belleza de la playa de Benicásim a la inquietud portuaria de El Grao de Castellón o de Vinaroz; como si el vecino mar hubiera jurado eterna alianza. Bien saben estos pueblos que aquel litoral de arena y espuma es punto final de ruta, descanso y paz de los que vienen de la mar, descanso y paz, también, de los que bajan de la montaña.

De Vinaroz a Castellón la costa es suave. El mar baña la tierra en una playa larga y continuada, a la que se asoman las farolas de los puertos chiquitos, en la que se secan al sol las redes y se levantan modestas casas de pescadores o suntuosas villas de veraneantes. Desde el mar, así, la costa es una línea de arenas, coronada a veces por una larga fila de casas. Vinaroz, Benicarló... Casas blancas, tenuamente rosadas y, en ocasiones, de claro añil; siempre de colores discretos y limpios, como de ropa íntima de mujer. Es como si se asomaran, tras de los cascos panzudos de los botes que se secan al sol, tratando de no perder de vista a los «bous» de pesca, donde sus habitantes viven el duro jornal del mar.

Los «bous», con sus bordas de media luna y el tableteo de sus motores trepidantes, merodean la costa. Son de colores vivos, intensos, llamativos: amarillos, rojos, verdes; con las grandes letras de su matrícula a un lado y otro de la alzada proa. Sus jarcias, la escasa



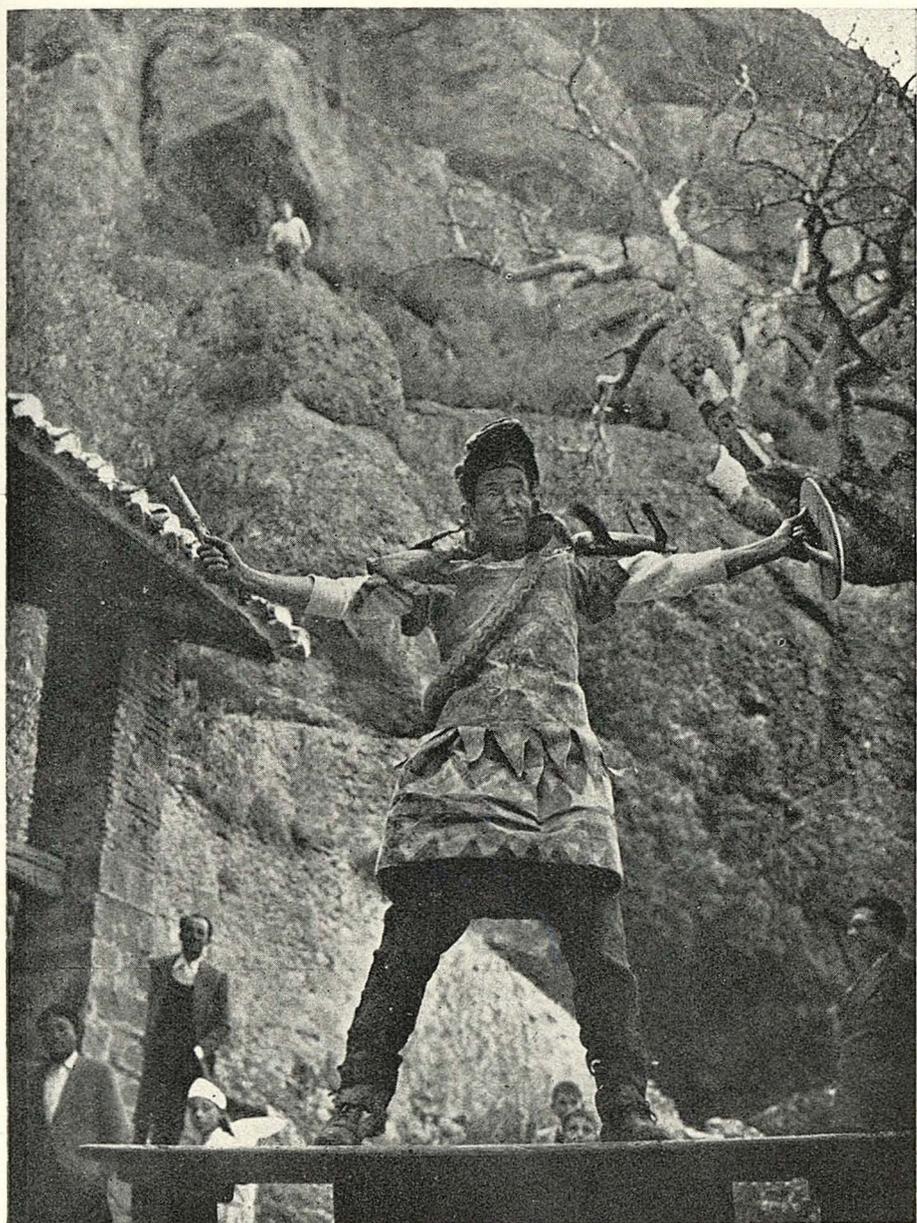
Santuario de la Balma.—Danza del Pastor

cabina que sirve de puente, el breve palo, todo tiembla a impulso del motor. Van de dos en dos, emparejados, como exigen las necesidades de la pesca de arrastre, como colleras de pájaros marinos. Sus nombres son ingenuos: «Paquito», «Estrella»... A su paso dejan un olor salino y una larga estela de espuma que borbotea alrededor de la hélice. Los «bous» son rápidos y buenos marineros y saben mecerse sobre las olas.

El cielo suele estar siempre limpio de nubes. Las olas baten suavemente en las playas. El tráfico de los grandes buques de cabotaje, que han de esquivar el cabo de Tortosa, queda lejano. Se diría que la costa de Vinaroz a Peñíscola, que ha de ser testigo de nuestro breve viaje marinerío, es toda ella para estos «pesqueros» que rompen la brisa del mar con el humo de las sardinas asadas con que nos agasajan.

Cuando se pierden de vista las casas de Vinaroz, comienza a hacerse realidad Peñíscola, que hasta entonces sólo era una silueta de islote en la línea azul del horizonte. Peñíscola parece surgir del mar brillante y reluciente, plateada y llena de vida, como el lomo de un pez inquieto que salta sobre el agua. Según nos vamos acercando va transformándose. A veces llega a parecer un navío, a veces una torre. El telón de un cielo limpio realza su silueta bien dibujada en la transparencia del aire. Seres minúsculos se mueven en sus murallas; como banderas se agita la ropa tendida en las azoteas. Luego se precisa el pequeño faro sobre la peña, a los pies del castillo. Las casas parecen empinarse sobre las murallas.

Con esa lentitud con que se acerca la costa, con esa falta de premura con que se entregan los puertos al que navega, dejándose antes desear, el islote maravilloso de Peñíscola se precisa más y más. Sus casas ya tienen ventanas con macetas de flores; en sus murallas hay mujeres jóvenes que nos saludan y sonríen. Ahora que ya está próxima, Peñíscola vuelve a figurársenos un navío. Hay en nuestro encuentro con el bello pueblo levantino esa alegría del hallazgo en alta mar de otro buque en la ruta solitaria. Es necesario dar la vuelta a la pequeña península para buscar la entrada del puerto, para superar el espigón que lo ampara. Sólo cuando la proa enfila la bocana del puerto se ve el istmo de arenas. Peñíscola nos abre, próxima ya, las puertas de sus murallas en el elegante arco que constituyera el Papa Luna.



Santuario de la Balma.—Atavío típico del personaje que representa al diablo

El muelle breve, donde se alinean los «bous» paralelos e iguales, pone fin a esta breve s'ng'adura.

Las calles limpias, alegres, suben en ángulos rectos al castillo. Las explicaciones del guía, los *vademecum* del turista no nos interesan. En Peñíscola lo importante es la luz, el color, la brisa, la presencia del mar que se extiende amplio y abierto, con esa luminosa armonía del Mediterráneo. Peñíscola tiene, como tienen todos los puntos cruciales de la geografía, una historia que se remonta a las más antiguas civilizaciones. Como su hermana Morella, la peña en que se asienta ha sido un centro vital en la historia. Peñíscola es una Morella marinera y, por tanto, aun similar, totalmente distinta, como lo son el mar y la tierra.

Esta conjunción de la luz y el color de Peñíscola —visión de dulce acuarela—, con Morella, la de las calles austeras, la de los paisajes grandiosos —severidad de aguafuerte—, es la conjunción del Maestrazgo con la Plana, la definición de una provincia española, quizá la más injustamente olvidada, pero también la más representativa de dos paisajes muy españoles, y tan definidores como estas dos peñas que ponen principio y fin a nuestro viaje.



DEL PAPA LUNA A "CALABUCH"

Por JUAN ANTONIO CABEZAS

Si la Plana de Castellón no tuviese más encantos que el olor a azahar de sus naranjales y el olor a eternidad histórica de su castillo roquero y templario de Peñíscola, erguido sobre el mar Mediterráneo, no necesitaba más para ser una de las provincias privilegiadas de la Península. Pero Castellón tiene muchos atractivos, no para el turismo superficial, sino para quien necesite horas de reposo espiritual en una grata y bella geografía.

A mí, lector, uno de los jornalistas de esas inolvidables Jornadas Literarias por el Maestrazgo, en cuya perfecta organización puso gran empeño y eficacia la Diputación castellonense, me tocó en esta parcelación tácita de la provincia como tema literario, Peñíscola y el Papa Luna. Claro que esto no era tema para una crónica, sino para un gran libro. Peñíscola es un sueño de piedra y de voluntad, donde vivió su trascendental aventura teológica y humana uno de los hombres más representativos del genio ibérico.

Primero, los templarios, prolongaron hacia arriba, en una audaz geometría, las rocas cuaternarias que habían servido de refugio a las



Viaje por mar desde Vinaroz a Peñíscola

barcas fenicias y a las griegas contemporáneas de Aristóteles. Después el Papa Luna llegó un día por el mar y llenó de espíritu aquellas piedras medievales. Luna y Peñíscola se complementan. Ni el castillo sería abatido por el mar, ni el teólogo aragonés sería vencido por las ambiciones y las intrigas de quienes habían fraccionado la Cristiandad occidental.

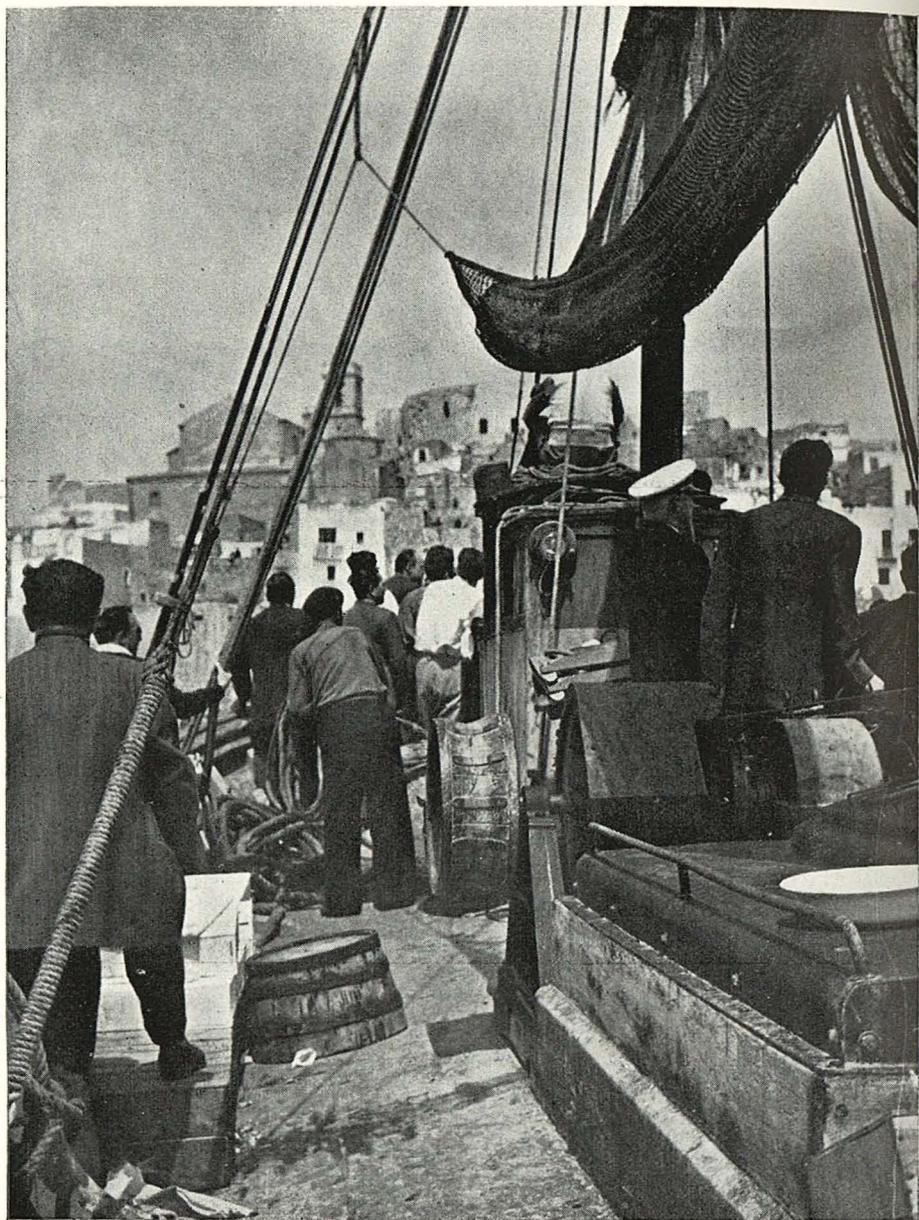
Desde Vinaroz hasta Peñíscola hay veinte kilómetros, por una carretera ribereña, bordeada de huertos y olivares. Por el mar, en un barco de pesca, como fuimos los periodistas, la travesía dura una hora, siempre con la petrea silueta del castillo sobre el horizonte marineramente.

Apenas subidos a los barcos, acompañados por las autoridades de Castellón, cuya gentileza es justicia proclamar, empezó aquel original obsequio de las sardinas y los mariscos a la marinera, es decir, asados sobre las brasas de un fogón de a bordo. Fué una travesía deliciosa, sin perder de vista el litoral mediterráneo, con sus casas de blancas terrazas geométricas, entre olivos, palmeras y naranjos.

Una hora sobre estas aguas del «Mare Nostrum», que un día fueron «sendero innumerable» de las culturas mediterráneas. Sobre este mar trajeron a Iberia esas alas de lino, que son las velas latinas, las naves comerciales de Fenicia, las bélicas de Grecia y Cartago. Sobre ellas llegó Aristóteles y la Biblia, los poemas de Homero y las Cartas de San Pablo, las «Odas» de Horacio, los «Diálogos» de Platón, las campestres «Eglogas» de Virgilio, la Arquitectura y el Derecho romano.

Ahora Peñíscola se nos acerca por estribor. Nos impone el color pardo de sus angulosas murallas injertadas en los acantilados. Empezamos a pensar en el Papa Luna. Vamos por las mismas aguas que un día de 1415 cruzaron para acercarse a Peñíscola los dos galeones pontificios de Benedicto XIII. Habían salido huyendo de Francia con rumbo a Córcega. En la travesía las embarcaciones fueron azotadas por una tormenta. Los marineros proponen volver a la costa francesa. Pero el Papa, erguido en la popa de su nave oró frente a la tormenta: «Señor, si yo no soy verdadero Vicario de Cristo, húndame la tempestad en el abismo. Así la Iglesia conseguirá la deseada unión sin que yo tenga que prevaricar. Pero si Dios nos salva, señal será de que yo soy Vicario.»

Danzan las naves sacudidas por el temporal. El Papa Luna, arrodillado frente a los elementos, continúa su oración. Y cuando momen-



Llegando a Peñíscola

tos después las olas calman su furia y las naves marchan normalmente, se escucha la potente voz de Benedicto XIII:

—«¡Papa soy!»

Y ordena:

—¡Proa al Sur! ¡Vamos a Peñíscola!

Nuestros pesqueros empiezan a rodar el peñón en busca del puerto que se abre por el Mediodía. Peñíscola es una península de ásperas rocas cuaternarias, unidas a la costa por un istmo, pasillo arenoso, hoy edificado, bordeado por dos playas de suaves arenas. Al Este del peñón se alza el castillo roquero, construido por los templarios en su época de prosperidad y que pasó, como todos sus bienes a la Orden de Montesa, en 1319. En torno a la fortaleza vive una ciudad de tres mil habitantes, en casitas encaladas de blanco, con terrazas de caprichosa, casi inverosímil, geometría. Las calles son estrechas y acogedoras. Las horizontales empiezan en la que se apoya sobre la muralla. Las verticales son de losas, con un pasillo interior de guijarros para hacer posible la subida de caballerías.

Entramos en Peñíscola los periodistas, por la puerta llamada del Papa Luna. Da acceso a una especie de paseo de ronda que rodea el pueblo por encima de la muralla, que afirma sus estribos y torreonnes en las rocas, a pocos metros del agua.

Subimos hacia el castillo. Aquí, entre estas murallas, poternas y torreones, instaló un día el Papa Luna su trashumante «Corte Pontificia». Entrar en el castillo de Peñíscola es como adentrarse en un mundo de leyenda, en una historia conservada en molde de piedra, que no se aprende, se vive.

El castillo de Peñíscola es como una mágica caracola en que resuena el tiempo que se va haciendo eternidad, como resuena el mar que lame sin cesar los cimientos rocosos del Peñón, como resuenan los ecos de las tormentas marítimas y de las tempestades históricas del litoral mediterráneo.

Evocamos la figura humana de aquel aragonés, nacido en la villa noble de Illueca, el año 1328, de ilustre y solariega familia. Empezó sus estudios de sacerdote que abandonó para seguir en sus campañas al bastardo Enrique de Trastámara. Retirado después a su villa natal inicia de nuevo sus estudios y esta vez ya para siempre. Entre otras dignidades clesíásticas fué profesor de Prima de Canones, en la Universidad de Montpellier, donde tuvo fama por sus profundos conoci-

mientos y su austeridad. Fué obispo de Tarazona, canónigo de Huesca, arcediano de Zaragoza y prepósito de Valencia. El pontífice Gregorio XI le concede el capelo cardenalicio. Como visitador eclesiástico de la Universidad de Salamanca compuso unos célebres estatutos, y a su paso por la de Valencia concede el grado de doctor a Vicente Ferrer.

A nuestro paso por las calles de Peñíscola, nos parece descubrir reminiscencias de los distintos pueblos que la fueron ocupando desde los tiempos primitivos, ya que se supone sea la Cherronesos, mencionada por el geógrafo Estrabón. La mayor influencia que hoy se descubre es la de la dominación árabe, ya que de origen y estructura musulmana son la mayoría de sus edificaciones. Ocupada el 22 de septiembre de 1233 por Jaime el Conquistador, éste respetó las costumbres de sus moradores. Ocupada Peñíscola por los templarios hasta 1307, fueron al fin despojados de la fortaleza, sitiada por las tropas reales. Al fundarse, en 1317, la nueva Orden de Santa María de Montesa, su primer Maestre, Fray Guillem de Eril, tomó posesión del castillo y Peñíscola se constituyó en cabeza de Encomienda. Pedro el Ceremonioso reunió Cortes en Peñíscola, pero cuando la ciudad alcanzó nombradía universal, fué al establecerse aquí el Papa Luna con su corte pontificia. Entre los reyes posteriores a los Católicos que protegieron a Peñíscola es necesario citar a Felipe II, que aumentó sus fortificaciones y reconstruyó las puertas, una de las cuales lleva su nombre. También Felipe III dotó un beneficio en el castillo, privilegio que fué respetado por Felipe IV. Soportó un largo y penoso asedio durante la guerra de Sucesión en que permaneció fiel a Felipe V. Al hacerse la división militar de 1798, Peñíscola fué capital de las tres Gobernaciones en que se dividió el actual territorio de Castellón de la Plana. Entregada a los franceses en 1812, fué recuperada por las tropas españolas el 25 de mayo de 1814.

Pese a los desmantelamientos de la fortaleza y los cambios tan notables realizados en su caserío, aun sorprende descubrir en Peñíscola un cierto ambiente de austeridad castrense, que nos recuerda los días de Benedicto XIII.

Abandonado el Papa Luna de todos sus amigos, incluso del rey Fernando de Aragón, después de aquella infructuosa entrevista, celebrada en Morella con San Vicente Ferrer, con la intención de terminar con el Cisma de Occidente, Benedicto XIII que, según su propia



El peñón visto desde el mar

expresión, seguía «en sus trece», siguió viviendo en Peñíscola su papado de ficción.

Uno penetra con emoción contenida en estos salones y cámaras de estilo gótico, con desnudas bóvedas de piedra, un día revestidas de alfombras y tapices, donde celebrara sus sínodos pontificios, ya sin repercusión para la Cristiandad, fuera del recinto amurallado de Peñíscola. En la basílica, hoy totalmente vacía, celebraba sus cultos solemnes el Papa aragonés. Allí estuvo también su tumba, hasta que los restos fueron trasladados a su villa natal de Illueca. Los franceses, sus enemigos, profanaron su tumba y arrojaron al río los huesos del Papa Luna. Sólo se encontró y se conserva su cráneo.

Lo más emocionante del castillo son las llamadas «habitaciones del Papa Luna», situadas en la torre que se alza a la derecha de la puerta de entrada, frente al Mediterráneo. Se sube por unas escaleras estrechas, se pasa por unas puertas más estrechas aún y al fin se entra en unas estancias grandes, desnudas, con suelo de losas, techo de bóveda y unos muros de dos metros de espesor, que producen angustia. En lo que fué cámara privada del terco Benedicto se abre hacia el Este, sobre el mar, una ventana con roto ajimez, por el que el Papa Luna «miraba hacia Roma». No veía más que agua y sol mediterráneo, acaso estrellas en la alta noche de sus meditaciones, pero en su imaginación se dibujaba la Ciudad Eterna, que le fué inasequible, sin la cual su papado de Peñíscola se convirtió en una quimera histórica.

Al salir del castillo y recorrer la pintoresca ciudad de Peñíscola, nos encontramos en sus calles y en sus puertas históricas, en sus plazas y sus bares, con los escenarios y los personajes de la película «Calabuch», realizada aquí por el director español Ber'anga. Durante el rodaje se calentaron estas piedras, frías desde que en el siglo xv se fué la corte del Papa Luna para no volver.

Hace unas semanas —nos dicen— se proyectó en Peñíscola la película «Calabuch». Los vecinos iban al cine a descubrir los ángulos de la ciudad y el castillo, a reconocer y a reconocerse como «extras» de ese gracioso romance de humanidad y fantasía que tuvo a Peñíscola por pintoresco y digno escenario.

TRAVESIA DE PEÑISCOLA

Por *LUIS DE DIEGO*

No. No habíamos tenido suerte con el tiempo en las Jornadas Literarias por el Maestrazgo. Nos había llovido en las alturas y en los valles, por la mañana, a mediodía, de tarde y por la noche. Mi gabardina, que mereció sus críticas al salir de Madrid, se había ganado adeptos. A'guien había hablado de comprarse un paraguas...

El día 4 de mayo, sin embargo, amaneció con sol. Ya se sabe cómo es el sol de la costa mediterránea. Se puede respirar su luz. Parece que la piel está hecha de mínimos cristales que la reflejan y la embeben. A la sangre se le impacienta una alegría desconocida. Dan ganas de brincar, de escribir a'go trascendente al aire libre, de soltar un discurso lleno de fáciles imágenes. Se mira a todas las mujeres que pasan. Se desea comprar postales para enviárselas a la gente que no conoce esta explosión de vida, o que la recuerda con nostalgia. El 4 de mayo, por acierto especialísimo de quien confeccionó el itinerario de las Jornadas, nos tocó visitar el mar. Cuando el autobús dejó atrás las casas de Castellón y se puso a rodar por la orilla del Mar Latino, se convirtió en un buque y en un milagro. En un buque,



Peñíscola.—Rampa de acceso al Castillo

porque prácticamente navegaba sobre olas auténticas y bonancibles. En un milagro, porque sólo tenía una banda, la de estribor, y no dejaba estela. Hasta entonces, los que se sentaban a la izquierda y los que se sentaban a la derecha, habían discutido de paisaje y se habían envidiado con aspavientos lo que veían y lo que no veían. Camino de Benicásim, nos sentábamos todos a la derecha. Y el autobús tomaba una escora muy leve. Y algunos oídos oían su motor de otra manera, como si fuera de dos tiempos, como si atrás, en lugar de moverse las ruedas, girara una hélice. Por aquello de que uno —el que escribe— ha navegado algo más de lo corriente, todas las preguntas, la mayoría en broma, se le venían encima. «¿Aquello es un bergantín?» «¿Habría temporal?» «¿Es cierto que algunos marinos se marean?» «¿Es verdad que vosotros pescáis mucho?» Uno, sin quererlo, contestaba a las que podía contestar, devolvía las incontestables a la manera gallega —preguntando otra cosa— y se llenaba los pulmones de brisa. Jesús Fragoso cantaba letras de «Marina» con músicas del Caribe. Carlos Muñoz permanecía callado y vigilante, la admiración por dentro y la mirada en el horizonte como un serviola. Luis Antonio de Vega se quitó la boina para que no le dificultara la visión. Y la mujer del chófer, que durante las cuatro Jornadas anteriores había asumido en el autobús el papel romántico de discreta enamorada de su marido —para mí que eran recién casados—, a más de ayudarle en los malos pasos de la montaña, le tocaba el codo discretísimamente de vez en cuando para que mirara, siquiera de reojo, cómo el Mediterráneo, el más viejo de los mares, venía a la playa, a la costa y a su corazón más joven que nunca.

El primer alto lo hicimos en Benicásim. Me gustan los lugares de veraneo cuando ya está el verano en ellos pero todavía no han llegado los veraneantes. Viven ese tiempo breve a la espera. Se diría que laten de impaciencia. La playa sueña pisadas infantiles, volcanes de arena, castillos de murallas con señales de dedos, flotadores perdidos, huellas, chiquitas huellas de pies ligeros que en seguida se borran. La playa sueña también noviazgos, nubes que pasan, talones inquietos, hombros redondos y dorados que se posan, se levantan, se encogen, ceden y a veces se estremecen sin saber bien por qué. La playa sueña, además, palabras, palabras sin tiempo y sin originalidad que la playa conoce de sobra, que los hombres y las mujeres conocemos de sobra y que todos —la playa y las personas— repetimos, cuando se nos pre-

senta la ocasión, creyendo inventarlas. Por la playa de Benicásim, con los chalets cerrados, con las flores saltándose las tapias, con el mar echándose la siesta del carnero en la arena húmeda de la orilla, pasamos los escritores muy despacio, cada vez más despacio, tan despacio a fin de cuentas, que todos o casi todos terminamos parándonos. Alguien se santiguó con agua salada. Alguien la vió, se mojó en ella por primera vez en su vida. Uno —el que esto escribe, y conste que no pretende con ello protagonizar nada— quiso jugar al juego antiguo de pisar el terreno de las olas y retirarse cuando se concreta su embestida; uno, como es natural, se mojó los pies, vamos, los zapatos, e hizo un poco el ridículo. Nadie tenía ganas de volver al autobús. Pero volvimos. Antonio Díaz Cañabate, que sin perjuicio de su «Historia de una taberna», lleva un gaviero trepándole por las jarcias del alma, se quedó rezagado contemplando..., contemplándolo todo. Hubo que llamarle a gritos. Le costaba oírlos. Le costó echar a andar. Tanto, que pareció que antes de moverse tuvo que arrancar el ancla del fondo, de esa profundidad que a los madrileños auténticos o adoptivos se les ahonda cuando se asoman a la costa.

De Benicásim a Vinaroz fuí de charla con Eusebio García Luengo. Algún día, con más tiempo y mayor experiencia, escribiré «demostrándome» —que dicen en Santo Domingo— sobre Eusebio García Luengo, el último bohemio de verdad, sin contagios afrancesados de existencialismo, que le queda a nuestra literatura. Me confió Eusebio, carretera adelante, que a él, del mar, le interesaban sobre todo los tipos, los hombres en el agua, los caracteres en la soledad indescriptible pero descrita —soledad en compañía— que el mar impone. Luego se quedó callado, mientras el coche subía un repecho, quizás para no distraerle en su trabajo. Después añadió que del mar le gustaban también los langostinos. Creí yo recordar, entonces, que el Mariscal Mas-sena —sí, el de Napoleón—, murió en Vinaroz de un cólico de langostinos y allí está enterrado. Con ello, Eusebio se puso muy serio, se ladeó un poco el sombrero de paja y echó una cabezada. Nos detuvimos en la plaza de Vinaroz. Un chaval dijo a quien quiso oírlo, y a quien no quiso, que éramos no sé qué equipo de fútbol. Una mujer le llevó la contraria: «Lo que son es franceses». Dos franceses auténticos, hombre y mujer, comían del mismo helado mantecado ante un carrito. Al Ayudante de Marina que yo conocía de mis tiempos de la Escuela Naval, le fué difícil reconocerme; pero aún antes de

conseguirlo me dió pruebas de que seguía inagotable su reserva de amabilidad. Fuimos andando a los barcos por el puerto. En la lonja del pescado, la cosecha nocturna lograda a treinta y cinco millas en las Columbretes. Pastor se volvía loco entre los destellos plateados de los peces, del hielo, de la sal y de las losas mojadas. Ismael Medina y yo, con vistas al huecograbado de «Arriba» —al «excelso-grabado» de «Arriba», como le llama Ramón Gómez de la Serna— tomamos notas apresuradas, llenas de abreviaturas, de esas palabras a medio escribir, de esas ideas a medio hacer, que luego, en la prisa de la redacción, en la fiebre de entregar la página, se vuelven jeroglíficos. Los barcos que nos iban a llevar a Peñíscola aguardaban en el extremo del muelle. Antes, dando un pequeño rodeo, me acerqué al monumento de la llegada al mar de las tropas nacionales. La luz era tan intensa que dañaba la vista, que casi hacía llorar los ojos. Se me ocurrió pensar allí que los Españoles —con mayúscula—, además del Pacífico, descubrieron el Mediterráneo cuatro siglos después, cuando el mundo creía tenerlo en la mano como pocas cosas ha tenido en la mano el mundo. Entre lo jornalistas literarios había soldados de la Liberación, de aquella legendaria aventura a tiro limpio, de aquellas jornadas de fusil, mochila, paso largo y muerte de los que en realidad valían para morir. Sí, la luz era demasiado intensa junto al monumento, no sé por qué, y casi hacía llorar los ojos. Si a alguien le caben dudas, que se lo pregunte a Fernández Figueroa.

Bien. Al entrar a bordo de los barcos, que eran dos pesqueros veteranos llamados «Paquito» y «Joaquín», me sentí como en casa. Tampoco tengo por qué callarlo. Daba gusto mirar las cubiertas, pasar de uno a otro —estaban amadrinados—, mancharse las manos de alquitrán y saber con el subconsciente que allí no están permitidos los pasos en falso. Cajas nuevas de pescado hacían de asientos a lo largo de las bordas. Pero los marineros habían tenido la delicadeza de no endomingarse para el viaje: se nos presentaron como eran, como son, como deben ser, anchos y duros, retintos, canosos muchos de ellos, algunos en el colmo de una juventud azacaneada, cuyo deporte único es el quehacer diario, la misma ocupación que les da de comer y les permite echar un trago cuando les apetece y una cana al aire de vez en vez. El Ayudante de Marina, jefe natural de la expedición, se colgó al cuello los prismáticos, distribuyó a los pasajeros como convenía para la seguridad y la comodidad de todos y ordenó

salir por delante a un tercer pesquero que habría de acompañarnos en conserva por si hacía falta. El «Paquito», en el que yo iba, puso en marcha el motor sin previo aviso y roció de humo y carbonilla al pasaje de sotavento, con gran satisfacción del pasaje de barlovento. Alguien declaró que allí lo que había que hacer era quitarse la corbata. Tuvo un éxito. Cuando la mar empezó a correr a lo largo del costado, cuando crujieron los guardines del timón, cuando el «Paquito» escoró con la primera metida de caña para ponerse a rumbo, como quien no quiere la cosa, Carlos Muñiz dió en recitar versos de Espronceda, y Díaz-Cañabate se echó atrás el sombrero cobrando de pronto un aire tejanero y, por lo tanto, levemente displicente. «¡Iza la eslinga de la botavara!», vociferó Chuchi, si la memoria no me falla, en una terminología de este porte. El «Paquito» temblaba amistosa, familiarmente, al ir ganando velocidad, ponía en marcha al viento, se balanceaba un poco. No trató de descubrir nada, claro está. Pero debajo de los barcos, sobre todo de los barcos pequeños, se percibe, al separarse de costa, la «bajada» del fondo; se «ve» descender la tierra; y el agua, el agua azul, el agua buena, el agua transparente, es como una mano, como unas manos sabias que nos mantuvieran en alto y nos mecieran como a niños... La proa del «Paquito», veterana de la navegación nocturna, miraba un tanto deslumbrada, se colaba un tanto deslumbrada por debajo del sol. Al principio del viaje, sin acuerdo, hubo acuerdo de silencio. Los pocos que hablaban, lo hacían en voz baja. Una ola más audaz que sus hermanas —las pequeñas olas de un mediodía calmoso, con ventolinas del primer cuadrante y mar rizada—, una ola más audaz, decía, brincó hasta conseguir echar una ojeada por la amura. El roción alcanzó a unos cuantos. Los pescadores sonrieron. El «Paquito», contento con el incidente, se distrajo y describió una ese, dejó escrita en la mar la travesura.

A bordo de los pesqueros hubo un «chupito» ofrecido por el Magnífico Ayuntamiento de Vinaroz. Le voy a leer el detalle para que se chupe los dedos: sardinas asadas, langostinos a la brasa y vino del país, blanco y tinto, en vasos de papel o en porrón. Reconozco que nos pusimos como el Quico. De haber venido con nosotros el Mariscal Massena, se hubiera muerto otra vez, ya lo creo. De la caseta del timonel, donde se había encendido el hornillo, salía una humareda casi pecaminosa. El viejo encargado de asar no daba abasto.



Peñíscola. — Calle típica de la población

Comimos sardinas sin pan, sardinas con pan y sardinas metidas dentro del pan, en bocadillo. De langostinos, todos, como en el cuento de los pajaritos fritos. Cerca, en el «Joaquín», las cosas sucedían por el estilo. Y el «Joaquín» y el «Paquito» se contoneaban un poco, lo justo para que fuera más fácil beber directamente de los porrones que escanciar en los vasos.

A Peñíscola llegamos cerca de la una. Renuncio a describir cómo rompía la mar, cómo cantaba la mar contra la roca, y cómo se nos abrió el puerto, al rodear el castillo muy de cerca. Me pareció el salón azul de un palacio imposible, iluminado hasta el delirio por la lámpara altísima del sol. Con el castillo, con el puebl'o —Peñíscola es un escollo—, se alzan hasta el cielo siglos de la Historia Militar y de la Historia Religiosa de España. Los árabes y los Tercios

están allí, duermen allí, se desvelan allí y supongo que rondan por allí, compañeros de la luna, las noches claras. En Peñíscola se siente uno atado a todos los españoles que nos precedieron, se sube con ellos y sin ellos, se está en su compañía y en su ausencia en las terrazas, en los patios habitados por el frescor, en los rincones misteriosos, en los pe'daños desgastados, en las ventanas, en los escudos, en los pretilos, en las almenas y en el panorama. En Peñíscola es uno el guía de sí mismo, busca la emoción como le gusta, camina sus pasos particulares y se detiene allí donde lo que sabe —de esta Historia tan dilatada siempre sabe uno algún capítulo— encuentra resonancias. A Peñíscola cuesta trabajo, cuesta el resuello ascender. Pero cuesta más bajar, volverle la espalda, alejarse quién sabe para cuanto tiempo, quién sabe si para no volver. La gente de Peñíscola, a la que usted ha conocido en el cine, en «Calabuch», mira derecho y guarda en los ojos, sobre todo las muchachas, agua de mar. Guarda también, en sus pequeñas casas a lo largo de calles retorcidas, una cordial intimidad que con sólo pasar se descubre, que con sólo mirar se disfruta. Bajando hacia la playa, hacia el estrecho istmo que une a Peñíscola con la provincia de Castellón, Díaz-Cañabate y yo hemos hablado —siempre sin alzar la voz, porque aquí las palabras rimbombantes sobran—, de los Grandes Austrias, de Carlos I y de Felipe II, de Lepanto, de las guerras de Europa, de Alejandro Farnesio y también de los Conquistadores. En cambio, no se por qué, no hemos mencionado para nada al Papa Luna. Las cosas. Pastor, entretanto, fotografiaba a los personajes auténticos de «Calabuch», al cura que dice Misa allí todos los días, al torrero del faro, a los novios que se casaron de verdad cuando se rodaba la película, a los chiquillos que pasaron los días mejores de su vida yendo y viniendo detrás de las cámaras cinematográficas, mirando las tomas de exteriores, asombrándose de los trucos que después, desde la butaca, nos regalan autenticidad a toda prueba.

Si nadie quería marcharse de Benicásim, la unanimidad de no dejar Peñíscola era aún más patente. Remolones, todos. «¿Te has fijado en eso, en aquello, en lo de más allá?» Sin embargo, había que irse...

Una etapa muy corta hasta el Parador de Benicarló. Las mesas para el almuerzo, en el jardín. No, no había tiempo para darse un baño en la piscina. Flores, flores, flores por todas partes. Y la huerta.



Peñíscola. — Murallas de Felipe II

El 4 de mayo, aunque en el programa de las Jornadas quedaban acontecimientos por vivir, era la última jornada completa. Por la mesa, a los postres, corrieron las tarjetas de la minuta coleccionando firmas, corrieron tantas que alguien escribió en una de ellas «Miguel de Cervantes Saavedra» y se quedó tan ancho. La hija del director del Parador, que acababa de regresar de Inglaterra, cuidaba de que a nadie le faltara café. Sonreía para mandar o mandaba sonriendo, como usted quiera. Siento no poder, no saber describir cómo era el azul verdoso de su mirada cuando se tenía la suerte de verla detenida en uno.

V. - CUATRO POEMAS EN HOMENAJE

CASTELLON DE LA PLANA

Por RAMÓN DE GARCIASOL

SERRANA, labradora, marinera
provincia de azahares y romero,
de miniado bancal y jornalero
mirar con sed al cielo del que espera

más allá del trabajo, en la frontera
de la naranja con el desespero.
Gloria de cielo azul, de colmenero
de la luz más luciente en la ribera

mediterránea, madre del olivo
y la uva solar, la profecía
del hombre entre los hombres. Cicatrices

estos ríos que mueren en activo
sin el premio del mar. Pero es de día
en la fecundidad de las matrices.

VISITA AL MAR MEDITERRANEO EN CASTELLÓN

Por ELADIO CABAÑERO

El mar de Castellón, latino y lento,
como ese aceite en paz que el tiempo liba,
allá esperaba. Lo rizaba el viento
azul y blanco al sol que se derriba.

Al lado del naranjo y de las flores
y la montaña haciendo centinela,
histórico, está el mar de los mejores
tiempos de España haciéndose a la vela.

Allí el aire durando, detenido
sobre las olas —siempre a la deriva
las olas—, allí el viento con sonido
de música callada y pensativa.

Y Castellón, varado en el costero
del agua y de la tierra, en la balanza,
a un tiempo labrador y marinero,
quieto de amor navega la esperanza.

Allí el agua fundando claridades,
un espejismo más de los desiertos,
el agua allí guardando sus verdades,
sola a pesar del mar y de los puertos.

Llegué al Mediterráneo porque había
puesto en los cuatro puntos cardinales
mi sed de castellano, de vigía
que sólo ha visto el mar de los trigales.

Llegué y miré aguzando con los ojos,
ya no sé si la niebla o la alegría,
miré trozos azules, blancos, rojos,
y arriba el sol haciendo puntería.

Me sujeté la espuma en una mano
y, el cuerpo asegurado entre la arena,
aguardé hasta que el mar se hiciera humano
por una vez distinto de la pena.

Todas las gaviotas me miraban
más pobre que una pluma del plumaje;
yo repasaba el signo que trazaban,
seguía con los ojos su viaje.

Estuve echando cuentas de los barcos,
golondrinas, igual que carabelas
descubridoras, cuántas lluvias y arcos
iris, habían cruzado estas estelas.

Después abandoné con el pañuelo
la playa y toda la marinería
procurando traer como consuelo
todo esto que recuerdo todavía.

Siempre pensé en el mar en mi llanura,
ausente como un pez que en sueños yerra.
Sólo el mar es el mar. Dios es altura.
Ver el mar es saber más de la tierra.

POBLACION DEL DESIERTO

Por MELIANO PERAILE

*«...el Desierto de las Palmas,
a setecientos metros de altura,
donde tienen un monasterio
los Padres Carmelitas...»*

Procuraré decir, Desierto de las Palmas,
que miro hacia tus cumbres y no veo
soledades y ausencias
que me prueben tu nombre con testigos.
Bautismo inexplicable,
dadme un punto de amante y lo explicara,
porque la geografía acierta equivocándose
como cualquier amor.
Pero el nombre no cuenta,
la jaula nunca canta
y un hombre cuesta arriba es lo más serio
que suena en el camino.
Aquí el monje ha subido, cualquier día,
a ponerse de pardo el amor propio.
Subir a pecho limpio es lo difícil

y, luego, la memoria que no falle
sintiéndosele clara y recordando
el dorado ritual de aquella copa,
aquel anochecer en la ribera.
Jornalero del más Terrateniente,
se ca'za el corazón en la sandalia,
los pies en la intemperie,
y sabe que la planta «más allá»
se siembra con simientes en la tierra.
Sus vecinos el mar, la palma y el ciprés.
Cuando la brisa asciende, huída desde el agua,
como un barco de pluma, yodado y salinero,
al so'enne ciprés se le emociona
su vocación de mástil.
Al lado, el monje olvida cuchillos y palabras,
por aprender idioma.
Después, oyendo «'oco», «ilustre» y «homicida»,
lo traduce en su lengua por «hermano».
Y al ver su propia sombra, piensa el monje:
«es que el suelo me toma la medida».
El tiempo, alrededor,
tiene un est'lo azul, invadido de palmas,
y en la agraria liturgia del paisaje
es Domingo de Ramos diariamente.

CANCION PARA LOS TEJADOS DE PEÑISCOLA

Por MANUEL ALCÁNTARA

Por los tejados del pueblo
corre una brisa marina.
Por los tejados del pueblo.

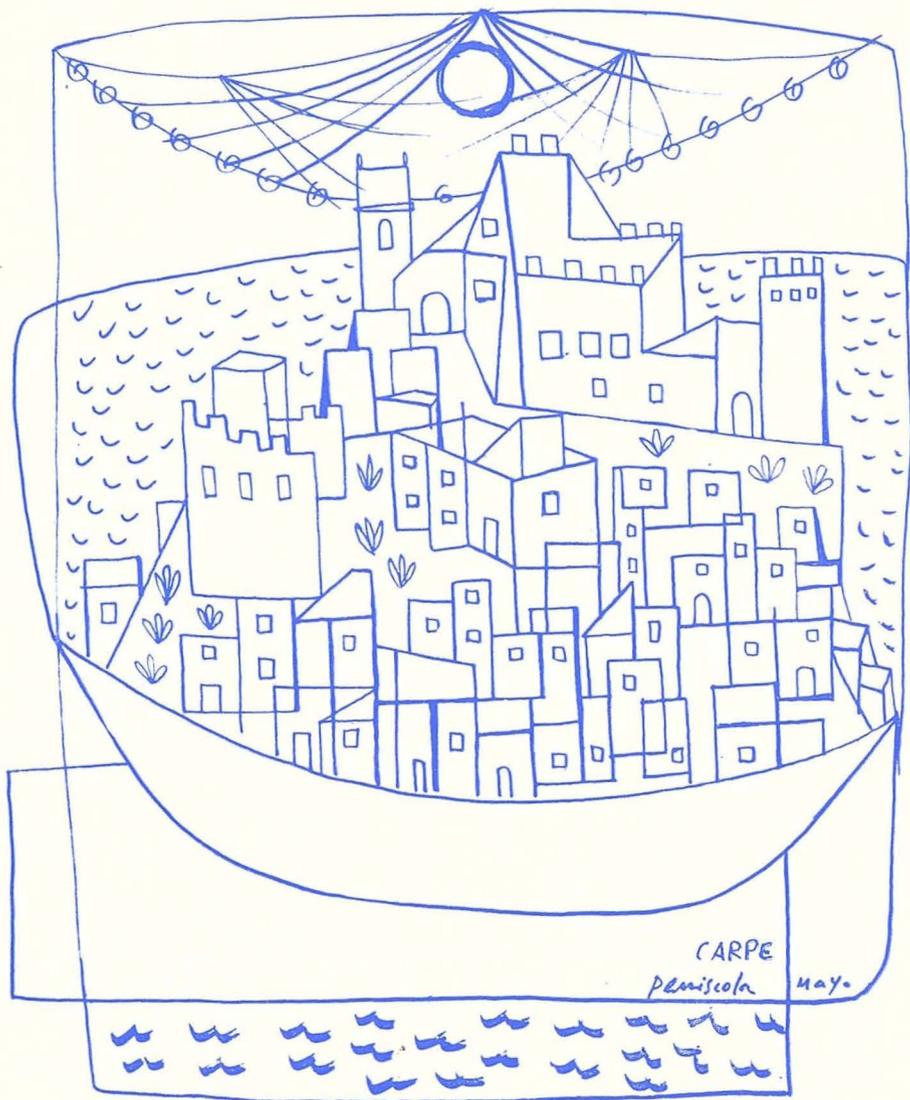
Cuando el día se termina
por los tejados del pueblo
y la noche se echa encima.

En una playa del viento
la memoria del Castillo
se está mojando el recuerdo.

Que todo es uno y lo mismo:
la mar, la historia y los hombres.
Y sólo el viento es distinto.

Los tejados reconocen
cada pisada del agua
y cada nube de entonces.

Todo está quieto en el alba:
los tejados recordando,
el mar que mira sus barcas
y Peñíscola soñando.



CARPE
penisola May.

ÍNDICE

PRÓLOGO, por Gaspar Gómez de la Serna..... 5

I.—VISTA GENERAL

De los Alminares a los Hijos del Novio, por Luis Antonio de Vega.. 15
Impresión general, por Severiano Fernández Nicolás..... 21
De la Balma a la Palma, por Luis Ponce de León 25
Sugestiones en el paisaje, por Luis Figuerola-Ferretti 30
El mar y la altura, por Antonio de Hoyos..... 38
Castellón en el Reino de Valencia, por J. Fuster..... 43
Anekdótico de la ruta, por Vicente Ventura..... 49
Castillos y Chimeneas, por José María de Quinto 54

II.—CASTELLÓN; CAMPO Y CIUDAD

Cara y Cruz de la Ciudad, por Elena Soriano..... 67
El campo de Castellón, por Ramón Carnicer 73
El Desierto de las Palmas, por Eusebio García Luengo 75

III.—MAESTRAZGO ADENTRO

Benasal en el recuerdo, por Vicente Ramos 81
El río y el hombre vestido de negro, por Ramón Nieto 85
La ciudad de Morella, por Carlos Soldevila 89
El dedito en el arroz, por Tomás Salvador 95
Un Santuario y un Parador, por Antonio Díaz-Cañabate..... 103
La montaña vencida, por Jesús Fragoso del Toro..... 110
Diecinueve años después, por Juan Fernández Figueroa 114
Sentido heroico y ascético del Maestrazgo, por Juan Emilio Aragonés 119
Como en una escala de Jacob, por Angeles Villarta..... 123
El diablo de la Balma, por Carlos Muñiz Higuera 129

IV.—«AQUÍ, JUNTO AL MAR LATINO»

<i>De Morella a Peñíscola</i> , por Ramón Solís.....	137
<i>Del Papa Luna a «Calabuch»</i> , por Juan Antonio Cabezas.....	143
<i>Travesía de Peñíscola</i> , por Luis de Diego.....	151

V.—CUATRO POEMAS EN HOMENAJE

<i>Castellón de la Plana</i> , por Ramón de Garciasol.....	163
<i>Visita al Mar Mediterráneo en Castellón</i> , por Eladio Cabañero.....	164
<i>Población del Desierto</i> , por Meliano Peraile.....	166
<i>Canción para los tejados de Peñíscola</i> , por Manuel Alcántara.....	168

Portada de Escassi.

Dibujos de Carpe.

Viñetas de Escassi y de Carpe.

«EL MAESTRAZGO» LIBRO DE VIAJE, SE
ACABÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES
GRÁFICOS DE HIJOS DE F. ARMENGOT,
DE CASTELLÓN DE LA PLANA, EL DÍA
24 DE JULIO, VÍSPERA DE LA FESTIVIDAD
DE SANTIAGO APÓSTOL, PATRÓN
DE ESPAÑA, DEL
AÑO M.CM.LVIII
L ✠ D

